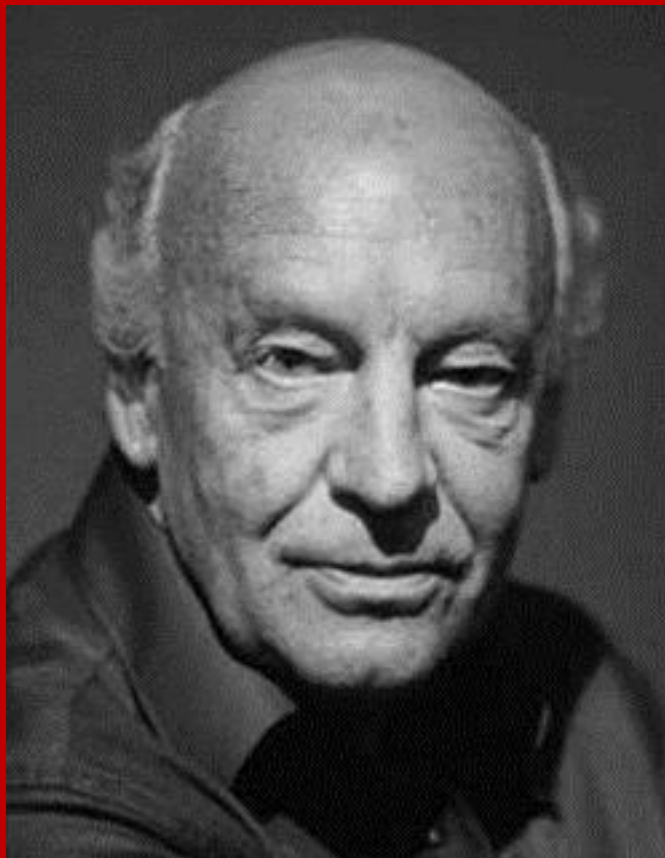


**EDUARDO GALEANO**



**CUENTOS**  
EN LA JORNADA

*Cuentos en La Jornada*  
Eduardo Galeano

Maquetación  
Demófilo  
2021

Los textos que forman esta antología  
fueron publicados en el diario  
“La Jornada” de México



*Libros libres  
para una Cultura libre*



Biblioteca Virtual  
**OMEGALFA**  
2021  
Ω

## Los nadies

Sueñan las pulgas con comprarse un perro  
y sueñan los nadies con salir de pobres,  
que algún mágico día llueva de pronto la buena suerte,  
que llueva a cántaros la buena suerte;  
pero la buena suerte no llueve ayer,  
ni hoy, ni mañana, ni nunca,  
ni en lloviznita cae del cielo la buena suerte,  
por mucho que los nadies la llamen  
y aunque les pique la mano izquierda,  
o se levanten con el pie derecho,  
o empiecen el año cambiando de escoba.  
Los nadies: los hijos de nadie, los dueños de nada.  
Los nadies: los ningunos, los ninguneados,  
corriendo la liebre, muriendo la vida, jodidos, rejodidos.  
Que no son, aunque sean.  
Que no hablan idiomas, sino dialectos.  
Que no profesan religiones, sino supersticiones.  
Que no hacen arte, sino artesanía.  
Que no practican cultura, sino folklore.  
Que no son seres humanos, sino recursos humanos.  
Que no tienen cara, sino brazos.  
Que no tienen nombre, sino número.  
Que no figuran en la historia universal,

sino en la crónica roja de la prensa local.

Los nadies, que cuestan menos que la bala que los mata.



## Los pájaros

Los presos políticos uruguayos no pueden hablar sin permiso, silbar, sonreír, cantar, caminar rápido ni saludar a otro preso. Tampoco pueden dibujar ni recibir dibujos de mujeres embarazadas, parejas, mariposas, estrellas ni pájaros.

Didasko Pérez, maestro de escuela, torturado y preso "por tener ideas ideológicas", recibe un domingo la visita de su hija Milay, de cinco años. La hija le trae un dibujo de pájaros. Los censores se lo rompen a la entrada de la cárcel.

Al domingo siguiente, Milay le trae un dibujo de árboles. Los árboles no están prohibidos, y el dibujo pasa. Didasko le elogia la obra y le pregunta por los circulitos de colores que aparecen en las copas de los arboles, muchos pequeños círculos entre las ramas.

-¡Son naranjas? ¿Qué frutas son?

La niña lo hace callar:

-Ssshhhh.

Y en secreto le explica:

-Bobo. ¡No ves que son ojos? Los ojos de los pájaros que te traje a escondidas.



## El sistema

El sistema que programa la computadora que alarma al banquero que alerta al embajador que cena con el general que inquieta al presidente que intimida al ministro que amenaza al director general que humilla al gerente que grita al jefe que putea al empleado que desprecia al obrero que maltrata a la mujer que golpea al hijo que patea al perro.



## El maestro

Sonó el teléfono. Escuché la orden:

—Te llamo para decirte que vas a ser jurado.

—¿Jurado?

-Sí, sí. Jurado en un concurso.

—Gracias por avisarme —alcancé a balbucear.

Ella tenía doce años y era alumna de la escuela de la calle Monte Caseros:

—Es un concurso de novelas. Las escribimos nosotros, los del sexto grado.

—Gulp —dije.

—Te esperamos mañana —mandó.

Y fui.

Los novelistas eran un enjambre de chiquilines que hablaban todos a la vez. El maestro Oscar, puños raídos, sueldo de fakir, los dejaba hacer. Ellos habían organizado aquel concurso de novelas, ilustradas por sus autores, y habían conseguido

que un joyero del barrio donara medallitas con el nombre grabado de cada uno de los participantes.

En la ceremonia de la premiación, fue prohibida la entrada de los padres y demás adultos. Los tres jurados, el maestro Oscar, una de las autoras y yo, dimos lectura al acta, que destacaba los méritos de cada uno de los trabajos. Todos fueron premiados, y cada premio recibió una ovación y una lluvia de serpentinas.

Después, el maestro me dijo que lo bueno que tiene enseñar está en lo mucho que uno aprende:

—Nos sentimos tan unidos, que me dan ganas de dejarlos a todos repetidores.

Y una de las alumnas, que había venido a Montevideo desde un pueblo perdido en los campos, se quedó charlando conmigo. Me dijo que ella, antes, no hablaba ni una palabra, y muerta de risa me dijo que el problema era que ahora no se podía callar. Y me dijo que al maestro lo quería, lo quería muuuuuucho, porque era él quien le había enseñado lo más importante: le había enseñado a perder el miedo de equivocarse.



## **La frontera del arte**

Fue la batalla más larga de cuantas se pelearon en Tuscatlán o en cualquier región de El Salvador. Empezó a la media noche, cuando las primeras granadas cayeron desde la loma, y duró toda la noche y hasta la tarde del día siguiente. Los militares decían que Cinquera era inexpugnable. Cuatro veces la habían

asaltado los guerrilleros, y cuatro veces habían fracasado. La quinta vez, cuando se alzó la bandera blanca en el mástil de la comandancia, los tiros al aire empezaron los festejos.

Julio Ama, que peleaba y fotografiaba la guerra, andaba caminando por las calles. Llevaba su fusil en la mano, y la cámara, también cargada y lista para disparar, colgada del cuello. Andaba Julio por las calles polvorientas, en busca de los hermanos gemelos. Esos gemelos eran los únicos sobrevivientes de una aldea exterminada por el ejército. Tenían dieciséis años. Les gustaba combatir junto a Julio; y en las entreguerras, él les enseñaba a leer y a fotografiar. En el Torbellino de esta batalla, Julio había perdido a los gemelos, y ahora no los veía entre los vivos ni entre los muertos.

Caminó a través del parque. En la esquina de la Iglesia, se metió en un callejón. Y entonces, por fin, los encontró. Uno de los gemelos estaba sentado en el suelo, de espaldas contra un muro. Sobre sus rodillas, yacía el otro, bañado en sangre; y a los pies, en cruz, estaban los dos fusiles.

Julio se acercó, quizá dijo algo. El gemelo que vivía no dijo nada, ni se movió: estaba allí, pero no estaba. Sus ojos que no pestañeaban, miraban sin ver, perdidos en alguna parte, en ninguna parte; y en esa cara sin lágrimas estaba toda la guerra y estaba todo el dolor.

Julio dejó su fusil en el suelo y empuñó la cámara. Corrió la película, calculó en un santiamén la luz y la distancia y puso en foco la imagen. Los hermanos estaban en el centro del visor, inmóviles, perfectamente recortados contra el muro recién mordido por las balas.

Julio iba a tomar la foto de su vida, pero el dedo no quiso. Julio lo intentó, volvió a intentarlo, y el dedo no quiso. En-

tonces bajó la cámara, sin apretar el disparador, y se retiró en silencio.

La cámara, una Minolta, murió en otra batalla, ahogada en lluvia, un año después.



## **Las palabras náufragas**

Por las noches, Avel de Alencar cumplía su misión prohibida. Escondido en una oficina de Brasilia, él fotocopiaba, noche tras noche, los papeles secretos de los servicios militares de seguridad: informes, fichas y expedientes que llamaban interrogatorios a las torturas y enfrentamientos a los asesinatos. En tres años de trabajo clandestino, Avel fotocopió un millón de páginas. Esos documentos eran el confesionario completo de la dictadura militar, que estaba viviendo sus últimos tiempos de poder absoluto sobre las vidas y los milagros de todo Brasil.

Una noche, entre las páginas arrancadas a los archivos militares, Avel descubrió una carta perfumada. La carta había sido escrita diez años antes, pero el perfume del papel no se había desvanecido del todo y el beso que la firmaba estaba intacto. La huella de la boca entreabierta parecía fresca al pie de las palabras.

A partir de entonces, cada vez que encontraba alguna carta, Avel detenía sus trajines ante la máquina fotocopidora. Descubrió muchas cartas. Junto a las cartas, estaban los sobres interceptados por los funcionarios militares.

El no sabía qué hacer. Mucho tiempo había pasado. Ya nadie esperaba aquellas cartas. Habían sido escritas por personas,



habían sido dirigidas a personas, pero ahora eran mensajes de fantasmas a fantasmas. Y sin embargo, Avel no podía leerlas sin sentir que estaba cometiendo una violación. ¿No estaban vivas esas palabras, aunque vinieran desde los muertos y desde los olvidados hacia lugares que ya no eran y personas que ya no estaban? Avel no podía devolverlas a los archivos militares. Era como devolverlas a la cárcel. Intentó romperlas, y se sintió un criminal.

Al fin de cada noche, Avel metía en sus sobres las cartas que había encontrado, les pegaba sellos nuevos y las echaba al buzón del correo.



## El tambor

Como los cuentos, como los sueños, el tambor suena en la noche.

Peligroso como la noche, el tambor ha sido siempre digno de sospecha, y muchas veces ha sido culpable.

En las plantaciones de las Américas, las sublevaciones de los esclavos se incubaban al golpe del látigo, pero al golpe del tambor estallaban. Esos truenos eran la contraseña que desataba las revueltas.

En las islas inglesas del Caribe, merecía pena de cárcel o azote quien sonara tambores. Instrumentos de Satán, al modo africano. Cuando los franceses quemaron vivo al rebelde Mackandal, que alborotaba a los negros de Haití, fueron los tambores los que anunciaron que él se había fugado, convertido en mosquito, desde la hoguera.

Los amos no entendían el lenguaje de los toques. Pero ellos bien sabían que esos sones brujos son capaces de llamar a los dioses prohibidos o al Diablo en persona, que al ritmo del tambor baila con cascabeles en los tobillos.



## Crónica de la ciudad de Río

En lo alto de la noche de Río de Janeiro, luminoso, generoso, el Cristo del Corcovado extiende sus brazos. Bajo esos brazos encuentran amparo los nietos de los esclavos.

Una mujer descalza mira al Cristo, desde muy abajo, y señalándole el fulgor, muy tristemente dice:

- Ya no va a estar. Me han dicho que lo van a sacar de aquí.
- No te preocupes -le asegura una vecina- No te preocupes: Él vuelve.

A muchos mata la policía y a muchos más la economía. En la ciudad violenta, resuenan balazos y también tambores: los tambores, ansiosos de consuelo y de venganza, llaman a los dioses africanos. Cristo sólo no alcanza.



## La función del arte (2)

El pastor Miguel Brun me contó que hace algunos años estuvo con los indios del Chaco paraguayo. Él formaba parte de una misión evangelizadora. Los misioneros visitaron a un cacique que tenía prestigio de muy sabio.

El cacique, un gordo quieto y callado, escucho sin pestañear la propaganda religiosa que le leyeron en lengua de los indios. Cuando la lectura terminó, los misioneros se quedaron esperando.

El cacique se tomó su tiempo. Después opinó:

- *Eso rasca. Y rasca mucho, y rasca muy bien.*

Y sentenció:

- *Pero rasca donde no pica.*



## **La memoria**

Los geólogos andaban persiguiendo los restos de una pequeña mina de cobre que se había llamado Cortadera, que había sido y ya no era, y que no estaba en el mapa ni en ninguno de los lugares donde ellos la buscaban.

En el pueblo de Cerrillos, alguien les dijo:

—Eso, nadie sabe. El viejo Honorio, quién sabe si sabe.

Don Honorio, vencido por el vino y los achaques, los recibió echado en el catre. Les costó convencerlo. Al cabo de unas cuantas horas y tragos y cigarrillos y dinero, que sí, que no, que ya veremos, aceptó acompañarlos al día siguiente.

Agobiado emprendió la marcha don Honorio, a tropezones, y a duras penas trepó las primeras lomas y atravesó el río seco. Pero a medida que iba recorriendo huellas, viajando a lo largo de la quebrada y a lo largo del tiempo, se le fue afirmando el paso. Poquito a poco, el cuerpo doblado se le enderezó.

—¡Por ahí! ¡Por ahí! —señalaba el rumbo y se le alborotaba la voz cuando iba reconociendo sus lugares perdidos.

Se había echado a andar en silencio, a la cola de todos, pero al cabo de un día entero de caminata, don Honorio era el más conversador, y bajó al valle a la cabeza de los jóvenes exhaustos.

Durmió de cara a las estrellas, fue el primero en despertar. Estaba apurado por llegar a la mina, y no se desvió ni se distrajo.

—Ese es el trillo de la excavadora —señaló. Y, sin la menor vacilación, ubicó las bocas de los socavones y los lugares donde habían estado las mejores vetas, la chatarra que había sido máquina, las ruinas de barro que habían sido casas, los secarrales que habían sido vertientes de agua. Ante cada sitio, ante cada cosa, don Honorio contaba una historia, y cada historia estaba llena de gente y de risa.

Cuando emprendieron el regreso, ya don Honorio estaba siendo bastante menor que sus nietos.



## **La pelota**

Aquella mañana se habían juntado allí todos los niños del barrio del Calvario, y unos cuantos no tan niños de otros barrios del pueblo de Callosa de Segura y de quién sabe.

Joaquín había salido de su casa muy apurado, iba más corriendo que caminando, cuando vio la mayor multitud jamás reunida en la rambla alta del pueblo.

Se le hacía tarde para llegar a la escuela, pero Joaquín detuvo su carrera. Abriéndose paso en el niñerío, descubrió que estaban todos esperando detrás de una pelota. Allá en la meta,

recostado contra el palo, reconoció al Toño Paredes, que tenía fama de invulnerable. Cruzado de brazos, echando humo con el cigarrillo pegado a los labios, Toño le dedicó una mirada desdeñosa.

Nadie se atrevía a patear. Y de pronto, Joaquín escuchó que la pelota lo llamaba, la pelota susurraba: Joaquín, Joaquín. Y él arrojó al aire sus libros y sus cuadernos y tuvo, en aquel instante, la certeza de que estaba cometiendo una locura involu-dable.

Y fue inolvidable. La pelota era de piedra, era una piedra pin-tada.

Cuando creció, Joaquín Manresa se dedicó a las letras.



## **La casa**

Había sido albañil desde la infancia. Cuando cumplió dieci-ocho años, el servicio militar lo obligó a interrumpir el oficio.

Lo destinaron a la artillería. En la práctica del tiro de cañón, debía disparar contra una casa vacía, en medio del campo. Le habían enseñado a tomar puntería, pero no pudo hacerlo. El había construido muchas casas, y no pudo hacerlo. A los gritos le repitieron la orden, pero no pudo. El sargento lo alzó por los hombros, lo sacudió, exigió un porqué. El quería decir que una casa tiene piernas, hundidas en la tierra, y tiene cara, ojos en las ventanas, boca en la puerta, y tiene en sus adentros el alma que le dejaron quienes la hicieron y la memoria que le dejaron quienes la vivieron. Eso quería decir, pero no lo dijo. Dijo:

—Una casa... es una casa.

Si decía lo que quería decir, iban a fusilarlo por imbécil. Diciendo lo que dijo, marchó preso.

En un fogón de las sierras argentinas, en rueda de amigos, Carlos Barbaresi cuenta esta historia de su padre. Ocurrió en Italia, en tiempos de Mussolini.



## **Los árboles**

Era silencioso el abuelo de José Saramago: Jerónimo, hombre de la tierra portuguesa, no tenía letras, pero era sabido; y callaba lo que sabía.

Cuando el abuelo Jerónimo se enfermó, calladamente supo que había llegado la hora del adiós. Entonces, caminó por su huerto, deteniéndose de árbol en árbol, y los abrazó, uno por uno: abrazó a la higuera, al laurel, al granado y a los tres o cuatro olivos. El los abrazó, y fue por ellos abrazado.

En el camino, un automóvil esperaba. El automóvil se lo llevó hacia Lisboa, hacia la muerte.



## **La voz**

En busca de Franz Kafka, caminé las calles de Praga.

Anduve en silencio, rodeado de silencio, a pesar del alboroto del gentío y de las máquinas. Por mucho ruido que hubiera, por mucha gente que tuviera, Praga estaba callada como Kafka, callada de él; y sola.

Atravesé la ciudad de punta a punta, y ya había caído la noche cuando llegué a la calle Celetná. En la esquina donde la calle Celetná se abre a la gran plaza de la Ciudad Vieja, una voz rompió, de golpe, el silencio que yo traía. Una mujer cantó. Alzándose sobre su silla de ruedas, esa mujer tullida desgarró la noche con la voz más bella que yo haya escuchado jamás. La voz más bella, la más dolida: clavada en el negro fulgor del empedrado, esa mujer cantó el alarido de todos los solos del mundo.

Me quedé estupefacto, me pellizqué el brazo. ¿Estaba dormido? ¿Estaba soñando? ¿En qué mundo estaba? Pero a mis espaldas, unos muchachos se burlaron de la paralítica cantora, la imitaron riendo a la carcajada, y ella se calló y agachó la cabeza. Y entonces, no tuve dudas: yo estaba despierto y bien despierto, en el exacto centro de este mundo.



## **El porvenir**

Mientras peinaba la muñeca, Rita anunció:

—Cuando yo sea grande, voy a ser música.

Horacio Tubio, que estaba leyendo el diario, levantó la vista por encima de los lentes:

—Qué buena noticia —dijo, y quiso saber qué instrumento iba a tocar.

—La flauta —dijo ella.

Horacio se comprometió a ir a su primer concierto:

—Allí, en primera fila, estaré yo, para aplaudirte.

Rita lo miró, acostó la muñeca, se encaramó al sillón y se puso a sumar con los dedos. Sumó y sumó, de dedo en dedo.

Después, meneó la cabeza y, muy suavemente, dijo:

—Mirá, tío. A mí me parece que no vas a poder ir, porque vas a estar un poquitito muertito.



## El exilio

Leonardo Rossiello vino del norte del mundo. El viaje desde Estocolmo hasta Montevideo se complicó, hubo no sé qué problemas con las conexiones de los vuelos, y por fin Leonardo llegó, tarde en la noche, en un avión que nadie esperaba.

Ante la puerta de la casa de sus padres, vaciló:

—¿Los despierto? ¿No los despierto?

Hacía años que vivía lejos, el tiempo del exilio, los años ciegos de la dictadura militar, y estaba loco de ganas de ver a su gente. Pero decidió que mejor esperaba.

Se echó a caminar por la vereda, la vereda de su infancia, y sintió que las baldosas le reconocían los pies. Se le llenó la cabeza de noticias viejas y chistes malos, y todo le parecía nuevo y divertidísimo. La luna llena había subido, cielo arriba, para saludarlo y para iluminar su ciudad dormida. Era una helada noche de invierno, la ciudad estaba envuelta en escarcha, pero él respiraba estos aires como si fueran del trópico.

Leonardo demoró un buen rato en darse cuenta de que estaba cargando una valija, y que la valija pesaba más que un cemen-



terio. Entonces cruzó la calle, atravesó el campo baldío y se sentó sobre la valija, de espaldas contra una pared.

El frío no lo dejaba dormir. Cuando se alzó, y miró la pared, encontró garabatos y palabras en el roto revoque, corazones flechados, promesas del amor y agravios del desamor, calumnias (La María tiene celulitis).

Y gracias a la luna, Leonardo pudo leer, también, unas letras medio borroneadas, que preguntaban: Y entonces, ¿dónde estabas? ¿Diciendo qué palabras? ¿Hablando con qué gente?



## **Esplendor del mediodía**

Había peces jamás vistos, plantas de ningún jardín, libros de imposibles librerías.

En la feria de la calle Tristán Narvaja, en Montevideo, había cerros de frutas y calles de flores y había olores de todos los colores. Había pájaros musiqueros y gente bailandera y había predicadores del cielo y de la tierra, que subidos a un banquito gritaban su mensaje final. Los predicadores del cielo proclamaban que era llegada la hora de la resurrección; los de la tierra anunciaban la hora de la insurrección.

Había quien deambulaba entre los puestos de venta, ofreciendo una gallina, y la llevaba caminando, atada del pescuezo, como perro; y había quien vendía un pingüino que por error había llegado a nuestras playas desde las nieves del sur.

Había largas hileras de zapatos usados, muy gastaditos, con la ñata alzada y la boca abierta. Los zapatos se vendían por pares y también de a uno, zapatos solos para gente de un solo pie. Había lentes usados, llaves usadas, dentaduras usadas.

Las dentaduras yacían dentro de un gran tacho de agua. El cliente hundía el brazo, elegía y batía sus mandíbulas: si la dentadura no le venía bien, la devolvía al tacho.

Había ropa para vestir y ropa para desvestir y había condecoraciones de atletas y de generales y había relojes que marcaban la hora que uno quería. Y había amigos y amantes, que uno encontraba sin saber que los había estado buscando.

Fiesta de la memoria, y del próximo domingo al mediodía.



## **El bautismo**

El agua más fría del cielo bombardeó Buenos Aires aquella tarde del invierno de 1906.

A las cinco en punto, en pleno diluvio, lluviazón, helazón, nació un niño en la calle Centro. El padre arrancó al niño de los brazos de la madre, se lo llevó a la azotea y lo alzó, desnudito, ante la lluvia feroz. Y a la luz de los relámpagos lo ofreció a la lluvia, gritando a pleno pulmón, voz de trueno entre los truenos:

—¡Hijo mío, que las aguas del cielo te bendigan!

El recién nacido se pescó tremenda pulmonía. Pasó cuatro meses de mal en peor. Y cuando ya lo daban por muerto, se salvó.

También se salvó de llamarse Descanso Dominical. El padre, un anarquista pobre y poeta, siempre perseguido por la policía y por los acreedores, quiso llamarlo así en homenaje a esa reciente conquista obrera, pero el Registro Civil no le aceptó el nombre. Entonces se reunieron los amigos, anarquistas po-

bres y poetas, siempre perseguidos por la policía y por los acreedores, y discutieron el asunto. Y fueron ellos quienes decidieron que se llamaría Cátulo, Cátulo Castillo, el niño que unos cuantos años después fue capaz de inventar *La última curda* y otros tangos de esos que son para escuchar de pie, sombrero en mano.



## Los ciclos

Para cuándo, preguntaba ella, para cuándo.

Una vez por semana, Miguel Migliónico pasaba por allí. La encontraba siempre en el zaguán, clavada a su sillón de mimbre, de cara a la calle, y doña Elvirita lo acosaba con preguntas sobre el embarazo de su mujer:

—¿Para cuándo?

—Para junio, parece.

—¿Qué día?

—Tanto, no se sabe.

Blanca ropa, pelo blanco, siempre lavada y planchada y peinada, doña Elvirita irradiaba paz y solera, señorío del tiempo, y daba consejos:

—Tóquele la panza, que trae suerte.

—Que tome cerveza negra, o malta, para que dé buena leche.

—Hágale los gustos, todos los antojos, que si la mujer se traga las ganas, sale la cría manchada.

Cada viernes, doña Elvirita esperaba la llegada de Miguel. La piel, que le envolvía el cuerpo como un humo rosado, traslucía el ramaje de las venitas alborotadas por la curiosidad:

—¿Cómo está ella? ¿Está linda? Y la barriga, ¿la tiene en punta? Entonces, no falla: será varón.

Soplaban fríos los vientos del sur, el otoño se estaba yendo de las calles de Montevideo.

—Ya falta poco, ¿no?

—Poco, doña, muy poco.

Una tarde, Miguel pasó muy apurado:

—Dice el médico que es cuestión de horas. Hoy, o mañana.

Doña Elvirita abrió grandes los ojos:

—¿Ya?

Al viernes siguiente, el sillón de mimbre estaba vacío. Doña Elvirita había muerto el 17 de junio de 1980, mientras en casa de los Migliónico nacía un niño que se llamó Martín.



## **El Bicho**

A la orilla de la soledad, en el último rancho del pueblo de Aguas Dulces, vivía don Toribio. Una noche lo despertaron unos golpecitos en la puerta. Don Toribio abrió. Y después contó, en el bar del Beco:

—Lindo el Bicho. Luminoso. Tenía alas de plumas o pétalos. No me dio tiempo ni a preguntar qué se le ofrece. Señalando al cielo, así, el Bicho me dijo: «Nos vemos allá arriba». Y se voló.

La clientela, muda. Acodado en el mostrador, el Beco preguntó, en un ataque de locuacidad:

—¿Y?

Don Toribio se encogió de hombros:

—Irme, no puedo. Yo tengo mucho qué hacer aquí abajo.

Y siguió en el vino.

Pasaron los días. Eran largas las noches del invierno en aquellos médanos. Noche tras noche, el público acudía al bar del Beco, y don Toribio repetía, palabra más, palabra menos, la historia de la visitación.

Supongo que el Bicho se ha de haber cansado de esperar en las alturas, porque poco después se le dio por venir a la tierra, día y noche, un día sí y otra noche también. Ya don Toribio hablaba solo. No había quien no tuviera su propia historia que contar, nunca hubo tanto tema en el pueblo:

—Yo lo vi —juraba uno, con los dedos en cruz sobre los labios, y lo describía sin alitas y con caparazón de tatú, agazapado entre las rocas. Roncando, amenazando.

—Estaba ahí —decía otro, señalando las inmensidades de la arena revuelta por el viento, y aseguraba que el Bicho era un fantasma que aullaba en el viento, llorando como lloran las foquitas cuando las focas mueren a palos.

Más de un jinete fue espantado por el Bicho, mala sombra que brincaba como rana trotando a la par del caballo, y más de un pescador quedó sin palabras ni pescados cuando el Bicho emergió entre las olas y rompió las redes a manotazos. Un día, al amanecer, el Bicho apareció a la entrada del pueblo, en forma de niño, recorrió las casas, hizo preguntas raras y a la caída del sol se perdió en la mar, sin dejar tras de sí nada más que unas enormes huellas que serpenteaban en la arena. Se-

gún algunas mujeres, el Bicho les buscaba el cuerpo. Ellos temblaban cuando le escuchaban los pasos que hacían crujir las alfombras de mejillones.

Y así, fue siendo, hasta que el Beco habló. Sin abrir la boca había escuchado todas las historias de las andanzas del Bicho, trago va, trago viene, de pucho en pucho, hasta que una noche, mientras secaba los vasos con el repasador, habló. El Beco era la máxima autoridad civil, militar y eclesiástica del pueblo, de modo que no hubo discusión cuando muy dichosamente dijo:

—El Bicho murió. Y dijo:

—Yo lo maté.

El pueblo lo extraña, todavía.



## **La noche (1)**

No consigo dormir. Tengo una mujer atravesada entre los párpados. Si pudiera le diría que se vaya; pero tengo una mujer atravesada en la garganta.



## **La noche (2)**

Arránqueme, señora, las ropas y las dudas. Desnúdeme, desnúdeme.



## La cumbre

Cada día, día tras día, repetían el viaje. Volvían de la escuela pedaleando, Alon en su bicicleta verde, Tzviki en su bicicleta roja, por el camino entre los árboles, y el sol corría con ellos por detrás del follaje.

Al fin de la llanura, donde empezaba la montaña, se tomaban de la mano. Alon, alzado en los pedales, se afirmaba con todo, y el envión lanzaba a Tzviki cuesta arriba. Entonces Tzviki extendía la mano y daba impulso a Alon, y así iban subiendo. Cada uno creaba un viento que empujaba al otro, y de viento en viento, de mano en mano, llegaban a la cumbre.

Llegaban jadeando, cuando ya no daban más. Montados en sus bicicletas, se quedaban un buen rato allí. Sin soltarse las manos, contemplaban los valles de Jerusalén, que extendían, luminosos, allá abajo; y ninguno decía nada.

Han pasado los años. La misma vieja bicicleta verde sigue acompañando a Alon Raab. Ahora él vive muy lejos de aquellos parajes, pero pedaleando siente la misma música del viaje en el viento. Y Alon se pregunta qué será de su amigo Tzviki, que nunca más se supo, y qué será de aquella montaña, o cerrito nomás, que allá en la infancia supo ser el pico más alto del mundo.



## El cantor

Cuando Alfredo Zitarrosa murió en Montevideo, su amigo Juceca subió con él hasta los portones del Paraíso, por no dejarlo solo en esos trámites. Y cuando volvió, nos contó lo que había escuchado.

San Pedro preguntó nombre, edad, oficio.

—Cantor —dijo Alfredo.

El portero quiso saber: cantor de qué.

—Milongas —dijo Alfredo.

San Pedro no conocía. Lo picó la curiosidad, y mandó:

—Cante.

Y Alfredo cantó. Una milonga, dos, cien. San Pedro quería que aquello no acabara nunca. La voz de Alfredo, que tanto había hecho vibrar los suelos, estaba haciendo vibrar los cielos.

Entonces Dios, que andaba por ahí pastoreando nubes, paró la oreja. Y ésa fue la única vez que Dios no supo quién era Dios.



## Las preguntas

Nunca habían visto una ciudad. Viajaron a Madrid desde su aldea remota. Dalia y Felipe, indios tojolabales, se dejaron llevar, sin preguntar nada, siempre acompañados por madrileños cordiales que con ellos comían y paseaban.



Al cabo de algunos días, ya estaban bizcos por el vértigo de los automóviles y la marea humana, tanto autío y gentío, y se les había torcido el pescuezo de tanto mirar los altos edificios. Entonces, a la hora del regreso, Dalia y Felipe quisieron saber:

—¿Y cómo hacen ustedes para vivir unos encima de otros?  
¿Y dónde siembran el maíz y los frijoles?



## **Mapa del Diablo**

En Cuba, el Diablo supo ser amigo de los negros cimarrones. Los esclavos que se fugaban tenían al amo metido en el cuerpo. Al son de los tambores, el Diablo les sacaba al amo de adentro, haciéndoles vomitar todas las hostias y toda el agua bendita que a lo largo de sus vidas habían tragado.

En Colombia, los fuegos negros echan todavía humos de azufre en las plantaciones de la costa del Pacífico. Allí el Diablo regala machetes a los peones: machetes que cortan la caña solitos, sin ninguna mano, y dan dinero que sólo sirve para ser gastado en parrandas con los amigos.

En Bolivia, el Diablo acompaña a los mineros del altiplano. A cambio de cigarros y aguardiente, los guía hacia las mejores vetas, a lo largo de las tripas de las montañas.

En Argentina, la gente del norte se endiaba cuando llega el tiempo del carnaval. El miércoles de cenizas, al final de los bailecitos y las borracherías, la gente entierra al Diablo. Llorando lo entierra.

En Brasil, en los suburbios de las grandes ciudades, suenan tambores en las fiestas del pobrerió. Los tambores llaman a un invitado especial, sujeto de mal vivir, respondón y jodón, glotón y ladrón: el tipo ése que fue ángel rebelde arrojado a los infiernos y después decidió quedarse a vivir aquí en el mundo, que es igualito al infierno pero más gustoso.



## **Retrato de un profesional de prestigio**

Vivió emplomando gente y emplomado murió.

Mucha bala había metido cuando las balas lo encontraron, una noche de 1995. Para entonces, ya hacía un buen rato que había perdido la cuenta: al llegar a cien, dejó de sumar.

Salvo los cuatro tiros a su mujer, que los disparó por las dudas, Juancho Loayza siempre había matado por cuenta de otros:

—Que nadie vaya a pensar mal —decía—. Yo lo hago por dinero.

Sus labores le ganaron fama y respeto en las calles de Corinto y en otros pueblos y ciudades del valle del Cauca. En toda Colombia no, porque la competencia era mucha.

Fue cimiento de su hogar, bastón de su madre, escudo de sus hermanas. En el cuarto del fondo de la casa, al final del largo corredor, había un altarcito consagrado a la Virgen.

Cuando Juancho se marchaba a cumplir un servicio, la madre y las hermanas se quedaban allí, clavadas de rodillas, durante horas y horas, desgranando rosarios: suplicaban a la Milagrosa que diera una ayudadita, para que el trabajo saliera bien.

## El silencio

Una larga mesa de amigos, en el restorán Plataforma, era el refugio de Tom Jobim contra el sol del mediodía y el tumulto de las calles de Río de Janeiro.

Aquel mediodía, Tom se sentó aparte. En un rincón, se quedó tomando cerveza con Zé Fernando. Con él compartía el sombrero de paja, que lo usaban salteado, un día uno, al día siguiente el otro, y también compartían algunas cosas más.

—No —dijo Tom, cuando alguien se arrimó—. Estoy en una conversa muy importante.

Y cuando se acercó otro amigo:

—Me vas a disculpar, pero nosotros tenemos mucho que hablar.

Y a otro:

—Perdón, pero aquí estamos discutiendo un asunto grave.

En ese rincón aparte, Tom y Zé Fernando no se dijeron ni una sola palabra. Zé Fernando estaba en un día muy jodido, uno de esos días que habría que arrancar del almanaque y expulsar de la memoria, y Tom lo acompañaba callando cervezas. Así estuvieron, música del silencio, desde el mediodía hasta el fin de la tarde.

Ya no había nadie en el restorán cuando se marcharon los dos, caminando despacito.



## Las plumas

Andan emplumados los indios que sobreviven a orillas del río Paraguay.

El plumaje adorna y tiene poderes.

Las plumas verdes del loro dan señorío al cuerpo, que gustoso las luce en los tobillos y en las muñecas, y también dan vida a las hojas de los árboles.

Si no fuera por las plumas rosadas de un ave llamada espátula, la tuna no daría frutos.

Las plumas negras del pato son buenas contra el mal humor.

Las plumas blancas de las cigüeñas ahuyentan las plagas.

El guacamayo ofrece plumas rojas, para llamar a la lluvia, y plumas amarillas, para atraer las buenas noticias.

Las plumas grises del avestruz dan brío al canto humano, que se eleva agradeciendo la luz de cada día.



## Los Andes

Dios y el Diablo nos están convidando:

—Vengan a ver cómo hicimos el mundo.

Está cayendo la tarde, desde las cumbres de nieve que se alzan por encima de las nubes, y todas las edades de la Creación están a la vista.

Cordillera arriba, las montañas lloran hilos de humedad que se deslizan sobre la piedra negra; y la piedra, mojada, se ilumina y revela sus colores escondidos. La memoria de la pie-

dra ofrece los colores del paso de los tiempos, pintados por Dios con helada maestría.

Cordillera abajo, humean las ciénagas. La humareda viene de los abismos donde el Diablo fuma. En esas profundidades de la selva, el mundo muere en un parpadeo y en un parpadeo se pudre y renace.



## **Las estrellas**

Y ellas, ¿nos espían? Esos fulgores de la noche, ¿son ojos que noche a noche nos miran?

¿O son bocas? ¿Bocas abiertas por el asombro, que tiemblan de miedo? Los astrónomos no se atreven a decirlo, pero las más recientes investigaciones han probado que las estrellas están cada vez más atónitas y tembleques. Van del estupor al pánico: ellas no consiguen entender cómo sigue dando vueltas, todavía vivo, este mundo nuestro, tan fervorosamente dedicado a su propia aniquilación, donde no hay nada más rentable que el crimen ni nada más exitoso que la estupidez, y se estremecen de susto, porque han visto que ya andamos invadiendo otros astros del cielo.



## **El viaje**

El sol se está escondiendo tras los cipreses, cuando Aurora llega al cementerio de San Antonio de Areco. La han llamado:

—Necesitamos el lugar. Se muere mucha gente, usted comprenda.

Y un funcionario le dice:

—Mucho gusto, señora. Son trescientos pesos. Aquí tiene.

Y le entrega los huesos, dentro de una bolsa, de esas que se usan para la basura.

En un automóvil negro y enorme, Aurora Meloni se lleva los huesos. El chofer, vestido de negro desde la gorra hasta los zapatos, maneja en silencio. Ella agradece ese silencio. No mira la bolsa de plástico negro. Mira al mundo, que corre al otro lado de la ventanilla. En un descampado, unos muchachos juegan al fútbol. Aurora no soporta esa alevosa felicidad; da vuelta a la cara. Mira la nuca del chofer. No mira la bolsa, que viaja en el suelo, apretada entre sus piernas.

Dentro de esta bolsa, ¿quién está? ¿Aquel muchacho que vendía con ella queso casero y dulce de leche en las ferias de los barrios de Montevideo? ¿Aquél que con ella enredado dormía? ¿Por qué nadie les avisó que todo iba a durar tan poco? ¿Dónde están las palabras que no se dijeron? Las cosas que no hicieron, ¿dónde están? Muchos años han pasado. Diecisiete años, o veinte, o cien. El oficial que había arrancado a Daniel de su cama a puñetazos, sigue estando donde antes estaba. Los hombres, armados hasta los dientes, que acompañaban al oficial, también siguen estando, y siguen armados hasta los dientes. ¿Y Daniel? En esta bolsa de plástico, ¿está Daniel? ¿Aquél que amenazaba con cambiar al mundo y fue arrojado a la vera de un camino como éste, con treinta y seis agujeros en el cuerpo?

¿Y ella? En este automóvil de nunca acabar, este fúnebre adfesio de alquiler, ¿está ella? ¿Es ella esta mujer que se muerde los labios y siente agujitas en los ojos? ¿Será esto un automó-

vil? ¿O será aquel tren fantasma que alguna vez se escapó de la vía, con ella adentro, y se la llevó a ninguna parte? Aurora quisiera llorar, quisiera llorarse, pero tiene la cara reseca. Y a su lado viaja la bolsa de plástico negro, cerrada con un nudo



## **El moribundo**

Cuentan las crónicas este ritual de la agonía. Hace dos siglos, en la ciudad de Salvador de Bahía, las familias copetudas convocaban a cuantos médicos pudieran pagar, nunca menos de tres o cuatro, y a veces más, en torno al lecho del moribundo. Numeroso público se apiñaba en el dormitorio para escuchar a los galenos.

Después de examinar al enfermo, cada médico pronunciaba una conferencia sobre el caso. Eran discursos solemnes, que el público, a viva voz, iba comentando:

-¡Apoyado!

-¡No! ¡No!

-¡Muy bien!

-¡Se equivoca el doctor!

-¡De acuerdo!

-¡Qué disparate!

Culminada la primera ronda, los facultativos volvían a exponer sus puntos de vista en nuevos discursos.

El debate duraba tanto como la respiración del hombre o mujer en agonía. Algunos moribundos demoraban el último suspiro, porque era de mal gusto interrumpir el trabajo de la

Ciencia; pero otros se marchaban de este mundo cuanto antes, con tal de no seguir escuchando aquella oratoria interminable.



## La llorona

En el exilio, en México, haciendo cola en la Dirección de Migración, murió Carlos Martínez Moreno.

Tarde en la noche, Anheló Hernández estaba velando a su amigo. Se había quedado a solas con él. Mutilado de su amigo, Anheló no encontraba consuelo. De nada le servía decirse que vivas seguían las palabras que había escrito, su esplendor, su ironía filosa:

—Nos jodiste, gordo —pensó en voz alta.

Y otra voz sonó, a sus espaldas:

—¿Lo lloramos, señor?

Alzada entre las sombras, que temblaban a la luz de los cirios, la llorona esperaba una respuesta.

—A él no le gusta que lo lloren —dijo Anheló.

La profesional de las lágrimas no se movió. Y tampoco se movió cuando Anheló sacó unas monedas del bolsillo, se las puso en la mano y la despidió con un gesto.

Anheló se quedó sentado ante el cajón donde Carlos yacía. La llorona, de pie, no lloraba ni se iba.

Mucho después, ella se adelantó, levantó la tapa y dejó caer las monedas, una por una, sobre el muerto. Las monedas resbalaron hasta el fondo del ataúd. Entonces ella se persignó, cerró la tapa y se desvaneció en la noche.



## Símbolos

Sylvia Murninkas estaba patinando por la costa de Montevideo, una serena tarde de luces, cielo sin nubes, aire sin viento, cuando escuchó ruidos de guerra. Se asomó al hotel Rambla y retrocedió espantada.

El combate aéreo ocurría en la planta baja. La planta baja del hotel, en plena remodelación, estaba en escombros, y sobre la basura de cascotes y de astillas de vidrios y maderas, había una alfombra de blancas plumas ensangrentadas. Las dos últimas guerreras se estaban matando a picotazos: se lanzaban en ráfaga, se trenzaban en el aire, se estrellaban contra los ventanales y bañadas en sangre volvían al ataque.

Sylvia no conocía estas costumbres de las palomas.



## El incorregible

Hace tres siglos, el río huyó de los franceses. Después, tampoco los ingleses pudieron atraparlo. El nunca estaba donde los mapas decían. Algún colono dibujaba su curso en el día, y en la noche el río se escapaba y se echaba a correr por otros rumbos.

En 1830, fue cazado. Y una ciudad, la ciudad de Chicago, creció a sus orillas.

Cuarenta años después, el río se vengó. Cuando se incendió la ciudad, está probado, él fue cómplice del fuego. El río ardió tanto como la ciudad que ardía, y nadie pudo salvarse arrojándose a sus aguas en llamas.

La ciudad resucitó. Se dictó orden de civilizar al salvaje: el río fue dragado, profundizado, canalizado y encerrado entre altos muros de cemento. Le desviaron el rumbo y lo obligaron a fluir al revés.

Una mañana de la primavera de 1992, cuando ya el río estaba por cumplir un siglo de buena conducta, la ciudad amaneció con los pies mojados. Fue una fea manera de despertar. Traspiraba el Metro, traspiraban los sótanos: el río domado estaba brotando, desde las profundidades, por los poros de las paredes, y no había manera de pararlo: el río asomó por gotas, pero después saltó a chorros y embistió a la ciudad.

Al cabo de unos días de combate, el rebelde fue vencido. Desde entonces, la ciudad duerme con un solo ojo.



## **El mapa del miedo**

El nuevo día no es más que un tajo en la negrura del cielo y ya despiertan las mujeres, encienden los fogones, comienzan los trajines.

—¿Cómo amaneciste?

En los años de la guerra, cada cuerpo de mujer era un mapa del miedo en los campos de El Salvador. Si al amanecer el miedo pinchaba la barriga, el ejército se estaba acercando. Si el miedo oprimía los pechos, alguno de los hijos no había regresado a casa. Si el miedo dolía en los riñones, iba a faltar agua en el pozo.



## Lord Chichester

Una noche, en una playa de estacionamiento de las muchas que hay en Buenos Aires, Raquel Villagra lo escuchó llorar. Alguien lo había arrojado entre los autos, dentro de una bolsa. Lord Chichester tenía poco tiempo de nacido y ya era desteñido, cabezón y feo.

Otra noche, muchas noches después, Raquel vio, desde la ventana, una silueta de cuatro orejas que se recortaban contra la luna llena. A la orilla del tejado, Lord Chichester y Milonga, que era del vecindario, estaban esperando, bien pegaditos, el eclipse de luna. Antes que el eclipse, llegó el enemigo. Aquella noche, en duelo de amores, Lord Chichester perdió un ojo de un zarpazo. Y desde entonces fue tuerto, además de desteñido, cabezón y feo.

Y otra noche, cuando Raquel y Juan Amaral estaban sumergidos en la más profunda de las dormidumbres, Lord Chichester los despertó a los chillidos. Los dos saltaron de la cama. Chillaba Lord Chichester como si lo estuvieran desollando.

—Algo le duele —dijo Juan.

Lord Chichester se los llevó al fondo del corredor.

Raquel aguzó el oído:

—Hay una gotera —escuchó.

Deambulando por la antigua casona, ubicaron el plip-plop de la gotera en el baño.

—Ese caño siempre perdió —opinó Juan.

—Se va a inundar —temió Raquel.

Y discutieron, que sí, que no, hasta que Juan miró el reloj. Eran las cinco de la mañana. Bostezando, suplicó:

—Vamos a dormir—. Y dirigiéndose al escandaloso, agregó:

—Gato de mierda.

Raquel, piadosa, movió la cabeza:

—Lord Chichester está loco de remate.

Y se volvieron, perseguidos por el griterío del gato, que chillaba con desesperación.

Ya estaban por entrar al dormitorio, cuando el techo, viejo y agrietado, se desplomó sobre la cama.



## El coplero

En los tiempos en que una grabadora ocupaba todo un caballo, Lauro Ayestarán andaba a campo traviesa, recogiendo la memoria de la música.

En busca de coplas perdidas, Lauro llegó una vez a un rancho escondido en las lejanías de Tacuarembó. Allí vivía un criollo que había sido mozo bailarín y guitarrero, diestro en los duetos de versos y las tonadas de la patria vieja.

Estaba aviejado el hombre. Ya no iba y venía de pueblo en pueblo y de fiesta en fiesta. Andaba agachadito, caminaba poco, se caía mucho, y para levantarse se apoyaba en el lomo de alguno de sus perros. Ya no cantaba, más bien soplaba palabras, pero tenía fama de memorioso:

—De lo que hay, no falta nada —susurraba, con un dedo en la cabeza, y se reía.

Guitarra en mano, nomás rozándola, el viejo verseó, canturreó, tarareó. En la atardecida, sonaron ronquitas las melodías

que celebraban la memoria de las vacas sueltas y los hombres libres, mientras giraban y giraban los carretes de la grabadora.

El coplero miraba la grabadora de reojo. Más que mirarla, la sospechaba:

—Y eso, ¿qué es?

—Eso es una máquina —dijo Lauro.

El viejo picó tabaco a cuchillo, en la palma de la mano.

—¿Y para qué sirve?

—Guarda las voces.

Se ensimismó el musiquero. Echó unas cuantas pitadas, entretenido con el humo, y al rato confesó:

—No entiendo.

Entonces Lauro toqueteó la grabadora y de pronto volvieron a sonar los versos que él había cantado.

El viejo nunca había escuchado su propia voz. Mientras escuchaba su voz guardada, apuntó a la máquina con el pucho y sentenció:

—Eso... es Dios.



## **La edad del arte**

En 1968, la dictadura militar de Brasil mandó quemar los libros del poeta bahiano Gregorio de Matos, que habían sido escritos tres siglos antes.

Mientras tanto, en Paraguay, el jefe de la Dirección de Investigaciones aconsejaba al dictador Stroessner que prohibiera un estreno del teatro Arlequín, en Asunción: «Toda la obra es un

panfleto contra el orden, la disciplina, el soldado y la ley», decía su informe. La obra, *Las troyanas*, había sido escrita veinticuatro siglos antes por un tal Eurípides.

Carlos Gardel murió hace más de medio siglo. Según mi amigo Juceca, los discos de Gardel ensayan de noche.



## **Las cenizas**

En octubre del 92, el presidente Joaquín Balaguer erigió en Santo Domingo un faro descomunal en honor del Almirante y en ofensa del paisaje. El día de la inauguración, mientras las cenizas de Colón eran trasladadas de la catedral al faro, murió de muerte súbita la hermana de Balaguer, Emma, que había dirigido las obras, y se derrumbó la tarima donde el Papa de Roma iba a pronunciar su bendición.

En años y siglos anteriores, cada vez que la urna con las cenizas de Colón había sido abierta o mudada de lugar, habían estallado revoluciones y terremotos o se habían desatado inundaciones y ciclones. En Santo Domingo, mucha gente cree que Colón da mala suerte, trae fukú, pero quizá simplemente ocurre que a Colón, que fue hombre tan viajado, no le gusta nada que lo anden moviendo de aquí para allá.



## Puntos de vista

Según la emperatriz María Teresa de Habsburgo, Wolfgang Amadeus Mozart era un inútil.

«Serás una desgracia para ti y para tu familia», anunció el padre de Charles Darwin.

El maestro de Thomas Alva Edison lo echó de la escuela, a los ocho años de edad, por «esterilidad total». Tiempo después, la Academia Francesa de Ciencias sentenció que el fonógrafo de Edison era «un ridículo truco de ventrílocuos».

La Academia de Amberes rechazó a Vincent Van Gogh, que quería estudiar pintura, porque no tenía condiciones.

Por falta de condiciones, una biblioteca de Lisboa rechazó a Fernando Pessoa, que aspiraba a un empleo de archivista.

Cuando Albert Einstein empezó la universidad, los profesores coincidieron: «Este muchacho nunca llegará a nada».



## El eclipse

Cuando la Luna se come al Sol, los indios kayapó disparan flechas de fuego hacia el cielo, para devolverle al Sol la luz perdida. Los barí sueñan tambores, para que el Sol regrese. Los aymaras lloran, y a gritos suplican al Sol que no los abandone.

A fines del 94, hubo pánico en Potosí. Cayó la noche en plena mañana y quedó el cielo súbitamente negro y con estrellas. En aquel mundo helado de muerte, mundo del fin del tiempo,

lloraron los indios, aullaron los perros, se escondieron los pájaros y se marchitaron las flores.

Helena estaba allí. Cuando el eclipse acabó, ella sintió que algo le faltaba en la oreja, un arete, un solcito de plata, se le había caído. Ella buscó el pequeño sol por los suelos, durante largo rato, aunque sabía que no iba a encontrarlo jamás.



## **El santo lluvión**

Sombrero en mano, acuden los campesinos a la iglesia donde duerme San Matías.

Las lluvias y los carnavales llegan juntos a las islas Canarias. Cuando las lluvias faltan a la cita, y las tierras se mueren de sed, los campesinos se juntan en la iglesia, se persignan con todo respeto, despiertan al santo dormido y se lo llevan alzado en procesión. A la orilla de un precipicio, lo bambolean:

—O llueves de una vez, o vas a parar al fondo del despeñadero.

Y San Matías llueve sobre los campos.



## **El miedo**

Una mañana nos regalaron un conejo de Indias. Llegó a casa enjaulado. Al mediodía, le abrí la puerta de la jaula.



Volví a casa al anochecer y lo encontré tal como lo había dejado: jaula adentro, pegado a los barrotes, temblando del susto de la libertad.



## La prohibición

En el último recodo de la calle Mouffetard, en París, encontré la iglesia de San Medardo.

Abrí la puerta, entré. Era domingo, pasado el mediodía. La iglesia estaba vacía, ya se habían apagado los rumores de las últimas plegarias. Había una limpiadora, barriendo la misa, desempolvando santos, y nadie más.

Recorrí la iglesia, de cabo a rabo. A la luz de los cirios, busqué la ordenanza real del año 1732: Por orden del Rey, se prohíbe a Dios que haga milagros en este lugar. Carlos Machado me había dicho que la prohibición estaba grabada en una piedra, a la entrada de esta iglesia consagrada a un santo demasiado milagrero. La busqué, no la encontré.

Coronada de rúleros, armada de plumero y escoba, la limpiadora me contestó sin dedicarme ni una mirada:

—¡Ah no señor! ¡No! ¡Pero no!

Con voz culpable, insistí:

—Pero esa orden del rey... ¿nunca estuvo?

La mujer me encaró:

—Estar, estuvo.

En el cabo de la escoba apoyó las manos y sobre las manos, el mentón:

—Pero ya no está.

Y dando por concluido el asunto, continuó su ajetreo.

Inmóvil, esperé. Al rato, ella detuvo sus trajines y explicó:

—Una cosa así no era de buen tono para los creyentes. Usted comprenderá.

Yo comprendí.



## Mediodía

Jesucristo, negro, de lentes, maneja una camioneta. Las destartaladas camionetas, brotadas de gente hasta los techos, se abren paso en la multitud. Todas lucen mil arabescos de colores y todas tienen nombre, se llaman Paciencia, Humillación, Tribulación, Locura. A paso de reina camina una mujer. Lleva un balde lleno de agua sobre la cabeza y bajo el brazo una gallina, que apostará a la lotería. Un hombre trae, atada del pescuezo, una cabra que ofrendará a los dioses venidos del Africa. Los dioses deambulan, mezclados con el gentío que va y viene y sube y baja en un trajín incesante. Aquí nadie tiene trabajo, pero todos están muy ocupados. No hay comida, pero muere más gente de risa que de hambre.

Es mediodía, y los gallos anuncian el amanecer. Hay dos soles en el cielo y tres ojos en las caras. La luz grita, el aire baila. Tantos colores tiene el aire, que el arco iris jamás sale, por no pasar vergüenza. Casas sin paredes, autos sin puertas, niños sin zapatos, tumulto sin calles. De cara al mar, en las laderas de las montañas que las uñas del Diablo han desollado a lo largo de cinco siglos, está Port-au-Prince. Esta ciudad, esta

basura, esta hermosura, es una estridencia donde la vida se aturde y olvida lo poco que dura y lo mucho que duele.



## El subversivo

Por los caminos anduvo Isaac Libenson, sin casa ni documentos.

De profesión, justiciero: a su paso iba dejando líos, sindicatos y cooperativas. Nunca salió de pobre, ni le interesó ese asunto.

Una medianoche de 1929, en Buenos Aires, nació su hijo Carlos, así llamado en homenaje a cierto barbudo profeta. Seis años después, cuando las profecías del profeta empezaban a cumplirse y estaba crujiendo el mundo, llegó la hora de enviar al hijo a la escuela:

—Vamos a esperar un poco —dijo Isaac—. El socialismo no puede demorar, y así el pibe recibirá una educación solidaria.

—Prefiero un burro capitalista —decidió la mujer, y al día siguiente envió al hijo a la escuela del barrio.

El socialismo todavía no había llegado un par de años después, cuando Isaac fue expulsado de la Argentina. Entonces se marchó a pelear a la guerra de España, con toda la familia.



## El nochero

Gonzalo Muñoz, cuya imagen de color sepia integra mi álbum de familia, había nacido para vivir de noche y dormir de día.

El pasaba las noches en blanco, velando fantasmas, pero durante el día siempre había mucho para hacer, de modo que no tenía más remedio que dormir de a pedacitos. Caía dormido en cualquier momento, y al despertar se confundía de hora, y a veces hasta de especie. Más de una vez don Gonzalo, que era búho, cantó como gallo, en plena tarde, saludando al amanecer desde la azotea, y esos errores suyos no caían nada bien en el vecindario.

En las reuniones sociales, estaba en plena charla y el sueño lo acometía. Entonces apoyaba el puño en el mentón, decía:

—Pues sí. Pues sí señor —y ahí nomás se desplomaba en la alfombra, dormido como piedra. Entonces alguna dama de la familia lo abanicaba, simulando desmayo súbito o ataque fulminante.

Una noche, don Gonzalo acudió al estreno de un drama en el teatro Solís de Montevideo. Era función de gala, elenco europeo. En el segundo acto, como tenía costumbre, don Gonzalo se durmió. Se durmió justo cuando el personaje principal, un marido de mal carácter, se estaba agazapando, pistola en mano, detrás de un biombo. Poco después, cuando la esposa infiel entró en escena, el marido saltó de su escondite y disparó. Los balazos voltearon a la pecadora y levantaron a don Gonzalo, que despertó súbitamente, se alzó en medio de la platea y, abriendo los brazos, exclamó:

—¡Calma, señores, calma! ¡No se asusten, no corran! ¡Que nadie se mueva!

Su mujer, sentada al lado, se escurrió hasta desaparecer en las profundidades de la butaca.



## El minero

El es uno de los fantasmas. Así llama la gente de Sainte Elie a los pocos viejos que siguen hundidos en el barro, moliendo piedras, escarbando arena, en esta mina abandonada que ni cementerio ha tenido nunca, porque tampoco los muertos han querido quedarse.

Hace medio siglo, este minero llegó al puerto de Cayena y se internó en busca de la tierra prometida. En aquellos tiempos, aquí había florecido el jardín de los frutos de oro, y el oro redimía a cualquier forastero muerto de hambre y lo devolvía a casa muy gordo de oro, si la suerte quería y si no lo degollaba algún amigo en un recodo del camino.

La suerte no quiso. Y de nada sirvió la varilla de azogue negro, que era infalible para atrapar al otro fugitivo, ni sirvió de nada el brujo que espantaba la desgracia. Pero este minero sigue aquí, sin más ropa que un taparrabos, comiendo nada, comido por los mosquitos. Y en busca de nada revuelve la arena día tras día, sentado ante la batea, bajo un árbol más viejo que él, que lo defiende de la ferocidad del sol.

El cazador de oro está hablando solo. Sebastián Salgado se acerca, se sienta a su lado. Hay un solo diente, un diente de oro, en la boca del minero, tecla que brilla en la noche de su boca.

—Mi mujer es muy linda —dice, y muestra una foto borrosa, rotosa.

—Me está esperando —dice.

Ella tiene veinte años. Hace medio siglo que ella tiene veinte años, en algún remoto lugar del mundo.



## La ceremonia

No eran estallidos de celebración, eran ruidos de guerra. En el cielo de Zagreb no había más fuegos de artificio que las balas trazadoras que atravesaban la noche y abrían camino a la metralla y las bombas. Moría el año viejo y Yugoslavia moría, suicidándose en un baño de sangre, mientras Fran Sevilla terminaba de transmitir a Madrid una de sus crónicas del exterminio mutuo.

Aquella era su última crónica del año 91. Fran colgó el teléfono y miró el reloj, a la luz de un encendedor. Tragó saliva. El estaba solo, en un hotel habitado por nadie, aturdido por los alaridos de las sirenas y los truenos del bombardeo, y faltaban pocos minutos para que naciera el año nuevo. Los fogonazos de la guerra, que se metían por la ventana, eran la única luz de la habitación.

Recostado en la cama. Fran arrancó doce uvas de un racimo. Y a la medianoche en punto, las comió. Mientras comía las uvas, una otras otra, iba dando doce golpecitos, con un tenedor, en una botella de vino Rioja que se había traído de España. Eso de los golpecitos en la botella lo había aprendido de su padre, cuando él era niño y vivían en las orillas de Madrid, en un barrio que no tenía campanas.



## Parte de guerra

La hija de don Francisco fue capturada en la sierra de Chuacús. En la madrugada, un oficial del ejército la arrastró hasta la casa de su padre, y encaró a don Francisco:

—¿Está bien lo que hacen los guerrilleros?

—No —dijo don Francisco—. No está bien.

—¿Y qué hay que hacer con ellos?

Don Francisco calló.

—¿Hay que matarlos?

Don Francisco seguía callado, mirando al suelo. Su hija estaba de rodillas, encapuchada, maniatada, con la pistola del oficial clavada en la cabeza.

—¿Hay que matarlos? —insistió el oficial.

Quizá don Francisco quiso decir: no, pero ninguna palabra le salió de la boca. Y siguió callado, con los ojos clavados en el suelo.

Antes de que la bala volara la cabeza de la muchacha, ella lloró. Bajo la capucha, lloró.

—Lloró por él —dice Carlos Beristain, que me cuenta esta historia de los años ochenta, en Guatemala.



## Para la cátedra de derecho civil

Están haciendo cola los pobres de absoluta pobrecía, los condenados a pena de pena perpetua. Olor a jabón barato, gente

limpita y peinada; la ley se despierta temprano, hoy atiende el abogado de primera hora.

El abogado ve que en la cola espera una anciana con varios niños y un bebé en brazos. Cuando le llega el turno, ella muestra sus papeles. Los niños no son nietos, son hijos. Esa mujer tiene treinta años y nueve hijos, y viene a pedir ayuda. Ella había levantado un rancho de lata y madera en algún lugar de las orillas del Cerro de Montevideo; creía que era tierra de nadie, pero era de alguien. Y ahora van a echarla de allí, ya le ha llegado esa cosa que se llama orden de lanzamiento.

El abogado la escucha, revisa los papeles que ella ha traído, menea la cabeza. Demora en hablar, traga saliva, por fin dice:

—Lo lamento, señora, pero no hay nada que hacer.

El abogado lo dice en voz baja, mirando al suelo.

Cuando alza la mirada, ve un racimo de hijos en torno de esa mujer. Una de las niñas se está tapando las orejas con las manos. Quién sabe si ella sabe que esas palabras, no hay nada que hacer, ese trueno, ese castigo, van a aturdirle los oídos a lo largo de todas las vidas de su vida.



## **La televisión**

La televisión ¿muestra lo que ocurre?

En nuestros países, la televisión muestra lo que ella quiere que ocurra; y nada ocurre si la televisión no lo muestra.

La televisión, esa última luz que te salva de la soledad y de la noche, *es* la realidad. Porque la vida es un espectáculo: y a los que se portan bien, el sistema les promete un cómodo asiento.



## Para la cátedra de geografía

Estaba intentando descifrar el alboroto de los pájaros de California, en las arboledas de la Universidad de Stanford, cuando un viejo profesor, que deambulaba por allí, se me acercó. El profesor, sabio en alguna especialidad de las ciencias biológicas, tenía mucha charla guardada. De lo suyo, sabía todo. Yo, que de aquello no sabía nada, nada entendí; pero él era simpático, hablaba suavemente y daba gusto escucharlo.

A cierta altura, lo picó la curiosidad y quiso saber de qué país venía. Le contesté; y por sus ojos, estupefactos, me di cuenta de que el nombre del Uruguay no le resultaba muy familiar. Yo ya estaba acostumbrado, pero el profesor fue amable y me hizo un comentario sobre las ropas típicas de mi país. Era evidente que el profesor confundía Uruguay con Guatemala: retribuí su gentileza haciéndome guatemalteco en el acto y sin chistar, y dije no sé qué cosa sobre la tormentosa historia de América Central.

—Central America? —me interrumpió. Y por sus ojos, estupefactos, me di cuenta de que tampoco ese nombre le resultaba muy familiar. Como también a eso estaba acostumbrado, no me sorprendí. Era evidente que el profesor creía, como muchos de sus compatriotas, que en el centro de América está Kansas City.



## Los conjuros

Lucila Escudero no se daba por enterada de sus años. Ella andaba tan campante por los tres patios de su casa y por las

calles del vecindario, sorda a las penas y a los achaques y a las tristes voces del tiempo, y con ojos de recién llegada miraba al mundo desde el balcón.

Lucila creía en el cielo, y sabía que lo merecía, pero se sentía mucho mejor en casa. Para despistar a la muerte, dormía cada noche en un lugar diferente. Nunca le faltaba algún tataranieto para ayudar a correr la cama, y de oreja a oreja sonreía pensando en el chasco que se llevaría la muerte cuando viniera a buscarla. Antes de dormir, encendía el último cigarrillo del día, en su larga boquilla labrada, y se echaba la última copa de buen vino tinto. Entraba en la noche bebiendo el vino da a sorbitos, un buche por cada amén, mientras rezaba los padrenuestros y las avemarías.

Había nacido en 1885. Murió a los 110 años de su edad, en Santiago de Chile, cuando ya había enterrado a siete hijos y estaba un poquito aburrída de vivir.



## **La fiesta**

El 10 de mayo de 1987, el Club Nápoles se consagró campeón de Italia por primera vez en 60 años. La ciudad fue vengada por las artes de un mago petiso y ruludo, llamado Maradona, que hacía cantar a la pelota. Y un terremoto de fiesta estalló y lanzó a bailar por los aires a la gente que tenía la jodida costumbre de perder en el fútbol y en todo lo demás.

Al fin de esa noche, un enorme cartel apareció en el cementerio de Nápoles. No se dirigía a la calle, sino a las tumbas. El cartel decía:

**¡LO QUE SE PERDIERON!**

## Los cambios

Se parecía a Carlitos Gardel, después de la caída del avión. Lo vi hace 30 años, y es como si lo estuviera viendo. Tosía, ajustaba el nudo del pañuelo que le protegía el pescuezo. El pañuelo había sido blanco alguna vez.

—¡Yo no vendo nada! —roncaba.

Trabajaba parado sobre un cajón, frente a la Caja de Jubilaciones de Montevideo. En las manos sostenía una caja de cartón, atada con piolines desflecados como él.

—¡Yo no vendo nada!

Algunos curiosos se acercaban, todos viejos y muy viejos. Poquito a poco, los curiosos se iban haciendo gentío.

—¡Yo no vendo nada!

Y cuando llegaba el momento, dos brasas se encendían en el fondo de sus ojeras cavernosas. Con ampuloso gesto se quitaba el sombrero y lo arrojaba al piso. Y alzando la caja de cartón, la ofrecía a los cielos:

—¡Yo no vendo nada, señoras y señores! Porque esto... ¡no tiene precio!

Los viejos se apretujaban, ansiosos, mientras aquellos huesudos dedos desataban, muy lentamente, con parsimonia de amante que demora el goce, los piolines que ataban la caja de cartón. Y la caja se abría. Adentro, había celofanes de colores, anudados en forma de mariposas. Cada celofán era un cambio. Celofanes para cambiar de vida. Había cambios verdes, azules, lilas, rojos, amarillos...

—¡A 200 el cambio! —roncaba el pregonero. —¡Es un regalo, señoras y señores, un regalo! ¡El precio de una botella de vino, que contiene veneno, cárcel, manicomio...!

## La ceremonia

El Turco lleva mucho años detrás de aquel mostrador. Servía bebidas, a veces inventaba. Callaba, a veces escuchaba. Conocía las costumbres y las manías de cada uno de los clientes que noche tras noche venían a echarse tragos.

Había un hombre que llegaba siempre a la misma hora, a las ocho en punto de cada noche, y pedía dos martinis secos. Pedía los dos martinis a la vez y se los bebía él solito, un sorbo de una copa, un sorbo de la otra. Muy lentamente, mirando nada, diciendo nada, el hombre vaciaba sus dos copas, se comía sus dos aceitunas, pagaba y se iba.

El Turco tenía la costumbre de no preguntar, pero una noche el hombre le leyó alguna curiosidad en los ojos y, como quien no quiere la cosa, contó. Dijo que su amigo más amigo estaba viviendo muy lejos de allí, muy lejos de Quito, en Ottawa. Y dijo que a las ocho en punto de cada noche los dos se encontraban, allí y allá, en ese bar de Quito y en un bar de Ottawa, y bebían una copa juntos.

Y así pasó el tiempo, de ceremonia en ceremonia. Hasta que una noche, el hombre llegó con la puntualidad de siempre pero pidió un solo martini, que sea uno, por favor, y bebió, lento, callado, hasta agotar la única copa. Entonces El Turco hizo lo que nunca: lo tocó. Estiró el brazo sobre el mostrador y lo tocó:

—Mi pésame —dijo.

Pero el hombre aclaró que no, que su amigo estaba vivo y coleando:

—Es que he dejado de beber —explicó.

## **El gol**

Al fin del verano de 96, José Luis Chilavert hizo un gol histórico en Buenos Aires. Jugando por el club Vélez contra River Plate, Chilavert tiró de sesenta metros: la pelota atravesó las nubes y de pronto cayó verticalmente sobre el arco contrario y entró.

Los periodistas quisieron conocer el secreto de su disparo: ¿Cómo hizo la pelota ese viaje increíble? ¿Por qué cayó la pelota en línea recta desde la altura?

—Porque chocó con un ángel —explicó Chilavert.

A nadie se le ocurrió ver si la pelota estaba manchada de sangre. Nadie se fijó. Y nos perdimos la oportunidad de saber si los ángeles se nos parecen, aunque más no sea en eso.



## **Los solos**

Lo cazaron en la selva, cuando era muy pichón. A golpes de hacha voltearon el árbol donde tenía su nido. Lo vendieron en la ciudad. Preso en una jaula, entre cuatro paredes pasó toda su vida, hasta que fue abandonado. Lo recogió la familia Schlenker, que en las cercanías de Quito tiene un refugio para animales tristes. Ese guacamayo nunca había visto un pariente. Ahora no se entiende con los demás guacamayos, ni con loro ninguno, ni se entiende con él. Acurrucado en un rincón, tiembla y chilla, se arranca las plumas a picotazos, tiene el pellejo sangrante y desnudo.

Pobre bicho, digo. Más solo, imposible. Pero Abdón Ubidia, que me ha llevado al refugio, me presenta al solo más solo del mundo. Es el último aguti paca, o cuy de monte, que pasa las noches caminando en círculos y pasa los días escondido bajo el tronco hueco de un árbol caído. El es el único de su especie que queda vivo. Todos los suyos han sido exterminados. Mientras espera la muerte, no tiene a nadie con quien conversar.



## **Ecós**

Sonaba como el zumbido de los mosquitos en verano, aunque no era verano. Aquella noche de 1964, Arno Penzias y Robert Wilson no podían trabajar tranquilos. Desde una montaña de Nueva Jersey, los dos astrónomos estaban tratando de medir las ondas emitidas por alguna galaxia, pero la antena captaba un zumbido que no los dejaba en paz. El zumbido atormentaba los oídos, como ocurre cuando las hembras de los mosquitos, hambrientas, enloquecidas por el calor, llaman a sus machos y acosan a la gente.

Después, se supo. Por increíble que pueda parecer, el zumbido era el eco de la tremenda explosión que había dado origen al universo hace 15 mil millones de años, días más, días menos. Aquella vibración de la antena no venía de las hembras de los mosquitos, sino del estallido que había fundado el tiempo y el espacio y los astros y todo los demás. Y quizá, quién sabe, digo yo, un suponer, el eco estaba todavía allí, resonando, zumbando en el aire, porque quería ser escuchado por nosotros, terrestres personitas, que al fin y al cabo tam-

bién somos eco de aquel remoto llanto del universo recién nacido.



## **Para la cátedra de Literatura**

Enrique Buenaventura estaba bebiendo ron en una taberna de Cali, cuando un desconocido se acercó a la mesa. El hombre se presentó, era de oficio albañil, a sus órdenes, para servirlo:

—Necesito que me escriba una carta. Una carta de amor.

—¿Yo?

—Me han dicho que usted puede.

Enrique no era especialista, pero hinchó el pecho. El albañil aclaró que él no era analfabeto:

—Yo puedo escribir. Pero una carta así, no puedo.

—¿Y para quién es la carta?

—Para... ella.

—¿Y usted qué quiere decirle?

—Si lo sé, no le pido.

Enrique se rascó la cabeza.

Esa noche, puso manos a la obra.

Al día siguiente, el albañil leyó la carta:

—Eso —dijo, y le brillaron los ojos—. Eso era. Pero yo no sabía que era eso lo que yo quería decir.



## La acróbata

Yolanda Barnés empezaba el día saludando a sus dos pescaditos, el triste y el entusiasta, en su casa de Los Angeles.

Cuando murió el entusiasta, el triste creció, brilló y pasó del color gris al rojo fuego. A los saltos saludaba y exigía su comida. Así Yolanda descubrió que el pescadito era pescadita, porque esas son cosas que a veces ocurren a las viudas.

La pescadita saltaba cada vez más alto, y daba vueltas en el aire. Una mañana, Yolanda encontró la pecera vacía. En vano buscó a la acróbata por toda la cocina, hasta que por fin la descubrió hundida en un plato de ajos a medio pelar. La devolvió al agua, la pescadita quedó aplastada contra el fondo de la pecera.

Así pasaron los días. La pescadita continuaba su quieta agonía, echando una burbuja que otra. Yolanda, que se sentía mirada por esos ojos rodeados de orillas de sangre, discó el primer número que le vino a la cabeza, pero era el teléfono de un amigo que entendía de autos y de vacas, y que sólo había visto peces en el plato, fritos o a la plancha.

La pescadita no tenía nombre. Yolanda pensó que era muy triste morirse sin nombre, pero no se le ocurrió ninguno. Pegada al vidrio, le dijo que ella era lo más interesante que había conocido en su vida en materia de peces, y le dijo adiós. Y se marchó a comprar leche y huevos y también un pescadito nuevo. Pero sólo trajo la leche y los huevos.

Una semana después, la pescadita daba saltos de circo y se llamaba Milagro.





## Para la cátedra de oftalmología

Estaba sentado a la puerta de una pensión, en el centro de Me-lo. Inmóvil detrás de sus lentes negros, dejaba pasar el tiempo. Sólo los bostezos le movían la cara. Cuando alguien le preguntaba cómo andaba, él contestaba con un murmullo o gemido.

—Está enfermo de las vistas -me dijeron.

—¿Y no se puede operar?

—Ya lo operaron. Esa fue la desgracia.

No era desventura del destino, era error de cirugía. Según se decía en el pueblo, en el hospital lo habían operado y lo habían dejado mirando para adentro. Y el pobre se aburría, se aburría de verse.



## Para la cátedra de urbanismo

En Andalucía, en el pueblo de Castelar Viejo, un collar de casas blancas rodea al castillo, y cada casa tiene cara y cada cara tiene historia. Al lado está el pueblo de Castelar Nuevo, que es un ajedrez de casas prefabricadas, todas iguales.

En una cantina de Castelar Nuevo, trago va, trago viene, se hace la noche, y alguien explica:

—Aquí ya no puedes ni emborracharte, porque después no hay manera de que encuentres tu casa.



## **Para la cátedra de geografía**

En Chicago, no hay nadie que no sea negro. En pleno invierno, en New York, el sol fríe las piedras. En Brooklyn, la gente que llega viva a los treinta años es una prueba de la existencia de Dios. Las mejores casas de Miami están hechas de basura. Perseguido por las rata, Mickey huye de Hollywood.

Chicago, New York, Brooklyn, Miami y Hollywood son los nombres de algunos de los barrios de Cité Soleil, el suburbio más pobre de la capital de Haití.



## **Para la Cátedra de Historia**

Hace unos quince mil millones de años, según dicen los entendidos, un huevo incandescente estalló en medio de la nada y dio nacimiento a los cielos y a las estrellas y a los mundos.

Hace unos cuatro mil o cuatro mil quinientos millones de años, año más, año menos, la primera célula bebió el caldo del mar, y le gustó, y se duplicó para tener a quién convidar el trago.

Hace unos dos millones de años, la mujer y el hombre, casi monos, se irguieron sobre sus patas y alzaron los brazos y se abrazaron y se entraron, y por primera vez tuvieron la alegría y el pánico de verse, cara a cara, mientras estaban en eso.

Hace unos cuatrocientos cincuenta mil años, la mujer y el hombre frotaron dos piedras y encendieron el primer fuego, que los ayudó a defenderse del invierno.

Hace unos trescientos mil años, la mujer y el hombre se dijeron las primeras palabras y creyeron que podían entenderse.

Y en eso estamos, todavía: queriendo ser dos, muertos de miedo, muertos de frío, buscando palabra.



## Preguntas

Inés, de tres años, hija de Alejandra Rosencof:

—¿Qué tengo yo, mamá? ¿Tengo hambre o tengo sueño?

Julieta, de tres años, hija de Nelly Hughes:

—¿Por qué me voy a ir, si aquí estoy más?

Manuel, de cuatro años, hijo de Minou Tavárez Mirabal:

—¿Otra vez vas a salir, mamá? ¿Pero es que tú no sabes que me haces falta? ¿Que cuando tú te vas, yo lloro?

Soledad, de cinco años, hija de Juanita Fernández:

—¿Por qué los perros no comen postre?

Camilo, de seis años, hijo de Glenda Irazábal:

—¿Por qué me llamas «mi vida», mamá? Vos tenés tu vida y yo tengo la mía.

Vera, de seis años, hija de Elsa Villagra:

—¿Dónde duerme la noche? ¿Duerme aquí, abajo de la cama?

Luis, de siete años, hijo de Francisca Bermúdez:

—¿Se enojará Dios, si no creo en él? Ay, mamá, no sé cómo decírselo.

Carlitos, de cuarenta años, hijo de María Scaglione:

—Mamá: ¿a qué edad me sacaste la teta? Mi psicóloga quiere saber.



## **Génesis, 2**

Andrea Díaz iba trotando, montaña abajo, por la costa del Pacífico, cuando de pronto se le descolocaron las rodillas y cayó redonda al suelo.

En andas fue llevada hasta el pueblo de Quepos. La llevó un vecino que tenía músculos hasta en las uñas y ni se enteró del esfuerzo. Después, el tarzán trepó como ardilla por el tronco de un cocotero y a machetazos partió los cocos:

—Tómese esto —mandó.

Y explicó que no hay mejor remedio que el agua de coco para que vuelvan a su sitio los huesos que se han corrido de lugar:

—Esto bebían Adán y Eva, en el tiempo que no había enfermedades. Las enfermedades son de después.

Andrea obedeció, pero no pudo callarse la boca:

—¿Y usted cómo sabe?

El hombre la miró con pena:

—Pero mi niña, cualquiera sabe. ¿No ve que en el Paraíso no había agua corriente?



## **Caminares**

Tengo el cuerpo todo lleno de palabras. En los análisis de sangre, siempre aparecen más palabras que glóbulos:

—El colesterol está dentro de los límites, pero las palabras...

—me dice el médico, y frunce el ceño.

Las palabras me caminan adentro, mientras yo camino. En mis ires y venires a lo largo de la costa de Montevideo, las palabras van y vienen todo a lo largo de mí: ellas se buscan, se encuentran, se juntan, y juntas crecen y se van convirtiendo en cuentos que quieren ser contados. Entonces las palabras golpean a las puertas de mi cuerpo, la puerta de la boca, la puerta de la mano, queriendo salir, queriendo darse, mientras yo me dejo ir por la orilla del río ancho como mar. Fue a la orilla de ese río-mar donde alguna vez también yo golpeé a las puertas de un cuerpo, queriendo salir, queriendo darme, y fui nacido.



## **La ventolera**

Aquella mañana Diego López cumplía cuatro años y le brincaba en el pecho la alegría, la alegría era una pulga saltando sobre una rana saltando sobre un canguro saltando sobre un resorte, mientras las calles de Montevideo volaban al viento y el viento batía las ventanas de la casa. Y Diego abrazó a su abuela Gloria y en secreto, al oído, le ordenó:

—Vamos a entrar en el viento.

Y la arrancó de la casa.

## Machos

Techo de palma, mostrador de cañas. Acodados en el mostrador, Dámaso Murúa y yo bebíamos cerveza, picoteábamos camarones al ajillo y escuchábamos las reflexiones de la clientela. No había mujeres en aquel bar de Mazatlán, pero sólo se hablaba de ellas:

—Lo dijeron en la tele. Cada día muere un montón de mujeres, dieciocho mil mujeres mueren cada día en el mundo. Así como lo oyes. Y a la mía ni le duele la cabeza.

—Ni modo. Es que hay matrimonios que acaban bien, y hay otros que duran toda la vida.

—Antes ella era buena, buena como mujer de otro, pero ahorita... Les das confianza y acaban pisándote. Y cuantimás peor.

—Si las mujeres fueran buenas, digo yo, Dios tendría una.

—Mujer que no jode, es hombre. Está probado.

—Puro hable y hable. Viboreando se pasan el día, puro chisme, pura queja, puro reproche.

—Pos sí.

—¿Quieres que te diga? Les falta cerebro, pero les sobra memoria.

—Eso se ve a simple vista, nomás con echarles un vistazo.

—Las mujeres tienen una pinche memoria. Y es lo peor que tienen, no te perdonan una, te recuerdan todo, óyeme bien, que no acostumbro mentir.



## El blasfemador

Clavado de una sola mano, Jesús de Nazaret colgaba de los restos de una cruz quemada. El otro Jesús, el de Cambre, colgaba del andamio.

Jesús Babío, el de Cambre, era maestro albañil, maestro carpintero, maestro fontanero y maestro blasfemador. Hacía bien todo lo que hacía, pero él había andado mucho y bien sabía que no había en el mundo quien pudiera superarlo en el arte de la blasfemia, que es, como la mística, un arte español. Y a blasfemazo limpio estaba Jesús, el de Cambre, reconstruyendo la iglesia de Santa María de Vigo, que había sido incendiada por los rojos en los años de la guerra, mientras Jesús, el de Nazaret, negro de tizne, escuchaba aquellos homenajes sin una mueca.

Una mañana, Angel Vázquez llegó de a caballo, y con caballo y todo se metió en la iglesia en ruinas. En lo alto del andamio, Jesús estaba en lo suyo, picando una pared y cagándose en el otro Jesús y en sus llagas y en sus espinas y en sus clavos y en la inmaculada madre que lo había parido.

Por cambiar de tema, Angel le preguntó por sus viajes. Aquel obrero errante había trabajado en Inglaterra, Holanda, Noruega, Alemania...

—Y en Cataluña y en Barcelona, también estuve— aclaró Jesús, mientras clavaba unas cuñas de madera:

—Sí que he viajado. He viajado mucho, y fue muy interesante.

Los pájaros entraban y salían, torrenciales como lluvia, por el ventanal de la iglesia, invadido de vegetación.

—Muy interesante —repitió Jesús—. Pero mire usted, don Angel, estuve pensando.

Y con el martillo señaló el ventanal, y más allá señaló el sendero que atraviesa el bosque de Cambre:

—Yo me cago en el camino del Calvario, en el camino de Damasco y en todas las autopistas.

Angel miró. En el sendero no había nadie, o quizás había algún lugareño que llevaba, montado en burro, una carga de leña o alfalfa. Y Jesús Babío, el de Cambre, sentenció:

—Porque sepa usted, don Angel, vaya sabiendo, que todo lo que hay para ver en el mundo, y en el alto cielo, pasa por ese caminito ahí.



## **Yo pecador**

Me confieso, padre, y disculpe la demora. Fue a fines del año 93, creo, si no recuerdo mal. Yo volaba hacia Madrid, y en el avión estaba leyendo un diario español, para ponerme al día con las novedades de la madre patria. Un aviso, bastante grande, me llamó la atención. Era un convento haciendo publicidad. Un convento de clausura, en Granada, que andaba escaso de monjas. Yo no sé si usted conoce, padre. El convento había sido fundado, no sé cuándo, para albergar más de cien monjas, y ya no tenía más que nueve. El aviso invitaba a las muchachas españolas a meterse al encierro, y les prometía la gloria: «¡Entrégate al Señor!», decía el aviso, y decía: «¡El te dará el goce eterno!» Como lo oye. Aquello me fulminó, padre, le ruego que comprenda. ¡El goce eterno! Me sentí humillado. Y entonces, padre, lo confieso, cometí el sacrificio



de pensar que Dios Nuestro Señor estaba practicando la competencia desleal. Juro que me arrepentí en el acto, pero reconozco que justo en ese momento el avión pegó tremenda sacudida.



## **La guerra**

Yo aprendí la guerra de España, veinte años después de la derrota, en Montevideo: en las vinerías, donde los vencidos cantaban, abrazados, sus canciones de las trincheras, y en los cafés, donde se peleaban como si la guerra estuviera ocurriendo.

Uno de los exiliados, Abraham Guillén, me contaba la guerra en su casa, a la hora del desayuno. El me hablaba del marco geo-político y de las contradicciones tácticas y estratégicas del frente republicano. Después, las batallas ocurrían sobre el mantel.

Las cucharitas, el azucarero y las tazas de café con leche señalaban las posiciones de los milicianos y las tropas de Franco. Inclinando un cuchillo, Abraham disparaba, y el cañonazo volteaba el tarro de mermelada, rojo de sangre. Los tanques, los vasos, avanzaban rodando y aplastaban las tostadas. Las tostadas crujían. Los aviones de Hitler arrojaban naranjas y panes que estremecían la mesa y provocaban tremendo desparpamo entre los escarbadienes, que eran la infantería. Yo escuchaba los truenos de las bombas, la tormenta de la metralla y los aullidos de las víctimas.



Desde la puerta de la cocina, la mujer de Abraham se secaba las manos con un repasador. Mirando aquella mesa sembrada de cadáveres, meneaba la cabeza y susurraba:

—Pobrecillos. Pobrecillos.

## **Una carta**

Vera Carnevale, que tenía once años, escribió una carta a su padre enfermo.

Te digo: querete, cuidate, protegete, mimate, sentite, amate, disfrutate. Te digo: te quiero, te cuido, te protejo, te mimo, te siento, te amo, te disfruto.

Con la carta de su hija bajo la almohada, Héctor se fue en el sueño.



## **El veneno**

En las heladas vísperas de cada amanecer, ante las brasas del fogón, el capataz y el peón armaban el primer cigarrillo del día. Ellos no se miraban, no se nombraban, no se hablaban. Entre los dos se sentaba Tarzán, el perro. Sólo con el perro conversaban. Dirigiéndose al perro, decía el capataz:

—Hay una vaca muerta en la cañada. Hasta cuándo va a estar.

Y el peón:

—Pregúntele a la vaca, Tarzán.

Tarzán miraba a uno, miraba al otro. El era perro parco, de poco ladrar, y rara vez gruñía o meneaba el rabo. Se ganaba el hueso escuchando al capataz, que le decía que hay que arreglar la alambrada, y al peón, que le decía que chocolate por la noticia. Y hasta la madrugada siguiente, desaparecía.

Estos dos hombres que se odiaban eran los únicos que trabajaban las tierras de la Viuda, en Rocha, inmensidades atravesadas por catorce tranqueras: hábiles en sus artes de jinetes pastores, tirón de rienda, vuelo de lazo, tajo de facón, salían a recorrer campo a la salida del sol, cada cual por su rumbo, y hasta la noche cabalgaban sin cruzarse jamás.

Una madrugada, Tarzán no vino. El sol abrió su primer tajo en el horizonte y se elevó en el cielo y Tarzán no vino. Sin mirarse, sin nombrarse, sin hablarse, los dos hombres ensillaron y se echaron al campo. Y a la madrugada siguiente, Tarzán tampoco vino y los hombres, callados, se fueron a trabajar.

El perro apareció en un pastizal, ojos de vidrio, patas rígidas, un rastro de sangre en el hocico, muerto del veneno de una víbora crucera. Y una semana después, día más, día menos, alguien encontró a los dos hombres, tumbados sobre las cenizas del fogón, cada uno con el cuchillo del otro metido hasta el mango en algún lugar del cuerpo.



## **La tumba**

Iba Gabriela abrazada a las flores que llevaba para su hermano Javier, en el cementerio de La Chacarita, cuando por casualidad descubrió la tumba de Osvaldo Soriano.

—Flores, no quiere —advirtió el cuidador—. El es socialista.

—A los socialistas nos gustan las flores —dijo Gabriela.

Y el cuidador meneó la cabeza:

—Aquí viene cada raro, si usted viera. Si yo le contara...

Y le contó. Mientras barría el tierral con un escobillón, dijo el cuidador que allí acudían unos raros que se ponían a dar vueltas en torno a la tumba de Soriano y charlaban, no se callaban nunca, no hay un respeto, y se reían:

—¿Quiere creer? Se ríen, oiga, se ríen.

Se doblaban de risa los raros, dijo el cuidador, pero eso no era lo peor, si usted supiera, si yo le contara. Y le contó. Confidencial, en voz baja:

—Le dejan cartas. Le entierran papelitos, quiere creer.

Cuando el cuidador dio por concluida su denuncia, y pasó a ocuparse, escobillón en mano, de otros difuntos, Gabriela quedó sola. Y a solas, al pie de la tumba, esta leyente agradeció el humor desvestidor y entrañable de los libros del gordo Soriano.

El cuidador estaba lejos y no escuchó la voz del Gordo, que desde las profundidades susurró:

—Perdoná que no me levante.



## **La catedral**

En un callejón del centro de Santiago de Chile, un viejo destartalado vendía cigarrillos de contrabando en una destartalada mesita. Yo me detuve a estudiar la mercadería, mientras el

viejo, sentado en el suelo, bebía del pico de una botella. El me ofreció un trago de su vino de cirrosis instantánea, y estuvimos charlando un rato. Cuando yo le estaba pagando los cigarrillos, se vino la tromba. De pronto la mesita voló, volaron los cigarrillos, las moscas huyeron, se volcó el vino, yo trastabillé y una demoledora mujer levantó al viejo por el pescuezo.

Me puse a recoger los paquetes desparramados por el piso, mientras la tarzana sacudía al viejo y le gritaba mujeriego, putaño, qué te has creío, descarao, degenerao, que andái culiando con la Eva —y él balbuceaba que si yo ni la conozco—, y con la Lucy, y con la Teté, y él: ella me buscó, gemía, mientras seguía el bombardeo, que te has revolcao con la Martita, la yegua ésa, y la puta de la Charito, y la Beti, y la Mary, y él: ¿Qué pretende usted? ¿Que sea un maleducaio? ¿Que les niegue el saludo?

Por la vereda iba y venía la gente, ocupada en su ajetreo, y nadie les prestaba la menor atención. Ella había aplastado al viejo contra la pared y lo tenía atrapado por el cuello. Apretando para estrangulación, amenazó:

—¡Te mandai mudar! ¡Te vai! Si no te vai, te lo corto.

Entonces lo soltó, y ante sus ojos cruzó los dedos como hojas de tijera, lentamente:

—¿Oíste? ¡Te lo corto! Quedas alvertío.

El cayó de rodillas y le abrazó las piernas. Señalándome, dijo:

—Aquí está este amigo, que no vai me dejar mentir.

Y juró:

—¿Pero usted no sabe? ¿No sabe usted que usted es mi catedral? Las otras... las otras son capillitas, nomás.



## Terapia intensiva

Lo encontraron en su casa de Buenos Aires, caído en el suelo, desmayado, respirando apenas. Mario Benedetti había sufrido el más feroz ataque de asma de toda su vida.

En el Hospital Alemán, el oxígeno y las inyecciones lo devolvieron, poquito a poco, al mundo, o a algún otro planeta más o menos parecido. Cuando alzaba los párpados, veía muñequitos que bailaban, tomados de la mano, en la remota pared, y entonces volvía a sumergirse en un silencio asueñado y ausente. Estaba molido. Había sido aporreado por Joe Louis, Rocky Marciano y Cassius Clay, todos a la vez, aunque él nunca les había hecho nada.

Escuchó voces. Las voces iban y venían, se acercaban, se alejaban, y en alemán decían algo así como mal, mal, lo veo muy mal; un caso difícil, difícil; quién sabe si pasa de esta noche. Mario abrió un ojo y no vio muñequitos. Vio unas túnicas blancas, al pie de su cama. Con voz de bandera arriada, preguntó:

—¿Tan grave estoy?

Lo preguntó en perfecto alemán. Y uno de los médicos se indignó:

—¿Y usted por qué habla alemán, si se llama Benedetti?

El ataque de risa lo curó del ataque de asma y le salvó la vida.



## Los ausentes

El cementerio de Chichicastenango se muere de risa. Mil colores luce la muerte en las tumbas florecidas. Quizá los colores celebran el fin de la pesadilla terrestre, este mal sueño de mandones y mandados que la muerte acaba cuando de un manotazo nos desnuda y nos iguala.

Pero en el cementerio no veo ni una sola lápida de 1982, ni de 1983, cuando fue el tiempo de la gran matazón en las comunidades indígenas de Guatemala. El ejército arrojó esos cuerpos a la mar, o a las bocas de los volcanes, o los quemó en quién sabe qué fosas.

Los alegres colores de las tumbas de Chichicastenango saludan a la muerte, la Igualadora, que con igual cortesía trata al mendigo y al rey. Pero en el cementerio no están los que murieron por querer que así también fuera la vida.



## Los siete pecados capitales

Cuando creyó que se moría, un amigo me contó que él era culpable de avaricia, envidia, gula, lujuria, pereza, soberbia e ira: «Jamás me confesé. Yo no quería que el cura gozara más que yo con mis pecados, y por avaricia me los guardé. No confesé que me daban envidia las moscas, que podían volar bajo la falda de esa mujer. ¿Gula? Sí, gula: desde la primera vez que la vi, el canibalismo no me pareció tan mal. Por lujuria o rayos X yo siempre la veía desnuda, como desnuda se ve la espada a pesar de la vaina. Meterme en ella era lo único en el mundo que no me daba pereza; fuera de ella, yo andaba

desganado, asueñado, como bicho fumigado me arrastraba sin rumbo ni tumbo. Y en ella estuve, más entrando que saliendo, hasta que cometí la soberbia de creer que ella era yo. Y una noche, loco de ira, rompí a golpes ese espejo».



## **Para la Cátedra de Derecho Laboral**

Unas cuantas abejas vuelan dentro de una habitación vacía y cerrada. Durante varios días se ofrece a las abejas, por único alimento, un néctar de flores mezclado con la pócima Z. Entonces se introduce en la habitación una camisa impregnada del olor de alguien. Agotado el néctar, las abejas pasan hambre, revoloteando en torno a ese olor.

Una noche, se libera a las abejas cerquita de la hamaca donde duerme el dueño de la camisa. Las abejas, desesperadas, clavan sus dardos. Al amanecer, el inoculado no consigue levantarse. No le responden sus músculos de trapo. Al mediodía, se apaga como una vela. De nada sirven las compresas de hojas de romero y de nuez de jengibre, empapadas en ron clarín, ni otros remedios infalibles. A la tarde, sus queridos lo llevan en andas al cementerio, y derraman lágrimas y arrojan flores mientras las paladas de tierra caen sobre el cajón. Pero esa noche, el difunto rompe el cajón, abre la tumba y vuelve al mundo. El regresado ha perdido la pasión y la memoria. Los ojos idos, callada la boca, trabaja sin horario ni salario, moliendo caña o alzando paredes o cargando leña, y no se queja jamás, ni jamás exige, ni pide siquiera.

(Esta es una modesta proposición para corregir la indisciplina de la mano de obra en la era de la globalización industrial. Se



basa en un tratamiento ya ensayado, en casos aislados, en la república de Haití, que podría aplicarse exitosamente en escala universal. La experiencia permite confiar en su eficacia contra las tendencias conflictivas que actualmente alteran la paz pública, perjudican al sistema productivo y desalientan la inversión extranjera.)



## **La risa**

Javier Villafañe y Jorge Valdano habían almorzado juntos en un bodegón de Zaragoza. Ya se estaban yendo, cuando el viejo Javier se golpeó la frente: de un brinco regresó a la mesa y vació, a sorbitos lentos, la copa que había quedado a medio tomar. Mientras Javier bebía aquel resto, porque es pecado dejar vino y porque nunca se sabe si será el último trago, escuchó risas que venían de la cocina.

Habían comido muy bien, un almuerzo que era obra de maestría, y Javier decidió que Valdano y él no podían irse sin dar las gracias al autor. En la puerta de la cocina apareció un hombre tamaño niño, chiquito y solar, un fulgor metido dentro de un inmenso gorro de cocinero. Javier no sabía si felicitarlo o llevárselo para su teatro de títeres.

—Aquí nos divertimos cocinando —dijo el diminutito. Y añadió, orgulloso:

—A los platos se les nota el buen humor.

Y dijo que hay que cuidarse, porque la gente cree que las malas ondas entran por los codos y las rodillas, pero no: entran por la boca.

## Para la Cátedra de Antropología

A través de los campos y los tiempos, marchaba el tren desde Sevilla hacia Morón de la Frontera. Y a través de la ventana, el poeta Julio Vélez contemplaba, con ojos cansados, las arboledas y las casas que huían en ráfagas, verederías y blancuras tantas veces vistas, mientras su memoria deambulaba por otras geografías.

Sentado frente a Julio iba un turista. El turista quería practicar su dificultoso español, pero Julio andaba quién sabe por dónde, buscando alguna certeza que se le había ido, alguna palabra o mujer que se le habían perdido.

—¿Usted es andaluz? —preguntó el turista.

Julio, ausente, asintió.

Y el turista, intrigado, insistió:

—Pero si es andaluz, ¿por qué está triste?



## Para la Cátedra de Religión

Cuando llegué a Roma por primera vez, yo ya no creía en Dios, y no tenía más que a la tierra por único cielo y único infierno. Pero no guardaba un mal recuerdo del Dios padre de los años de mi infancia, y en mis adentros seguía ocupando un lugar entrañable el hijo, el rebelde de Galilea que había desafiado a la ciudad imperial donde yo estaba aterrizando en aquel avión de Alitalia. Del Espíritu Santo, lo confieso, poco o nada me había quedado: apenas el vago recuerdo de una

paloma blanca de alas desplegadas, que caía en picada y embarazaba a las vírgenes.

No bien entré al aeropuerto de Roma, un gran cartel me golpeó los ojos:

**BANCO DEL ESPIRITU SANTO**

Yo era muy joven, y me impresionó enterarme de que la paloma andaba en eso.



## **Para la Cátedra de Historia del Arte**

En las profundidades de una cueva del río Pinturas, un cazador estampó en la piedra su mano roja de sangre. El dejó su mano allí, en alguna tregua entre la urgencia de matar y el pánico de morir. Y algún tiempo después, otro cazador imprimió, junto a esa mano, su propia mano negra de tizne. Y luego otros cazadores fueron dejando en la piedra huellas de sus manos empapadas en colores que venían de la sangre y de las cenizas, de la tierra y de las flores.

Trece mil años después, cerquita del río Pinturas, en la ciudad de Perito Moreno, alguien escribe en la pared: Yo estuve aquí.



## **Miró**

Almir D'Avila lleva más de cuarenta años en el manicomio de San Pablo. Entró de niño, lo declararon demente y nunca más

salió. Nunca nadie le ha escrito una carta, ni ha sido nunca visitado por nadie. Aunque pudiera irse, no tiene adónde; aunque quisiera hablar, no tiene con quién. Pasa sus días deambulando en círculos, con una radio de pila pegada a la oreja, y en su camino se cruza siempre con los mismos hombres que deambulan en círculos con una radio de pila pegada a la oreja.

Una tarde de domingo, uno de los médicos del manicomio llevó a algunos pacientes a visitar la exposición de Joan Miró. Almir se puso su traje único, muy gastadito pero bien planchado bajo el colchón, se metió hasta los ojos su sombrero de almirante de la flota imperial y marchó a la exposición apretando contra el pecho, como siempre, la bolsa llena de piedritas que él usa para pagar favores.

Y vio. Vio los colores que estallaban, el tomate que tenía bigotes y el tenedor que bailaba, el pájaro que era mujer desnuda, los muchos ojos que volaban en cada cielo y las estrellas muchas que cada cara escondía.

Anduvo de cuadro en cuadro con el ceño fruncido. Era evidente que Miró lo había defraudado, pero el médico quiso conocer su opinión:

—Demasiada —dijo Almir.

—¿Demasiada qué?.

—Demasiada locura.

Y Almir se atornilló la cabeza con un dedo.



## El avión

Flameaban, altas, las banderas. La banda ensayaba una y mil veces el himno nacional, mientras otros maestros ponían a punto lo mejor de la música lugareña. Un caballo, de nombre Moscardón, espantaba las vacas que se metían a pastar en la pista.

Nadie había faltado. El pueblo entero de Lorica llevaba horas esperando, achicharrándose al sol, todos con el pescuezo torcido y los ojos clavados en el cielo, encajes, lacitos, corbatas, almidonados todos como para boda o bautismo.

Desde lejos lo vieron venir. Y tragaron saliva. Y cuando el esperado se lanzó a tierra, el tremendo trueno y el latigazo de viento provocaron una estampida general en la concurrencia.

Por fin las hélices dejaron de girar y calló aquel ruido de guerra. Y la multitud boquiabierta pudo ver, de lejos, al gigante. Inmóvil en la neblina del polvo rojo, la máquina, negra, brillaba.

Nunca se había visto un avión en el pueblo de Lorica. La gente quedó muda de espanto, paralizada ante tanto prodigio, hasta que un valiente rompió filas corrió. Y al pie del monstruo, gritó:

—¡Huele a jabón!

Entonces la música estalló. Las dos orquestas tocaban simultáneamente el himno patrio y un popurrí de vallenatos, mientras la multitud atropellaba saltando y bailando. Los pasajeros fueron bajados en andas y al piloto lo ahogaron en un mar de flores. Y celebrando la aparición del venido del cielo, se echó a correr el trago fuerte y se desató la parranda, dale dale, en las calles del pueblo.

El avión había hecho una escala, una paradita para seguir viaje hacia otros rumbos, pero ya no pudo despegar.

—Ese fue el primer secuestro aéreo de la historia de Colombia —dice David Sánchez-Juliao, el más joven de los secuestradores.



## **El fotógrafo**

Hiladio Sánchez vive en la oscuridad, como los murciélagos. Como los murciélagos, ve por los oídos. Pero los murciélagos no saben sacar fotos, Hiladio es fotógrafo, y de los buenos.

Era jugador de fútbol, y de los buenos, hace veintipico de años. Jugando para la selección nacional de Cuba, un pelotazo lo tumbó. Parecía muerto. Tiempo después, despertó en el hospital. Estaba vivo. Estaba ciego.

Además de ver por los oídos, Hiladio ve por los ojos de su imaginación y su memoria, y ha encontrado la manera de contarnos lo que ve. Cámara en mano, ejerce sus artes de mansanta de la imagen. Mide la distancia por los pasos, y ajusta el diafragma según el calor del día o la frescura de la tarde. Y cuando todo está listo, apunta y hace puntería guiado por las voces o por los silencios, que nunca están callados.

Hiladio fotografía a sus vecinos, apoyados contra la pared marcada de cicatrices, y fotografía las sábanas colgadas del alambre y las jarras y los sartenes colgados de los clavos, el leve paso de las horas y las gentes, la luz del sol en el patio, y la sombra que la corta de un tajo.

No fotografía la luz de la luna, aunque la conoce bien. Cada noche, esos dedos helados le tocan la cara. Es la luna, que lo llama. Y el ciego se hace el sordo.



## **El profesor**

En el patio de baldosas sonó un estrépito de botas con espuelas. Desnudo, tirado boca abajo sobre el charco de su sangre, el Tito Bernal alcanzó a entreabrir un ojo. Y pudo ver las botas plantadas ante su cara, botas que olían a cuero mojado, y desde ellas, la larga sombra que partía en dos el patio. Le ardió en el ojo la blancura del patio, blanco de luna.

Allá en lo alto de las botas, tronó una voz. El Tito la reconoció. Era la voz de Alcibíades Britez, jefe de policía de Asunción, un servidor de la patria que cobraba los sueldos y recibía las raciones de setecientos policías muertos. El Tito había escuchado esa voz cada una de las muchas veces que había sido molido a palos por causa de las ideas que creía y la gente que quería, porque andaban haciendo alboroto los campesinos sin tierra o porque se estaba llenando la ciudad de panfletos y pintadas que no eran para nada cariñosos con el superior gobierno.

La bota lo pateó, lo hizo rodar, la voz sentenció:

—El profesor Bernal... Vergüenza debía darte. Los profesores no están para armar líos. Los profesores están para dar conocimientos.

El Tito tenía la boca hecha un estropajo, pero consiguió decir:

—Así es.

Quizás el jefe de policía lo escuchó. Si lo escuchó, no lo entendió.

Algún tiempo después, el Tito terminó de morir.



## **El molino**

Nelly Delluci atravesó alambradas y pastizales en busca del lugar donde había sido triturada, un campo de concentración llamado La Escuelita, pero el ejército argentino no había dejado ni un ladrillo en pie.

Toda la tarde anduvo buscando en vano. Y cuando más perdida estaba en plena llanura, deambulando sin ton ni son, Nelly vio el molino. Lo descubrió de lejos. Al acercarse, escuchó la queja de las aspas azotadas por el viento, y no tuvo dudas:

—Es aquí.

No había nada más que pasto alrededor, pero ése era el lugar. De pie frente al molino, que ya el crepúsculo teñía de rojo, Nelly reconoció el gemido que quince años antes había acompañado a los presos días tras día, noche tras noche.

Y recordó: un coronel, harto de la letanía del molino, lo había mandado maniatar. Las aspas habían sido atadas con varias vueltas de tiento, pero el molino había seguido quejándose.





## Los pecados

En 1992, mientras se celebraban los cinco siglos de algo así como la salvación de las Américas, un sacerdote católico llegó a una comunidad metida en las hondonadas de las montañas de Chiapas.

Antes de la misa fue la confesión. En lengua tojolabal, los indios contaron sus pecados. Carlos Lenkersdorf hizo lo que pudo traduciendo las confesiones, una tras otra, aunque él bien sabe que no hay quién pueda traducir estos misterios:

—Dice que ha abandonado al maíz —tradujo Carlos—. Dice que muy triste está la milpa. Muchos días sin ir.

—Dice que ha maltratado al fuego. Ha aporreado la lumbre, porque no ardía bien. Ella sufrió.

—Dice que ha profanado al camino, que lo anduvo mache-teando sin razón.

—Dice que ha volteado un árbol y no le ha explicado por qué.

—Dice que ha lastimado al buey.

El sacerdote no supo qué hacer con esos pecados, que no figuran en el catálogo de Moisés.



## El lector

En uno de sus cuentos, Osvaldo Soriano imaginó un partido de fútbol en algún pueblito perdido de la Patagonia. Al Barda del Medio, el equipo local, nunca nadie le había metido un gol en su cancha. Semejante agravio estaba prohibido, bajo pena de cárcel o de horca. En el cuento, el equipo visitante

evitaba la tentación durante todo el partido; pero al final, en una de las pifias de la defensa del Barda, el delantero centro quedaba solo frente al arquero y no tenía más remedio que pasarle la pelota entre las piernas.

Treinta y tres años después, cuando Osvaldo llegó al aeropuerto de Neuquén, un desconocido lo estrujó en un abrazo y lo alzó con valija y todo:

—¡Gol, no! ¡Golazo! —gritó—. ¡Te estoy viendo! ¡A lo Pelé lo festejaste! —y cayó de rodillas, elevando los brazos al cielo. Después se cubrió la cabeza:

—¡Qué manera de llover piedras! ¡Qué biaba nos dieron! Osvaldo, boquiabierto, escuchaba con la valija en la mano.

—¡Se te vinieron encima! ¡Eran un pueblo! —gritó el entusiasta. Y entonces se hinchó como un sapo, señaló a Osvaldo con el pulgar y dijo a los curiosos que se habían acercado:

—A éste yo le salvé la vida.

Por primera vez se estaba llenando de gente aquel partido que Osvaldo había jugado a solas, una lejana madrugada, sin más compañía que una máquina de escribir, un cenicero lleno de puchos y un par de gatos dormilones



## **Naturaleza viva**

Alfredo Mires rescata las tradiciones de Cajamarca.

Hace años, cuando Alfredo estaba empezando a recoger la memoria de las costumbres y los tiempos, los campesinos le propusieron algunos temas de trabajo:

el eclipse, la lluvia, la inundación, la niebla, la helada, el ventarrón, el remolino.

Alfredo asintió:

¡Ah, sí! —dijo—. Fenómenos naturales.

Nadie respondió. De callada manera, le estaban diciendo que tal cosa no existe en Cajamarca.

Con el tiempo, Alfredo aprendió.

Aprendió que el eclipse ocurre porque el sol y la luna son una pareja que se lleva mal, sol de fuego, luna de agua, y cuando se encuentran, se pelean, y el sol quema a la luna o la luna moja al sol y lo apaga por un rato;

y aprendió que la lluvia es hermana de los ríos; que por los ríos

corre la sangre de la tierra, y hay inundación cuando la sangre se derrama;

que la niebla se mata de la risa burlando a los caminantes;

que la helada es tuerta, y por eso quema los cultivos por un solo lado;

que el ventarrón se relame comiéndose las semillas sembradas en luna verde y que el remolino da vueltas porque tiene un solo pie.



## **El tajo**

Por acaso del destino, yo estaba allí. Era el tiempo de la guerra, yo andaba de siete años recién cumplidos.

No soy de frecuentar tristezas, creamé. Rolendio Martínez, un servidor, ya va para un siglo de vida. Nunca gusté de negruras ni encontré tocayos ni tuve trabajo aliviado. A esta altura ya no cumplo años ni uso reloj, pero no soy yacaré viudo para andar caminando con la cabeza volteada. Así que no vaya a interpretarme mal. Lo mío no es manía. Yo vi lo que vi, y lo sigo viendo. Con los ojos abiertos, y durmiendo también. Nunca conseguí sacarme ese amargamiento.

Clarito, lo veo. Había un hombre que tenía un pañuelo colorado en el pescuezo. Algo andaría haciendo, quién sabe, allí a la orilla del arroyo Sarandí. En eso, escuché caballos. Y vi. Fue cosa de un momentito. Dos jinetes llegaron de atrás, pasaron como viento, uno cazó al hombre por el pañuelo y el otro pegó el cuchillazo, y después limpió el cuchillo, al galope, en el anca del caballo. Y se perdieron en el polvo.

Fue a la hora de la siesta, en pleno verano. La memoria mía no ha tenido el consuelo de la niebla, ni la excusa de la oscuridad. Fue hace noventa años, y lo veo todavía: el tajo de oreja a oreja, el chorro de sangre, el hombre que salió corriendo, pegando manotazos, sin saber que estaba muerto



## **El pintor**

—Yo me di cuenta de que estaba muerto, porque hablaba en latín —me explicó Angel Vázquez.

Además, se sabía. Hacía tiempo que Urbano Lugrís, artista pintor, yacía bajo tierra. Pero aquella tarde, Angel había subido a la torre, para esperar el otoño, y se lo había encontrado.

Desde lo alto de la costa gallega, Angel estaba contemplando el otoño, que venía de la mar, y el otoño era una luz blanca que invadía el cielo, limpio de nubes. En esa paz estaba Angel, blanca brisa, aire nuevo, cuando descubrió que tenía al artista a su lado. El viejo dijo alguna de esas maldades muy suyas, que en latín sonaban raro, pero rió como siempre reía, que no era con la boca sino con sus peligrosos ojos de niño encendidos bajo la maraña del pelo.

Y entonces, de pronto, el cielo se enloqueció: se alborotó, se oscureció, y en la súbita negrura aparecieron bailando unas nubes venidas quién sabe de dónde, nubes de oro, nubes de fuego, nubes de vino, y luego llegaron los relámpagos y las acuchillaron. Y tembló el mundo, sacudido por los truenos, y sobre el mundo se desplomó una lluvia del fin del mundo.

Angel gritó:

—¡Don Urbano ¡Pinte eso, hombre!

Inmóvil bajo la lluvia violenta, el artista echó un bufido de perro viejo. Fue en latín, pero dio para entender:

—¡Pero no ves que estoy muerto, carajo!



## **El juego**

A lomo de mula, a lomo de moto, a lomo de nada, Federico Ocaranza recorre los caseríos perdidos en las montañas del norte argentino. El anda curando bocas en esas soledades, en esas pobredades: la llegada del dentista, el enemigo del dolor, es una buena noticia para los pastores de llamas y los labradores de tierras heladas, y allá las buenas noticias son pocas, como poco es todo.

Federico me contó que los niños jamás se cansan jugando al fútbol en la altura, y se pasan el día persiguiendo una pelota de trapo entre las nubes. Pero me dijo que no es el fútbol lo que más les divierte. Mucho más disfrutan haciéndose los muertos. Los niños se acuestan en el suelo de piedra, con los brazos en cruz, y se burlan de los cóndores. Cuando los cóndores, que vuelan en círculos, se lanzan al ataque, ellos pegan el brinco.



## **La noche**

Cuando tenía siete años, Helena quiso descubrir la noche.

Se hizo la dormida, y a la medianoche se escapó de la cama. En silencio se vistió de fiesta, como si fuera domingo o día de cumpleaños. Y con todo sigilo se deslizó hacia el patio y se sentó a conocer los misterios de la noche de Tucumán.

Sus padres dormían, sus hermanas también. Helena quería saber cómo era el cielo mientras la gente dormía. Quería ver cómo crecía la noche, y cómo viajaban la luna y las estrellas. Alguien le había dicho que los astros se mueven, y a veces se caen, y que el cielo va cambiando de color mientras la noche anda, porque la noche nunca es negra como a primera vista parece.

Aquella noche, noche de la revelación de la noche, Helena miraba sin parpadear. Le dolían los ojos, se estrujaba los párpados, volvía a mirar. El color del cielo seguía siendo negro como la tinta china y la luna y las estrellas seguían estando muy quietas, cada cual en su sitio.

La despertaron las luces del amanecer. Helena lagrimeó. Después, se consoló pensando que a la noche no le gusta que le espíen los secretos



## **El orden**

El capitán Camilo Techera siempre andaba con Dios en la boca, buenos días si Dios quiere, hasta mañana, si Dios quiere. Cuando llegó al cuartel de artillería de Trinidad, descubrió que no había ni un solo soldado que estuviera casado como Dios manda y que todos vivían en pecado, retozando en promiscuidad como las bestias del campo.

Para acabar con aquel escándalo que ofendía al Señor, el capitán mandó llamar al cura del pueblo. En un solo día, el cura administró a toda la tropa, cada cual con su cada cuala, el santísimo sacramento del matrimonio, en nombre del capitán, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

El domingo, todos los soldados fueron maridos.

El lunes, un soldado dijo:

—Esa mujer es mía.

Y clavó el cuchillo en la barriga de un vecino que la estaba mirando.

El martes, otro soldado dijo:

—Para que aprendas.

Y retorció el pescuezo de la mujer que le debía obediencia.

El miércoles...



## **El viaje**

Oriol Valls, que se ocupa de los recién nacidos en un hospital de Barcelona, dice que el primer gesto humano es el abrazo. Después de salir al mundo, al principio de sus días, los bebés manotean, como buscando a alguien.

Otros médicos, que se ocupan de los ya vividos, dicen que los viejos, al fin de sus días, mueren queriendo alzar los brazos.

Y así es la cosa, por muchas vueltas que le demos al asunto, y por muchas palabras que le pongamos. A eso, así de simple, se reduce todo: entre dos aleteos, sin más explicación, transcurre el viaje.



## **Caminares**

Pedro Saad caminó sobre las aguas. En el centro de Rusia, una tarde de mucho frío, Pedro caminó por encima del río Volga, que en el invierno había congelado. Pedro estaba solo, pero mientras caminaba iba sintiendo, en las plantas de los pies, la vibración del río que estaba vivo bajo el hielo.

Hacia ya unos cuantos años, al otro lado del mundo y del tiempo. Pedro había caminado por alguna calle de Guayaquil, una tarde de mucho calor. Pedro estaba solo, pero mientras caminaba iba sintiendo, en las plantas de los pies, el latido de la tierra que estaba viva bajo el asfalto.





## La cárcel

En 1984, enviado por alguna organización de derechos humanos, Luis Niño atravesó las galerías de la cárcel de Lurigancho, en Lima. Luis se abrió paso a duras penas y se hundió en el sopor, en el dolor, en el horror. En aquella soledad llena de gente, todos los hombres estaban condenados a tristeza perpetua. Los presos, desnudos, amontonados unos sobre otros, balbuceaban delirios y humeaban fiebres y esperaban nada.

Después, Luis quiso hablar con el director de la cárcel. El director no estaba. Lo recibió el jefe de los servicios médicos. Luis dijo que había visto muchos presos en agonía, vomitando sangre o comidos por las llagas, y no había visto ningún médico. El jefe explicó:

—Los médicos sólo entramos en acción cuando nos llama el enfermero.

—¿Y dónde está el enfermero?

—No tenemos presupuesto para pagar un enfermero.



## La memoria

La mujer de Norberto Rodríguez ha muerto, devastada por el cáncer y por la medicina, al cabo de una agonía de tres meses; y Norberto tiene toda la memoria ocupada por ese tiempo de horror.

El quisiera arrancar a su mujer de esos suplicios, devolverla a sus días luminosos: la memoria se niega. A veces asoma, en la memoria, algún fulgor venido de los muchos años anteriores

al dolor y al adiós, algún pedacito de la alegría compartida con esa mujer querible y queriente. Pero entonces, como en una pantalla condenada a sombra perpetua, las imágenes, atroces irrumpen, invaden y castigan; y no se van.

Norberto quisiera pedir clemencia a su memoria. El no sabe cómo. Nadie sabe.



## **El tejedor**

Llevaba poco tiempo en la fábrica, cuando una máquina le mordió la mano. Se le había escapado un hilo. Queriendo atraparlo, Héctor fue atrapado.

No escarmentó. Héctor Rodríguez se pasó la vida buscando hilos perdidos, fundando sindicatos, juntando a los dispersos y arriesgando la mano y todo lo demás en el oficio de tejer lo que el miedo destejía. Creciéndose en el castigo, atravesó el tiempo de las listas negras y los años de la cárcel, y atravesó también las derrotas y las traiciones y los desalientos. Creía en lo que creía contra toda evidencia, y así fue, siguió siendo, hasta el fin de sus días.

Eramos muchos. Estábamos esperando en el pórtico del cementerio. Héctor iba a ser enterrado en la colina que se alza sobre la playa del Buceo. Llevábamos allí un largo rato, aquel mediodía gris y de mucho viento, cuando unos obreros del cementerio llegaron trayendo a pulso un féretro sin flores ni dolientes. Y tras ese féretro entraron, en cortejo, algunos de los que estaban esperando a Héctor.

¿Se equivocaron de ataúd? Quién sabe. Era muy de Héctor eso de ofrecer sus amigos al muerto que estaba solo.

## **La voz**

No son más de mil los indios ishir que sobreviven en el Chaco.

Wylky, legalmente llamado Gregorio Arce, habla por todos en las ceremonias sagradas. Hace años, una peste mató a su gente más querida. Entonces, él se hundió en el bosque, y allí cantó y cantó, y siguió cantando cuando la sangre le brotó de la boca. Con la garganta rota, mucho después, emergió de la fronda.

Es casi nada la voz que le queda, un susurro quebrado, pero Wylky es un señor de la palabra. Está hecho de silencio, y de pocas palabras secretas y luminosas, el sendero que conduce a la casa de los dioses.



## **Exorcismos**

Sonia Pie de Dandré se levanta siempre bien temprano, porque el trabajo obliga y también porque da gusto respirar el día cuando está recién nacido y huele a bebé.

Aquella mañana, ella caminó, cantando bajito, por las calles de Santo Domingo, mojadas de luz nueva, y estuvo entre las primeras de la cola, ante el mostrador donde se retiran los pasaportes. Cuando recibió el suyo, vio que entre los datos figuraba el color de la piel. Trigueña, decía el documento.

Sonia es negra, y ésa es una de sus imbatibles alegrías. Pidió que se corrigiera el error. No se podía.

—En este país no hay negros— le explicó el funcionario, negro, que había llenado los formularios



## **El exilio**

Fue rey en febrero, en muchos febreros fue rey. El rey Traimán, también llamado Sopita y Marqués de las Cabriolas, gobernaba el carnaval. Gorra emplumada, atavíos de seda: allá en lo alto de su trono de luces, alzado sobre el trueno de los tambores y la algarabía del gentío, él no hablaba ni sonreía. El monarca mandaba, con imperturbable gravedad, moviendo apenas el cetro, y su poder duraba mientras duraba la fiesta.

Pero moría el carnaval, y Traimán continuaba ejerciendo la monarquía. El tenía cara de rey triste, desde que había nacido. En aquella cara de siempre, obra de alfarería indígena, nada se movía: una eterna mueca de desdén le había subido las cejas, le había bajado los párpados y le había cerrado la boca. Sus labios sólo se abrían para decir lo imprescindible:

—Yo soy el rey de la Araucaria.

Sin palabras, quitándose el sombrero hongo, agradecía las monedas que muy de vez en cuando contribuían a la causa del reino perdido; y sin palabras vendía caramelos en los tranvías de la ciudad.

Traimán había llegado a Montevideo, perseguido por los usurpadores blancos, hacía muchos años. En algún lugar secreto guardaba, según se decía, los pergaminos que daban fe de su autoridad sobre las tierras, las lejanas tierras del sur, donde había nacido.

El esmirriado monarca comía salteado, pero andaba enredado en complicadas gestiones diplomáticas, que emprendía en nombre de sus súbditos. Los reyes europeos no le contestaban, porque estaban atareados en sus guerras.

Al fin de la segunda guerra mundial, mientras esperaba noticias, Traimán murió, tuberculoso, en un hospital público. Fue enterrado con su levita raída y con todas las medallas que le colgaban del pecho.



## **La flor**

Parece orquídea, pero no. Huele a gardenia, pero tampoco. Sus grandes pétalos, alas blancas, tiemblan queriendo volar, irse del tallo: en Cuba la llaman mariposa.

Alessandra Riccio plantó, en tierra de Nápoles, un bulbo de mariposa, traído desde La Habana. En tierra extraña, la mariposa dio hojas, pero no floreció. Y pasaron los meses y los años, y seguía sin nada más que hojas cuando unos cubanos amigos de Alessandra llegaron a Nápoles y se quedaron en su casa durante una semana.

Entonces, en los alrededores de la planta, sonaron y resonaron las voces de su tierra, el antillano modo de decir cantando: la planta escuchó esa música de las palabras día tras día y noche tras noche, porque los cubanos hablan despiertos y dormidos también.

A la semana, Alessandra dijo adiós a sus amigos. Y cuando regresó del aeropuerto, una enorme flor blanca la estaba esperando. Las alas desplegadas brillaban, luminosas, en la noche de su casa

## **La inundación**

Las iglesias eran obras de confitería y los palacios, obras de juguetería; algunas casas parecían cajitas de música. Pero la Antigua Ciudad de Guatemala vivía con el corazón en la boca. Lo que no gastaba en lágrimas, se le iba en suspiros. Aburrirse, lo que se dice aburrirse, jamás se aburrían: amenazada por el volcán de Agua y por el volcán de Fuego, estaba condenada a zozobra perpetua, entre los vómitos de los volcanes y los alborotos de la tierra.

En 1973, un terremoto la sacudió. Ella tenía costumbre. Medio siglo antes, otro terremoto la había despedazado, y Antigua había seguido en su sitio, como si nada, de temblor en temblor, que si Dios me ha de matar me mate y que el Diablo me lleve. Pero esta vez, no sólo la tierra corcoveó y rompió todo: lo peor fue que el río se salió de cauce y ahogó a las gentes y a las casas. Y los que sobrevivieron a la inundación no tuvieron más remedio que huir despavoridos para fundar, lejos, otra ciudad.

El río que se desbordó se llamaba, se llama, Pensativo.

De vez en cuando, a mí me pasa lo mismo



## **El agua**

Le cayó muy simpático. Caetano no lo conocía. El muchacho, que andaba por la playa vendiendo cangrejos, lo invitó a dar una vuelta en su barca:

—Me gustaría —dijo Caetano—, pero no puedo. Tengo cosas que hacer. Compras, trámites...

Y en barca fueron. Recorriendo la ciudad por sus orillas, fueron al mercado y al banco y al correo y a todos los lugares donde Caetano debía ir. De cuando en cuando se detenían, por el puro gusto, a contemplar Bahía desde la bahía, y era una fiesta demorarse flotando.

Así, Caetano Veloso fue descubriendo una ciudad nueva. El la conocía, y muy mucho, pero no sabía que la conocía de espaldas. Nunca la había andado así, desde lo mojado, desde lo callado. Una ciudad era la ciudad caminada por las calles donde la gente no puede estarse quieta, luces que bailan, colores que gritan, y otra ciudad, muy otra, era la ciudad navegada por las silenciosas aguas donde no hay más alboroto que el de la espuma. Vista desde la barca, Bahía también era una barca, una serena barca disfrazada de tierra loca por lo mucho que le gustan los disfraces. Las calles no morían en la mar: en la mar nacían. En la mar no estaban las afueras de Bahía de San Salvador, sino sus adentros.

A la caída de la tarde, la barca devolvió a Caetano a la playa donde lo había recogido. Y entonces Caetano quiso saber cómo se llamaba aquel muchacho que le había revelado la otra ciudad. De pie sobre la barca, el cuerpo negro brillando a la luz del último sol, el muchacho dijo su nombre:

—Yo me llamo Marco Polo. Marco Polo Mendes Pereira.



## **El hincha**

—Aquí hay un fanático que siempre trae al padre —me dijo Sixto Martínez.

Estábamos en Sevilla, en el estadio. Era un partido aburrido, había criado barba la pelota, pero daba gusto charlar al sol en medio del gentío.

—Yo también voy con el viejo —dije—. El es futbolero, como yo.

Sixto encendió un cigarrillo, pitó hondo. Se bajó los anteojos, me clavó la mirada:

—Este que te digo viene con el padre muerto.

Y dejó caer los párpados:

—Fue su última voluntad.

Domingo a domingo, el hijo traía las cenizas del padre y las sentaba a su lado en la tribuna. El difunto le había pedido, en agonía:

—Que no me pierda partido del Betis de mi alma.

Y también le había pedido que siguiera pagando, mes a mes, sus cuotas de socio.

Al principio, el padre acudía al estadio en envase de vidrio. Una tarde, los porteros le impidieron la entrada, por peligroso. Desde entonces, venía en envase de cartón plastificado.



## **El hombre más viejo del mundo**

Era verano, era el tiempo de la subienda de los peces, y hacía ciento veinticinco veranos que don Francisco Barriosnuevo estaba allí.

—El es un comeaños —dijo la vecina—. Más viejo que las tortugas.



La vecina raspaba a cuchillo las escamas de un pescado. Don Francisco bebía un jugo de guayaba. Gustavo, el periodista que había venido de lejos, le hacía preguntas al oído.

Mundo quieto, aire quieto. En el pueblo de Majagual, un caserío perdido en los pantanos, todos los demás estaban durmiendo la siesta.

El periodista le preguntó por su primer amor. Tuvo que repetir la pregunta varias veces, primer amor, primer amor, PRIMER AMOR. El matusalén se empujaba la oreja con la mano:

—¿Cómo? ¿Cómo dice?

Y por fin:

—Ah, sí.

Balanceándose en la mecedora, frunció las cejas, cerró los ojos:

—Mi primer amor...

El periodista esperó. Esperó mientras viajaba la memoria, destartalado barquito, y la memoria tropezaba, se hundía, se perdía. Era una navegación de más de un siglo, y en las aguas de la memoria había mucho barro, mucha piedra, mucha niebla. Don Francisco iba en busca de su primera vez, y la cara se le contraía como un puño.

El periodista desvió la mirada, cuando descubrió que las lágrimas estaban mojando los surcos de esa cara estrujada. Y entonces don Francisco clavó en la tierra su bastón de cañabrava y empuñando el bastón se alzó de su asiento, se irguió como gallo y gritó: ¡Isabel!, gritó:

—¡Isabeeeeeeel!



## **El árbol**

Siete mujeres se sentaron en círculo.

Desde muy lejos, desde su pueblo de Momostenango, Humberto Ak'abal les había traído unas hojas secas, que él había recogido al pie de un árbol.

Cada una de las mujeres quebró una hoja, suavemente, contra el oído.

Una sintió un viento soplándole la oreja.

Otra, la fronda que se hamacaba.

Otra, un batir de alas de pájaros.

Otra dijo que en su oreja llovía.

Otra escuchó los pasos de un bichito que corría.

Otra, un eco de risas.

Otra, un rumor de aplausos.

Humberto me lo contó, y yo pensé: ¿No será que las hojas muertas susurraron, al oído de las mujeres, la memoria del árbol?



## **El exorcismo**

Sixto Ledesma se ganaba la vida partiendo piedras en las canteras de Maldonado. A la caída del sol, se daba un buen baño en el arroyo. Después encendía la radio, y mientras se echaba unos tragos de caña, creía todo lo que la radio decía. Ya en la nochecita, ensillaba el caballo y se marchaba a enamorar a su dama.

A veces, Sixto se caía, por culpa de las mañas del caballo, las trampas del camino o la traición de los tragos. Entonces se sacudía el barro de la zanja, se sacaba la camisa y se azotaba la espalda con un arreador de cuero trenzado. Se daba unos cuantos latigazos en cruz, con alma y vida, y con la espalda sangrante llegaba a casa de Excelsa, su bienamada. Y le decía:

—Tranquila, Excelsa, que estoy suavcito. Ya me saqué todo el comunismo.



## **La boda**

Se fueron por las calles los recién casados. En el Central Park, María Hinojosa y Germán Pérez habían jurado que se amarían hasta el mutuo exterminio. Cuando acabó la ceremonia, los padrinos los acompañaron, en bullanguera procesión, por las calles de Nueva York.

Iban tronando tambores los padrinos de la música. Los padrinos del fuego marchaban con velas encendidas. Los padrinos del aire soltaban palomas, y echaban puñados de tierra los padrinos de la tierra: tierra de México, donde nació ella, y tierra de la Dominicana, donde nació el. Y caminaban salpicando agua, agua que había sido bendita por la gente más querida, los padrinos del agua.



## **El jacarandá**

En las noches, Norberto Paso acarreaba bolsas en el puerto de Buenos Aires, y en los días levantaba la casa. Esta casa la hicieron juntos, Blanca y él. Blanca le subía los ladrillos y los baldes de mezcla y las paredes crecían en torno al patio de tierra. Ellos eran muy jóvenes, se reían de cualquier cosa, nunca se aburrían de mirarse.

La casa estaba a medio hacer cuando Blanca trajo un jacarandá del mercado. Era un árbol chiquito, ella había pagado un platal. Norberto se agarró la cabeza.

—Estás loca —dijo, y la ayudó a plantarlo.

Cuando terminaron la casa, Blanca murió.

Ahora han pasado los años, y Norberto sale poco. Una vez por semana se va al centro, a protestar porque la jubilación es una mierda que no alcanza ni para pagar la sogá donde colgarse. Cuando Norberto regresa, tarde en la noche, el jacarandá lo está esperando. Frondoso de flores de cielo profundo, el jacarandá lo espera despierto, para que él le cuente.



## **El velorio**

Asunción Gutiérrez había muerto en Managua, el día que cumplió un siglo de vida, y fue velada en su casa de la comarca Aranjuez por una multitud de parientes y vecinos.

Ya hacía rato que los dolientes habían pasado de la pena a la fiesta y de los susurros a las carcajadas, según quiere la cos-

tumbre, cuando en lo mejor de la noche doña Asunción se alzó en el ataúd.

—Sáquenme de aquí, babosos —mandó.

Y se sentó a comer un tamalito, sin hacer el menor caso de nadie.

En silencio, los deudos se fueron retirando. Ya los cuentos no tenían quién los contara, ni los naipes quién los jugara, y los tragos habían perdido su pretexto. Velorio sin muerto, no tiene gracia. Los dolientes se perdieron por las calles de tierra. Despabilados por el mucho café, no sabían qué hacer con lo que quedaba de la noche.

Uno de los bisnietos comentó, indignado:

—Es la tercera vez que la vieja nos hace esto.



## **El desierto**

Román Morales emprende la travesía del salar de Uyuni. Se echa a caminar al amanecer, desde las orillas donde las vicuñas detienen su paso y los cóndores su vuelo. Y a poco andar, pierde de vista las últimas señales de la tierra.

Más de un caminante ha sido tragado por estas inmensidades, y Román lo sabe. El sabe que el salar, el desierto de sal más grande del mundo, ha nacido del rencor. En el principio de los tiempos, ésta fue una vasta mar de leche agria. Cuando Tunupa, la montaña, perdió a su hijo, se vengó regando la leche de sus pechos sobre las cumbres del mundo, que fueron de odio inundadas.

Cuanto más camina Román, más miedo siente. Metido en el fulgor, pasa las horas, la mañana, el mediodía, la tarde, mientras crujen los cristales de la sal bajo sus botas, y después de mucho andar quiere volver, pero no sabe cómo, y quiere seguir, pero no sabe adónde. Por mucho que se restregue los ojos, no consigue encontrar el horizonte. Ciego de luz blanca, camina sin ver, a través de la blanca nada.

Y se desploma. Cae de rodillas al suelo o al cielo, suelo de sal, cielo de sal, y las lágrimas saladas le cruzan la cara rajada por los soles que la sal refleja. Y por primera vez, Román escucha que su boca está suplicando, su boca suplica al desierto, con voz de otro:

—No me mates.

Y entonces las piernas, piernas de otro, se levantan y siguen caminando. Varias veces Román cae, pero cada vez que va a desmayarse, las piernas se alzan, por su cuenta, y continúan este viaje sin vuelta. Y cuando la noche llega, Román escucha nuevamente esa voz desconocida que de su boca sale, la voz que ahora ruega a las estrellas:

—No me dejen solo.

Y las piernas lo llevan a través de la noche y todo a lo largo del nuevo día. Y mucho después, después de mucho tropezar y caer, después de mucho caer y levantarse, súbitamente las piernas dejan de andar. Tumbado en el suelo de sal, Ramón alza la cabeza, parpadea, y ve: allí nomás, cerquita, está la aldea de Atulcha. En esa aldea, en esas cuatro casas, acaba la mar de sal, y acaba el viaje.

Mirándose las botas, que la sal ha comido a mordiscones, Román se pregunta:

—¿Quién ha cruzado el desierto? ¿Quién fui, quién habré sido?

Una bandada de flamencos, ráfaga rosada, le da la bienvenida.



## **La tierra**

Allí había nacido, allí había dado sus pasos primeros. Cuando Rigoberta volvió, años después, su comunidad ya no estaba. Los soldados no dejaron vivo ni el nombre de la comunidad que se había llamado Laj-Chimel, la Chimel chiquita, la que se guarda en el hueco de la mano: mataron a los comuneros y al maíz y a las gallinas, y los pocos indios fugitivos tuvieron que estrangular a sus perros, para que no los delataran los ladridos en la espesura.

Rigoberta Menchú deambuló por su tierra alta a través de la niebla, montaña arriba, montaña abajo, en busca de los arroyos de su infancia, pero ninguno había. Estaban secas las aguas donde ella se había bañado, o quizá se habían marchado lejos, las aguas rojas de sangre, lejos. Y de los árboles más añosos, que ella creía alzados para siempre y que habían tenido brazos que la protegían y cuerpos que la escondían, sólo quedaban restos podridos. Después, alguien le contó: esas ramas poderosas habían servido para atar las horcas y esos troncos habían sido paredones de fusilamiento. En los árboles más viejos, en los más sabidos, habían sido asesinados quienes conocían sus nombres. Cuando ya no tuvieron quién los nombrara, los árboles se dejaron morir.

Y siguió Rigoberta caminando en la niebla, niebla adentro, gota sin agua, hojita sin rama: buscó al kuxín, su muy amigo, lo buscó donde él vivía, y no encontró más que sus raíces se-

cas. Eso era todo lo que quedaba del que la visitaba en sueños, siempre frondoso de flores blancas de corazón amarillo. Y después, supo: el kuxín había sido salpicado por la sangre de sus queridos y había envejecido en un ratito, dolido de ellos, y se había arrancado a sí mismo con raíz y todo



## **El sombrerero**

Sonó el teléfono, escuché la voz cascada: un error así, no puedo creer, óigame bien, yo no hablo por hablar, que una equivocación vaya y pase, pero un error así, cómo es posible, no puedo creer.

Me quedé mudo, con el teléfono pegado a la oreja. Me ví venir lo peor. Yo acababa de publicar un libro sobre fútbol en un país, mi país, que está habitado por doctores en fútbol, eruditos en la historia del fútbol, catedráticos de tácticas y estrategias del fútbol, y cada uno de mis compatriotas sabe de fútbol más de lo que el fútbol sabe de sí mismo. Se me fue el alma a los pies. Yo había cometido alguna pifia de ésas que no tienen remedio. En silencio, cerré los ojos y acepté mi condenación.

—El Mundial del 30 —acusó la voz, gastada pero implacable.

—Sí —musité.

—Fue en julio.

—Sí.

—¿Y cómo es el tiempo en julio, en Montevideo?

—Frío —imploré.

—Muy frío —corrigió la voz, y atacó:



—¡Y usted escribió que en el estadio había un mar de sombreros de paja! ¿De paja? —se indignó—. ¡De fieltro! ¡De fieltro eran!

Arrepentido, conseguí balbucear:

—Es verdad.

Y guardé un bochornoso silencio.

La voz bajó de tono, evocó:

—Yo estaba allí, aquella tarde, 4 a 2 ganamos, lo estoy viendo. Pero no se lo digo por eso. Se lo digo porque yo soy sombrero, siempre fui, y muchos de aquellos sombreros...

Casi se rompió la voz:

—... sombreros de fieltro... los hice yo.



## **La botella**

En la mañana de su desdicha, Jorge Pérez se echó a caminar. Caminó sin saber por qué, sin saber a dónde, obedeciendo a sus piernas, que estaban más vivas que él y se movían sin consultarlo.

Aquella mañana, Jorge se había quedado sin trabajo. En un santiamén, y sin explicaciones, había sido echado de su empleo de muchos años en la refinería de petróleo. Y al llegar a casa había recibido carta de su único hijo, que era toda la familia que le quedaba. El hijo le decía que se sentía de lo más bien navegando en alta mar y no pensaba volver.

Sin nada, sin nadie, Jorge se echó a caminar a la hora en que nada ni nadie hace sombra en el mundo. Bajo el sol vertical, las piernas lo fueron llevando a lo largo de la costa sur de

Puerto Rosales. Y por allí andaba, mirando sin ver, cuando le golpeó los ojos el fulgor de una botella atrapada entre los junco. Jorge se agachó en el barro y la recogió. Era una botella de vino, pero no era vino lo que tenía adentro. En la botella, cerrada con tapón y lacre, había papales. No hay dos sin tres, temió Jorge, pero más pudo la curiosidad. Rompió el pico contra una piedra y encontró unos dibujos, algo borroneados por el agua que se había filtrado. Eran dibujos de soles y gaviotas, soles que volaban, gaviotas que brillaban. También había una carta, que había venido desde Bahía Blanca navegando por el mar y estaba dirigida a quien encuentre este mensaje:

Hola, soy Martín. Yo tengo ocho años. A mí me gustan los nioqis, los huebos fritos y el color verde. A mí me gusta dibujar. Yo busco un amigo por los caminos del agua.



## **Noticias**

En 1994, en Laguna Beach, al sur de California, un ciervo irrumpió desde los bosques. El ciervo galopó por las calles, golpeado por los automóviles, saltó una cerca y atravesó la ventana de una cocina, rompió otra ventana y se arrojó desde un segundo piso, invadió un hotel y pasó como ráfaga, rojo de su sangre, ante los atónitos comensales de los restaurantes de la costa. Entonces se metió en la mar. Los policías lo atraparon en el agua y con cuerdas lo arrastraron hasta la playa, donde sangrando murió.

—Estaba loco —explicaron los policías.

Un año después, en San Diego, también al sur de California, un veterano de guerra robó un tanque del arsenal. Montado en el tanque aplastó cuarenta automóviles y rompió algunos puentes y embistió cuanta cosa encontró, mientras lo perseguían los patrulleros policiales. Cuando se atascó en un repecho, los policías se arrojaron sobre el tanque, abrieron la escotilla y cocinaron a tiros al hombre que había sido soldado. Los televidentes presenciaron, en vivo y en directo, el espectáculo completo.

—Estaba loco —explicaron los policías.



## **Elogio de la prensa**

Alberto Villagra era un glotón del diario. A la hora del desayuno, las noticias, recién salidas del horno, le crujían en las manos.

Una mañana, juró:

—Alguna vez voy a leer el diario arriba de un elefante.

Y juntó dinero hasta que pudo viajar a la India y se sacó las ganas. No consiguió desayunar a lomo de elefante, pero pudo leer un diario de Bombay sin caerse de allá arriba.

Helena, la hija, también es diariómana. El primer café no tiene aroma, sabor ni sentido si no ha llegado acompañado por el diario del día. Y si el diario no está, de inmediato aparecen los primeros síntomas, temblores, mareos, tartamudeos, del síndrome de abstinencia.

El testamento de Helena pide que no le lleven flores a la tumba:

—Llévenme el diario —pide.



## **La música**

Era un mago del arpa. En los llanos de Colombia no había fiesta sin él. Para que la fiesta fuera fiesta, Mesé Figueredo tenía que estar allí, con sus dedos bailanderos que alegraban los aires y alborotaban las piernas.

Una noche, en algún sendero perdido, lo asaltaron los ladrones. Iba Mesé Figueredo camino a una boda, a lomo de mula, en una mula él, en la otra el arpa, cuando unos ladrones se le echaron encima y lo molieron a golpes.

Al día siguiente alguien lo encontró. Estaba tirado en el camino, un trapo sucio de barro y sangre, más muerto que vivo. Y entonces aquella piltrafa dijo, con un resto de voz:

—Se llevaron las mulas.

Y dijo:

—Y se llevaron el arpa.

Y tomó aliento y se rió:

—Pero no se llevaron la música.



## **El espejo**

Pedro García Dobles siempre tuvo planes de fuga, pero a los dos años de edad vivía con los padres, Aurelia y Alex, en su

casa de San Isidro de Heredia, y parecía conforme con la situación.

Una mañana, Aurelia lo alzó en brazos ante el espejo. Señalando su propia imagen, ella dijo:

—Mamá.

Y señalando la imagen de él, dijo:

—Pedro.

A Pedro le interesó el asunto:

—¿Entramos?

Aurelia llamó al espejo, toc-toc, con los nudillos. Y nada. Entonces Pedro intentó meterse, y comprobó, triste:

—Tá cerrado



## **La narradora**

Caminando por el parque del Retiro, aquella mañana, Chiti Hernández Martí se sentía limpia de toda pena, propia o ajena, y se sentía alegre de la mejor alegría, que es ésa que no tiene motivo ni necesita explicarse; alegre porque sí, por todo y por nada.

Chiti se sentó en un banco, bajo la fronda, respiró hondo el aire verde, cerró los ojos. Cuando los abrió, a su lado había un enano.

El enano se presentó: era torero. Ella imaginó el tamaño del toro y se le encogió el alma y se le frunció la cara.

—Te ves muy triste —dijo el enano, y pidió, exigió:

—Cuéntame.

Ella negó con la cabeza, pero el enano insistió:

—No seas desconfiada, Blanca Nieves.

Y Chiti murmuró el primer nombre de hombre que se le pasó por la cabeza, mientras pensaba en lo dura que debía ser la vida de un enano torero. Y por no defraudarlo inventó que el muy golfo se ha aprovechado de mí, y a partir de entonces ya no pudo detenerse. A medida que la historia iba creciendo, este perdulario me golpea, me maltrata, me llama puta y pocacosa, Chiti sentía cada vez menos pena por el enano y más pena por ella, pena y lástima por ella, que para entonces ya estaba embarazada de aquel embustero casado y con hijos, cómo pude hacerle eso a mi novio que es tan bueno, él no se merecía eso, y Chiti temblaba de frío en pleno verano, ahora me han echado del trabajo, no sé qué será de mi vida, no conozco esta ciudad, no tengo a nadie, me cierran la puerta.

El enano, abrumado, ya intentaba consolarla y se miraba los pies, que colgaban en el aire, mientras los arroyitos de las lágrimas, lágrimas de verdad, atravesaban el parque hacia el lago donde navegan los barcos de remo.



## **El narrador**

Eran tiempos de exilio. Héctor Tizón andaba con la raíces al aire, y las raíces le ardían como nervios sin piel.

Alguien le había recomendado un psicoanálisis, pero el psicoanalista y él pasaban mudos la eternidad de cada sesión. El paciente, tumbado en el diván, no abría la boca, por ser de naturaleza enroscado y por creer que su biografía carecía de importancia. Y también estaba callado el terapeuta, y en blan-

co, siempre en blanco, estaban las páginas del cuaderno que yacía sobre sus rodillas. Al cabo de los cuarenta minutos, el psicoanalista suspiraba:

—Bueno. Ya es hora.

A Héctor le daba pena el buen hombre, y él mismo se daba pena: aquel tormento, peor que el exilio, le estaba destrozando los nervios, y encima pagaba por padecerlo.

Un buen día decidió que las cosas no podían seguir así. Desde entonces, a media mañana, mientras el tren lo llevaba desde Cercedilla hacia Madrid, Héctor iba inventando buenas historias para contar. Y apenas se echaba en el diván, se montaba en el arcoiris y disparaba cuentos de montañas embrujadas, héroes endiablados, sirenas que llaman a los hombres desde el fondo de los ríos y fantasmas que hacen casa en la alta niebla.

El psicoanalista tenía más ganas de aplaudirlo que de interpretarlo.



## **La cita**

Había otra gente que le daba limosna, pero Bud era el único que le escuchaba las letanías, y cabeceando asentía con santa paciencia mientras ella se quejaba de los achaques del cuerpo y las maldades del mundo.

Aquel viernes, Bud estaba sentado al borde de la acera. Estaba descalzo, envuelto en una sábana blanca de rayas azules. La vieja se sentó al lado, envuelta en sí misma. Ambos miraban el suelo. Bud dijo:

—Estoy muy cansado.

—Yo también —dijo la vieja, pero por primera vez se quedó calladita la boca. Cuando Bud le preguntó cómo andaban sus llagas, ella cerró los ojos, como para tomar impulso: cuando los abrió, él ya no estaba allí.

Entonces la mendiga llamó a la puerta de la casa de Bud:

—¿El está aquí?

Y supo que Bud había muerto el sábado pasado, y que lo habían enterrado descalzo, envuelto en una sábana blanca de rayas azules.



## Comunión

Al toque de diana, se levantaron todos.

Nadie había pegado los ojos en aquel inmenso barracón. Los presos habían estado de plantón hasta la madrugada, después de una jornada de palizas y amenazas de fusilamiento, y corrían rumores de exterminio.

Un preso recién llegado de Montevideo, que todavía no había perdido la cuenta del almanaque, informó:

—Hoy es domingo de Pascua.

Los cristianos se pasaron la voz. Había que celebrar. Estaba prohibido juntarse, no se permitía ninguna clase de reunión, fuese para lo que fuese, y en carne propia los presos habían aprendido que la prohibición no era ningún chiste. Pero había que hacerlo.

Los demás presos, los que no eran cristianos, ayudaron. Algunos, sentados en las cuchetas, vigilaban las puertas de rejas. Otros formaron un anillo de gente que iba y venía, caminando



como al descuido, alrededor de los celebrantes. Y al centro, ocurrió la ceremonia.

Miguel Brun susurró algunas palabras. Evocó la resurrección de Jesús, que anunciaba la redención de todos los cautivos. Jesús había sido perseguido, encarcelado, atormentado y asesinado, pero un domingo como éste había hecho crujir los muros, y los había volteado, para que toda prisión tuviera libertad y toda soledad tuviera encuentro.

En el barracón, no había nada. Ni pan, ni vino, ni vasos siquiera. Fue la comunión de las manos vacías. Miguel ofreció al que se había ofrecido:

—Comamos —susurró—. Este es su cuerpo.

Y los cristianos se llevaron la mano a la boca, y comieron el pan invisible.

—Bebamos. Esta es su sangre.

Y alzaron la ninguna copa, y bebieron el vino invisible.

Después, se abrazaron.



## **La ciudad de las palabras**

Las casillas de correos de Montevideo están allí desde los viejos tiempos, hechas de bronce con adornitos, pegadas unas a otras entre el suelo y el techo.

Yo voy en las tardes. Y cada vez que voy, antes de abrir mi casilla me detengo, llave en mano, y paro la oreja. Las casillas forman una ciudad de las palabras, y yo escucho.

Allí hay cartas de mucha gente, dirigidas a mucha gente desde todos los lugares del mapa del mundo. Las cartas, que no

pueden estarse calladas, hablan todas a la vez. Yo no entiendo lo que dicen, pero juego a que les adivino las voces: las cartas ríen, suspiran, gimen, rezongan, silban, cantan, todas locas de ganas de ser abiertas y leídas.



## Después

Fue asesinado en una cervecería de los suburbios. Un policía lo mató por error, o porque andaba con una guitarra y tenía el pelo largo y no sabía bajar la cabeza ante la autoridad. El policía lo agarró por el pelo, le metió el caño de la pistola en un ojo y disparó.

Javier Rojas fue enterrado en Buenos Aires. Y mientras en Buenos Aires se abría la tierra para recibirlo, muy lejos de allí, en Antofagasta, tembló la tierra donde Javier había nacido. Un maremoto, venido muy del fondo de las aguas, sacudió violentamente aquellas costas mientras el entierro ocurría. Y Gabriela, la hermana de Javier, pensó que Dios no existe, pero los dioses sí.

Desde la noche que murió Javier, Gabriela perdió el olfato. Dejó de sentir el olor de las plantas, que habla por ellas, y el olor de las pieles, que revela a la gente, y el olor de los libros viejos, que es el olor del tiempo en que fueron leídos.

Ayelén, la hija de Gabriela, supo de la muerte del tío y lloró hasta vaciarse. Después conversó el asunto con su mejor amiga, una pajarita invisible que duerme arriba del ropero y se llama Bocasucia, por su tendencia a las malas palabras. Y tras mucho charlar con la pajarita. Ayelén preguntó a su abuela:

—Si Javier no está, ¿dónde está?

—En el cielo— dijo la abuela.

Y la niña quiso saber:

—Y en el cielo, ¿hay policías?



## **Contratiempos**

Somos hijos de los días. Según los mayas, hemos sido fundados por el tiempo, desde que el tiempo creó a los dioses que nos crearon. Todos somos tierra encantada y todos somos tiempo, y de tiempo en tiempo andamos. El tiempo reina, y se burla: se burla de los pasatiempos que quieren matarlo, de las cirugías que quieren borrarlo, de las píldoras que quieren callarlo, de las máquinas que quieren medirlo y de la gente que quiere ganarlo.

En las reuniones de San Andrés Larráinzar, los funcionarios del gobierno no han conseguido entender a los indígenas zapatistas.

—Ya déjense de fastidiar con esta cosa del tiempo —dijo uno de los funcionarios. Y señalándose la muñeca, y señalando las muñecas de los indios, sentenció:

—Nosotros usamos relojes japoneses, y ustedes también usan relojes japoneses. Para nosotros, son las nueve de la mañana. Para ustedes, también son las nueve de la mañana.

Los indios sonrieron, y callaron.



## El andante

En la frontera, en Rivera, lo conocí. El estaba llegando o estaba yéndose, que eso nunca se sabía.

Tampoco se sabía la edad. Mientras nos bajábamos una botella de vino tinto, me confesó noventa años. Algún añito se sacaba, puede ser. Félix Peyrallo Carbajal no tenía documentos: -Nunca tuve. Por no perderlos -me dijo, mientras encendía un cigarrillo y echaba unos aritos de humo.

Sin documentos, y sin más ropa que la que llevaba puesta, había andado de país en país, de pueblo en pueblo, todo a lo largo del siglo y todo a lo ancho del mundo. Don Félix iba dejando, a su paso, relojes de sol. Este raro uruguayo que no era jubilado ni quería serlo, vivía de eso: hacía cuadrantes, relojes sin máquinas, y los ofrecía a las plazas de los pueblos. No por medir el tiempo, costumbre que le parecía un agravio, sino por el puro gusto de revelar los movimientos de la tierra, que se menea como mujer, y por las ganas de adivinar los secretos del cielo.

Allí, en Rivera, don Félix se estaba sintiendo muy bien, y eso lo tenía preocupado. Ya la tentación de quedarse le estaba dando la orden de irse: -Lo nuevo, lo nuevo, lo nuevo! -chilló, golpeteando la mesa con sus manos de niño.

En esa ciudad, él estaba de paso. En todas partes estaba de paso. Don Félix siempre llegaba para partir. Venía de cien países y de doscientos relojes de sol, y se iba cuando se enamoraba, fugitivo del peligro de echar raíz en una mujer, en una casa o en una mesa de café.

Para irse, prefería el amanecer. Cuando el sol estaba llegando, él se iba. No bien se abrían las puertas de la estación de auto-

buses o de trenes, don Félix echaba al mostrador los pocos billetes que había juntado, y mandaba: -Hasta donde llegue.



## **El carpintero**

Orlando Goicoechea reconoce las maderas por el olor, de qué arboles vienen, qué edad tienen, y oliéndolas sabe si fueron cortadas a tiempo o a destiempo y les adivina los posibles contratiempos.

El es carpintero desde que hacía sus propios juguetes en la azotea de su casa del barrio de Cayo Hueso. Nunca tuvo máquinas ni ayudantes. A mano hace todo lo que hace, y de su mano nacen los mejores muebles de La Habana: mesas para comer celebrando, camas y sillas que te da pena levantarte, armarios donde a la ropa le gusta quedarse.

Orlando trabaja desde el amanecer. Y cuando el sol se va de la azotea, se encierra y enciende el video. Al cabo de tantos años de trabajo, Orlando se ha dado el lujo de comprarse un video, y ve una película tras otra.

-No sabía que eras loco por el cine -le dice un vecino.

Y Orlando le explica que no, que a él el cine ni le va ni le viene, pero gracias al video puede detener las películas para estudiar los muebles.



## Las cartas

Juan Ramón Jiménez abrió el sobre en su cama del sanatorio, en las afueras de Madrid. Miró la carta, admiró la fotografía. Gracias a sus poemas, ya no estoy sola. Cuánto he pensado en usted!, confesaba Georgina Hübner, la desconocida admiradora que le escribía desde lejos. Olía a rosas el papel rosado de aquella primera misiva, y estaba pintada de rosáceas anilinas la foto de la dama que sonreía, hamacándose, en el roseal de Lima.

El poeta contestó. Y algún tiempo después, el barco trajo a España una nueva carta de Georgina. Ella le reprochaba su tono tan ceremonioso. Y viajó al Perú la disculpa de Juan Ramón, perdone usted si le he sonado formal y créame si acuso a mi enemiga timidez, y así se fueron sucediendo las cartas que lentamente navegaban entre el norte y el sur, entre el poeta enfermo y su lectora apasionada. Cuando Juan Ramón fue dado de alta, y regresó a su casa de Andalucía, lo primero que hizo fue enviar a Georgina el emocionado testimonio de su gratitud, y ella contestó palabras que le hicieron temblar la mano.

Las cartas de Georgina eran obra colectiva. Un grupo de amigos las escribía desde una taberna de Lima. Ellos habían inventado todo: la foto, las cartas, el nombre, la delicada caligrafía. Cada vez que llegaba carta de Juan Ramón, los amigos se reunían, discutían la respuesta y ponían manos a la obra. Pero con el paso del tiempo, carta va, carta viene, las cosas fueron cambiando. Ellos proyectaban una carta y terminaban escribiendo otra, mucho más libre y volandera, quizá dictada por esa mujer que era hija de todos ellos, pero no se parecía a ninguno y a ninguno obedecía.

Entonces llegó el mensaje que anunciaba el viaje de Juan Ramón. El poeta se embarcaba hacia Lima, hacia la mujer que le había devuelto la salud y la alegría. Los amigos se reunieron de urgencia. ¿Qué podían hacer? ¿Confesar la verdad? ¿Pedir disculpas? ¿De qué serviría tamaña crueldad? Mucho debatieron el asunto. En la madrugada, al cabo de algunas botellas y de muchos cigarros, tomaron una decisión. Era una decisión desesperada, pero no había otra. Y sellaron el acuerdo: en silencio, encendieron una vela y soplaron todos a la vez.

Al día siguiente, el cónsul del Perú en Andalucía golpeó a la puerta de Juan Ramón, en los olivares de Moguer. El cónsul había recibido un telegrama de Lima:-Georgina Hübner ha muerto.



## **El Cristito**

Dormía poco o nada la Niña María. La luz primera de cada día recortaba las montañas y ya la Niña María estaba clavada de rodillas, susurrando rezos ante el altar.

En el centro del altar reinaba un pequeño Cristo moreno. El Cristito tenía pelo de gente, pelo negro de la gente del lugar. Milagros casi no hacía, poca cosa, algún milagro que otro, muy de vez en cuando, para no perder la mano, pero los lugareños frecuentaban mucho a ese hijo de Dios que tanto se les parecía, y él aliviaba a los lastimados, consolaba a los solos y escuchaba a los pesados. A él acudían los latosos más aburridores del valle de Conlara y de sus inmediaciones, y el Cristito les aguantaba el quejerío con cristiana paciencia.

La Niña María vivía a la mala, se la comía la mugre, pero ella bañaba al Cristito con agua de manantial, lo cubría con las flores del valle y le encendía las velas que lo rodeaban. Ella nunca se había casado. En sus años mozos, se había hecho cargo de sus dos hermanos sordomudos. Después, había consagrado su vida al Cristito. Pasaba los días cuidándole la casa, y por las noches le velaba el sueño.

A cambio de tanto, ella nunca había pedido nada.

A los ciento tres años de su edad, pidió.

-Quiere vivir -opinaron algunos.

-Quiere morir -aseguraron otros.

La Niña María nunca dijo el favor, pero contó la promesa:

-Si el Cristito me cumple -dijo-, lo tiño de rubio.



## **Para la cátedra de literatura**

No hacía mucho que había estrenado los pantalones largos, cuando recibí mi primera lección en el oficio del buen decir, por hablado o por escrito.

Una noche, no recuerdo el dónde ni el porqué, fui invitado a un banquete. Recuerdo que me sentía perdido entre tantos señores respetables, mucha ceremonia, poca comida, y recuerdo que cuando yo ya había devorado el postre escuálido y estaba raspando el plato, escuché un tintineo de cucharitas. Entonces, en la cabecera de la mesa, un caballero se alzó, anunció:

—Seré breve,



y derramó su verba sobre todos nosotros. Y transcurrieron los minutos, y transcurrieron los años, mientras caían las cataratas de gorda prosa. El café se enfriaba, cabeceaban la cabezas, algunos ojos se cerraban y otros ojos se desorbitaban de pánico. No había quién pudiera detener al peligroso dueño de la palabra. Ni él podía. Jadeaba el orador en busca del punto final: no iba a encontrarlo, era evidente, jamás. Pero el perseguidor del punto no tenía más remedio que continuar su cacería. Y el punto huía. Cada vez que él estaba a punto de atrapar el punto, el punto pegaba un salto, salto de pulga, y se iba.

Cuarenta años antes, muy lejos de la ciudad de Montevideo, Isaak Babel había escrito:

—Ningún acero penetra tanto el pecho como un punto puesto a tiempo.



## **La puerta**

A Carlos, que después de esta historia, ya en plena democracia, volvió a prisión por el delito de ser periodista.

En una barraca, por pura casualidad, Carlos Fasano encontró la puerta de la celda donde había estado preso

Durante la dictadura militar uruguaya, él había pasado seis años conversando con un ratón y con esa puerta de la celda número 282. El ratón se escabullía y volvía cuando quería, pero la puerta estaba siempre. Carlos la conocía mejor que la palma de su mano. No bien la vio, reconoció los tajos que él había cavado con la cuchara, y las manchas, las viejas manchas de la madera, que eran los mapas de los países secretos adonde él había viajado a lo largo de cada día de encierro.

Esa puerta y las puertas de todas las otras celdas fueron a parar a la barraca que las compró, cuando la cárcel se convirtió en shopping center. El centro de reclusión pasó a ser un centro de consumo y ya sus prisiones no encerraban gente, sino trajes de Armani, perfumes de Dior y videos de Panasonic.

Cuando Carlos descubrió su puerta, decidió quedársela. Pero las puertas de las celdas se habían puesto de moda en Punta del Este, y el dueño de la barraca exigió un precio imposible. Carlos regateó y regateó hasta que por fin, con la ayuda de algunos amigos, pudo pagarla. Y con la ayuda de otros amigos, pudo llevarla: más de un musculoso fue necesario para acarrear aquella mole de madera y hierro, invulnerable a los años y a las fugas, hasta la casa de Carlos, en las quebradas de Cuchilla Pereira.

Allí se alza, ahora, la puerta. Está clavada en lo alto de una loma verde, rodeada de verderías, de cara al sol. Cada mañana el sol ilumina la puerta, y en la puerta el cartel que dice: Prohibido cerrar.



## **El jugador**

Aquél no era un domingo cualquiera del año 67. Era un domingo de clásico. El club Santafé definía el campeonato contra el Millonarios, y toda la ciudad de Bogotá estaba en las tribunas del estadio. Fuera del estadio, no había nadie que no fuera paralítico o ciego.

Ya el partido estaba terminando en empate, cuando en el minuto 88 un delantero del Santafé, Omar Lorenzo Devanni, cayó en el área, y el arbitro pitó penal. Devanni se levantó,

perplejo: aquello era un error, nadie lo había tocado, él había caído porque había tropezado.

Los jugadores del Santafé llevaron a Devanni en andas hasta el tiro penal. Entre los tres palos, palos de horca, el arquero aguardaba la ejecución. El estadio rugía, se venía abajo.

Y entonces Devanni colocó la pelota sobre el punto blanco, tomó impulso y con todas sus fuerzas disparó muy afuera, bien lejos del arco.



## Soñares

Al fin de sus días, la abuela Raquel estaba ciega. Pero en el sueño de Helena, la abuela veía.

En el sueño, la abuela no tenía un montón de años, ni era un puñado de cansados huesitos: ella era nueva, era una niña de cuatro años que estaba culminando la travesía de la mar desde la remota Besarabia, era una inmigrante entre muchos inmigrantes. La abuela pedía a Helena que la alzara, en la cubierta del barco, porque el barco estaba llegando y ella quería ver el puerto de Buenos Aires. Y en brazos de Helena, veía.

Y después la abuela le decía que quería ver a sus queridos de toda la vida, y Helena se la llevaba volando y la abuela los veía, uno por uno veía a los bienamados:

—¡Tanto tiempo sin verte! —gritaba la abuela, en plena volandería.

Y después de tanto ver, la abuela quiso verse:

—Quiero verme —pidió—. Quiero verme como yo era antes. Y en el sueño de Helena, Helena quiso, pero no pudo.

## El desafío

En Chiapas, los enmascarados desenmascaran al poder. Y no solamente al poder local, que está en manos de los devastadores de bosques y los exprimidores de gentes. La rebelión zapatista viene desnudando también, desde hace un año y medio, al poder que reina sobre todo México, un poder cuyas peores costumbres enseñan que las urnas y las mujeres están para ser violadas y que hacer política consiste en robar hasta las herraduras de los caballos en pleno galope.

Pero los ecos de Chiapas llegan más allá de la comarca y el reino. Marcos, el portavoz, ha dicho que él es zapatista en México y también es gay en San Francisco, negro en Africa del Sur, musulmán en Europa, chicano en Estados Unidos, palestino en Israel, judío en Alemania, pacifista en Bosnia, mujer sola en cualquier metro a las diez de la noche, campesino sin tierra en cualquier país, obrero sin trabajo en cualquier ciudad. Y en una carta entrañable, el sub ha evocado a su amigo, el viejo Antonio, y ha contado que el viejo Antonio opina que cada cual tiene el tamaño del enemigo que elige. Ahí esta, creo, la clave de la grandeza de este pequeño movimiento campesino, que ha brotado en un lugar que nunca había sido noticia para los fabricantes de opinión pública: su grito tiene resonancia universal, porque expresa una pasión de justicia y una vocación solidaria que desafían al todopoderoso sistema que impunemente se ha apoderado del planeta entero. Y el desafío se formula con bravura en los hechos y con sentido del humor en las palabras, con coraje y con alegría, que nos den cosas que buena falta nos hacen.

Está el mundo sometido a una vasta dictadura invisible. En ella, la injusticia no existe. La pobreza, pongamos por caso, que a tantos atormenta y que tanto se multiplica, no es un re-

sultado de la injusticia, sino el justo castigo que la ineficiencia merece. Y si la injusticia no existe, la pasión de justicia se condena como terrorismo o se descalifica como mera nostalgia. ¿Y la solidaridad? Lo que no tiene precio, no tiene valor: jamás la solidaridad se ha cotizado tan bajo en el mercado mundial. La caridad está mejor vista, pero hasta ahora, que yo sepa, el supergobierno del mundo no ha ofrecido ningún Ministerio de Economía a la Madre Teresa de Calcuta.

El supergobierno: los gobiernos están gobernados por un puñado de piratas, elegidos en ninguna elección. Ellos deciden la suerte de la humanidad y le dictan el código moral. En vez de un gancho, tienen en el puño una computadora, y al hombro llevan un tecnócrata en lugar de un papagayo. Ellos dominan los siete mares de las altas finanzas y del comercio internacional, donde navegan los que especulan y se ahogan los que producen. Desde allí, distribuyen el hambre y la indigestión en escala mundial, y en escala mundial manejan a los mandones y vigilan a los mandados. La televisión, que transmite sus órdenes, llama paz mundial o equilibrio internacional a la resignación universal.

Pero la condición humana tiene una porfiada tendencia a la mala conducta. Donde menos se espera, salta la rebelión y ocurre la dignidad. En las montañas de Chiapas, por ejemplo. Largo tiempo callaron los indígenas mayas. La cultura maya es una cultura de la paciencia, que sabe esperar. Ahora, ¿cuánta gente habla por esas bocas? Los zapatistas están en Chiapas, pero están en todas partes. Son pocos, pero tienen muchos embajadores espontáneos. Como nadie nombra a esos embajadores, nadie puede destituirlos. Como nadie les paga, nadie puede contarlos. Ni comprarlos.

(Mensaje enviado al Segundo Diálogo de la Sociedad Civil, México, junio de 1995.)

## Las plumas

Andan emplumados los indios que sobreviven a orillas del río Paraguay.

El plumaje adorna y tiene poderes.

Las plumas verdes del loro dan señorío al cuerpo, que gustoso las luce en los tobillos y en las muñecas, y también dan vida a las hojas de los árboles.

Si no fuera por las plumas rosadas de un ave llamada espátula, la tuna no daría frutos.

Las plumas negras del pato son buenas contra el mal humor.

Las plumas blancas de las cigüeñas ahuyentan las plagas.

El guacamayo ofrece plumas rojas, para llamar a la lluvia, y plumas amarillas, para atraer las buenas noticias.

Las plumas grises del avestruz dan brío al canto humano, que se eleva agradeciendo la luz de cada día.



## El sietecolores

Dante D'Ottone andaba por el Parque Rodó, haciendo nada, dejándose ir entre los árboles, cuando vio a una mujer agachada ante un enorme telescopio que apuntaba al lago.

-Me va a disculpar, señora, pero yo soy muy curioso.

La mujer sacó el ojo del lente, y lo invitó:

-Mire, mire.

Y Dante adivinó un sietecolores, un pajarito de esos que jamás se ven en Montevideo, aleteando sobre el lago.

Ella manipuló el tubo, lo alargó:

-Así se ve mejor. Y contó que había querido comprar unos prismáticos, por lo mucho que le gustaba espiar a los pájaros libres, pero el dinero no daba. En la feria de Tristán Narvaja había encontrado ese telescopio, arrumbado entre otros trastos viejos, y por unos pocos pesos se lo había quedado.

El sietecolores, arcoiris con alas, revoloteaba al tuntún sobre los camalotes, y el telescopio lo perseguía. Daban ganas de pedir que no se fuera nunca esa alegría del aire.



## **Las palomas**

Sylvia Murninkas estaba patinando por la costa de Montevideo, una serena tarde de luces, cielo sin nubes, aire sin viento, cuando escuchó ruidos de guerra. Se asomó al hotel Rambla y retrocedió espantada.

El combate aéreo ocurría en la planta baja. La planta baja del hotel, en plena remodelación, estaba en escombros, y sobre la basura de cascotes y de astillas de vidrios y maderas, había una alfombra de blancas plumas ensangrentadas. Las dos últimas guerreras se estaban matando a picotazos: se lanzaban en ráfaga, se trenzaban en el aire, se estrellaban contra los ventanales y bañadas en sangre volvían al ataque.

Sylvia no conocía estas costumbres de las palomas.



## Los patos (1)

En una entrañable novela de J.D. Salinger, un muchacho llamado Holden Caulfield no daba pie con bola en el colegio ni en nada, y se sentía más solo que un perro solo. En uno de los primeros capítulos, Holden escuchaba los reproches de un profesor del curso de historia, y para escapar de tan atroz aburrimiento, pensaba en los patos del lago del sur del Central Park de Nueva York. ¿A dónde se iban los patos, cuando venían los fríos y el lago se cubría de hielo? ¿Algún camión los recogía y los llevaba al zoológico? ¿O se marchaban a otro sitio por su cuenta? Holden pensaba en este problema de los patos en invierno, y el asunto le interesaba mucho más que el examen sobre los egipcios y sus momias.

Todavía no era invierno cuando Adolfo Gilly conoció ese lago. Adolfo andaba paseando por el Central Park y se sentó al pie de una loma verde, ante las aguas salpicadas por las suaves luces doradas de una tarde de otoño. Y en eso estaba, cuando un profesor, que no era de historia sino de literatura, llegó con sus alumnos a la orilla del lago.

El profesor se puso a leer, en voz alta, ese capítulo de la novela de Salinger. Los muchachos escuchaban, sentados en rueda. Y Adolfo vio que una escuadra de patos se acercaba nadando a toda velocidad. Los patos se quedaron pegados a la orilla, mientras el profesor leía las palabras que hablaban de ellos.

Cuando terminó de leer el capítulo, el profesor se fue, seguido por sus alumnos. También los patos se fueron.





## El lorito

Houdini se escapaba siempre. El primer día, levantó la puerta de la jaula, con su pico poderoso, y salió. El segundo día, alzó el piso por abajo. El tercer día, hizo un agujero en la malla de alambre.

Se escapaba; pero no llegaba lejos. Algo caminaba, a los tumbos, y se caía.

Sus secuestradores le habían cortado un ala, cuando lo cazaron en la selva. Kitty Hischer lo encontró en el mercado de Puerto Vallarta. Le dio lástima, lo compró para liberarlo. Como Houdini no podía arreglarse solo, y mutilado como estaba se lo comía cualquiera, ella decidió llevarlo, enjaulado, en su camioneta. Tenía la intención de pasarlo, clandestino, por la frontera. Houdini iba a ser uno más entre los miles y miles de mexicanos indocumentados en Estados Unidos.

Al cuarto día, Houdini intentó la fuga por el techo, pero ya no le daban las fuerzas. El no hablaba, ni comía. Kitty le ofrecía palabras, en español y en inglés, y le ofrecía lechuguita, semillas de girasol y uvas; pero Houdini seguía callado, y arrojaba los alimentos fuera de la jaula.

Mudo, inmóvil, murió. En huelga de lengua, en huelga de hambre.

Las garzas-El lago Titicaca. ¿Conoce usted?

-Conozco.

-Antes, el lago Titicaca estaba aquí.

-¿Dónde?

-Aquí, pues. Y paseó el brazo por el inmenso secarral.

Estábamos en el desierto del Tamarugal, un paisaje de cascajos calcinados que se extendía de horizonte a horizonte, atra-

vesado muy de vez en cuando por alguna lagartija; pero yo no era quién para contradecir a un lugareño.

Me picó la curiosidad científica. El hombre tuvo la amabilidad de explicarme cómo había sido que el lago se había mudado tan lejos:

-Cuándo fue, no sé, yo no era nacido. Se lo llevaron las garzas.

En un largo y crudo invierno, el lago se había congelado. Se había hecho hielo de pronto, sin aviso, y las garzas habían quedado atrapadas por las patas. Al cabo de muchos días y muchas noches de batir alas con todas sus fuerzas, las garzas prisioneras habían conseguido, por fin, alzar vuelo, pero con lago y todo. Se llevaron el lago helado y con él anduvieron por los cielos. Cuando el lago se derritió, cayó. Y quedó donde ahora está.

Yo miraba las nubes. Supongo que no tenía cara de convencido, porque el hombre preguntó, con cierto fastidio:

-Y si hay platos voladores, dígame usted, ¿por qué no iba a haber lagos voladores? ¿Eh?

Me dio la espalda y se fue.



## **La gallina**

-Declare el acusado su versión de los hechos -mandó el juez.

El escribiente, las manos en el teclado, transcribió los dichos de Agustín Sosa, residente en la ciudad de Melo, mayor de edad, de estado civil soltero, de profesión desocupado. El acusado no negó su responsabilidad en el delito que se le

imputaba. Sí, él había estrangulado una gallina que no era de su propiedad.

-Si no mataba esa gallina, me moría de hambre -alegó.

Y concluyó: -Fue en defensa propia.



## **El gallo**

Hacia arriba lamía, y hacia abajo escupía. Era, dicen que era, juez, o recaudador de tributos, o enviado del rey, aquel adúlón de los dueños de todo, que humillaba a los dueños de nada. Se llamaba Gallo, de apellido, y pisando pueblo decía:

-Donde este gallo canta, los demás callan.

Durante años callaron los callados, hasta que un buen día asaltaron el palacete donde se ejercía el abuso, atraparon al abusón, le arrancaron las ropas y desnudo lo corrieron, a pedradas, por las calles.

Ocurrió, dicen que ocurrió, en la ciudad andaluza de Morón de la Frontera. Ocurrió, dicen que ocurrió, hace cinco siglos. Pero cualquiera que visite la ciudad puede ver a ese gallo desplumado corriendo todavía, y todavía la advertencia se escucha en toda España: que te cuides, tú, mareado por el poder o el poderito, que te vas a quedar como el gallo de Morón, sin plumas y cacareando, en la mejor ocasión.



## Los patos (2)

¿Por qué los patos vuelan en V? El primero que levanta vuelo abre camino al segundo, que despeja el aire al tercero, y la energía del tercero alza al cuarto, que ayuda al quinto, y el impulso del quinto empuja al sexto, y así, prestándose fuerza en el vuelo compartido, van los muchos patos subiendo y navegando, juntos, en el alto cielo.

Cuando se cansa el pato que hace punta, baja a la cola de la bandada y deja su lugar a otro pato. Todos se van turnando, atrás y adelante, y ninguno se cree superpato por volar adelante, ni subpato por marchar atrás.

Y cuando algún pato, exhausto, se queda en el camino, dos patos se salen del grupo y lo acompañan y esperan, hasta que se recupera o cae.

Juan Díaz Bordenave no es patólogo, pero en su larga vida ha visto mucho vuelo. El sigue creyendo, contra toda evidencia, que los patos unidos jamás serán vencidos.



## El hereje

Hace cuatro siglos y medio, Miguel Servet fue quemado vivo, con leña verde, en Ginebra. Calvino lo mandó a la hoguera, porque Servet creía que nadie debía ser bautizado antes de llegar a la edad adulta, tenía sus dudas sobre el misterio de la Santísima Trinidad y era tan cabeza dura que insistía en enseñar, en sus clases de medicina, que la sangre pasa por el corazón, pero se purifica en los pulmones.

Sus herejías lo habían condenado a una vida gitana. Antes de que lo atraparan, había cambiado muchas veces de país, de casa, de oficio y de nombre.

Servet ardió, muy lentamente, junto a los libros que había escrito. En la portada de uno de sus libros, un grabado mostraba a Sansón cargando, a la espalda, una muy pesada puerta. Debajo, se leía: Llevo mi libertad conmigo.



## **El fin de la noche**

En la última oscuridad de la noche, tiene su casa la niebla.

En la niebla, tienen su casa los sueños que la gente sueña.

En los sueños que la gente sueña, tienen su casa los dioses.

Cuando el sol rompe la noche, los dioses salen de los sueños y se meten en la gente, y en la gente despiertan, parpadean y se desperezan.



## **La enfermedad**

En alguna parada, un enjambre de chiquilines invadió el ómnibus. Venían de la escuela, y no paraban de hablar y de reír. Hablaban todos a la vez, a los gritos, empujándose, zaran-deándose, y se reían de nada y de todo. Un señor increpó a Andrés Bralich, que era uno de los más estrepitosos:

-¿Qué tenés, vos? ¿La enfermedad de la risa?

A simple vista se podía comprobar que todos los demás pasajeros habían sido, ya, sometidos a tratamiento médico, y estaban completamente curados.

Sombríos, graves, esos rostros del Museo de Cera atravesaban la ciudad de Montevideo, de casa al trabajo, del trabajo a casa, a salvo de cualquiera de las locuras que en el mundo acechan.



## **El general**

Hace cien años, ocurrió en Colombia la guerra de los mil días. La guerra no dejó prisioneros, para que al gallo amarrado no le creciera la espuela.

En una de las batallas, en los alrededores del río Magdalena, el general José María Ferreira avanzó al revés. Cuando empezó la balacera, el general dio orden de echar cuerpo a tierra y orientó a la tropa para lanzar el contraataque. Buscando posición de tiro, los soldados culebreaban a través de los altos pastizales. El general también iba pegado al suelo, apoyándose en los codos, pero mientras sus hombres se movían en dirección al enemigo, él reptaba en marcha atrás, hacia el otro lado. Ellos iban al norte, y él al sur.

Puede haber sido una falla en el sentido de la orientación, o una hábil maniobra para cubrir la retaguardia, o quizá no fue más que una prueba de sabiduría militar, porque bien se sabe que soldado que huye sirve para otra guerra.

El hecho es que el general, después de mucho retroceder, llegó al pie de la ceiba. La ceiba era el único árbol digno de respeto que se alzaba en aquella nada. El general encontró refu-

gio detrás del tronco gigantesco, y allí se quedó, inmóvil, de espaldas a los estampidos, cuidándose de la tentación de asomarse y mirar. El no quería repetir la triste experiencia de su hermano, el finado coronel Joaquín Ferreira, que había perdido la cabeza cuando la sacó por la claraboya de una iglesia para ver cómo marchaba el combate.

Pasaron los minutos, las horas, los siglos. El general seguía acurrucado, al amparo de un hueco del tronco de la ceiba. Entonces escuchó que estaban cambiando los vientos de la guerra: ahora soplaban hacia él, cada vez más cercanos, los truenos de los tiros y los alaridos, que antes sonaban en la lejanía. El general ya veía las balas, mortales avispas que pasaban zumbando a sus costados. Se persignó. Un sudor de hielo le recorría el cuerpo, sacudido por violentos espasmos que él no entendía ni podía evitar.

El general Ferreira hundió la cara entre las manos, y trató de poner en orden el torbellino de sus pensamientos. Y razonó:

-Si la sangre huele a mierda, estoy herido.



## **La justicia**

Desde las perdidas comunidades de El Gran Tunal, Pedro Jasso Bravo y el Chaparro marcharon a la ciudad de México. Pedro iba más a pie que montado, montaba de a ratos nomás, por no atormentar la cansada espalda del Chaparro: ya estaban, los dos, pasaditos de años, y era largo el viaje. Pero así, poco a poco, caminando los días, llegaron, por fin, a la gran plaza del Zócalo.

Y se plantaron a las puertas del Palacio Nacional, donde vive el poder. Y allí se quedaron, esperando audiencia. Venían a exigir justicia. Allá en el Gran Tunal, la justicia está más lejos que la luna, porque la luna, al menos, se ve. Los indios de las comunidades, oficialmente extintos, no figuran ni en las estadísticas. Han sido acorralados en tierras de pedrerío y polvareda, que les dan de comer un menú fijo de piedra y polvo.

El presidente de la nación se negó a recibirlos, pero no hubo manera de echarlos: los delegados de El Gran Tunal volvían a la plaza, cada vez que los sacaban. Ni modo: ni a palos, ni por las buenas. El Chaparro ponía cara de burro y Pedro ponía cara de no te gastes, que ya llevamos cinco siglos en esto.

Terminó el año 1997, empezó el '98: a los ochenta y siete años de su edad, Pedro tuvo que aceptar la primera inyección de su vida, casi muerto de tanto respirar veneno; pero siguió acampado, como si nada, mientras el Chaparro hacía oídos sordos a las calumnias de la prensa, que lo llamaba "medio de transporte".

Los dos residieron frente al Palacio Nacional durante un año, dos meses y quince días. Por fin, emprendieron el regreso. El poder seguía sordo, pero algo habían conseguido: no era todo, ni era mucho, pero algo era. Habían conseguido que el hijo de Pedro, Margarito, saliera de la cárcel, y que marcharan presos, aunque más no fuera por un rato, algunos vampiros de indios. Y habían conseguido que, aunque más no fuera por un rato, los huachichiles se salieran de la categoría de fantasmas.

Y se volvieron los dos. Apenas llegaron a El Gran Tunal, el Chaparro murió. Quizá le habían arruinado los pulmones los sucios aires de la ciudad más contaminada del mundo; o quizá se dejó morir, humillado, porque en el viaje comprobó que el poder era un señor más burro que él. En todo caso, de esto sí que no cabe duda: el Chaparro ha pasado a ser el único asno



que comparte una nube, allá en el alto cielo, con el caballo blanco de Emiliano Zapata.



## Ciudades

Estoy sentado ante la ventana del café Brasileiro, leyendo el diario y tomándome un cortadito y viendo a la gente pasar, cuando un señor golpetea el vidrio y entra. Tiene aspecto de profesor, de profesor de algo, y habla con acento raro. Apoyando las manos en mis hombros, me mira a los ojos:

-Varsovia -dice-. ¿Recuerdas? Yo te acompañé en Varsovia. Y se sienta.

Varsovia, pienso. Sí, Varsovia: en medio de la calle, en sillas que parecían tronos, unos viejos jugaban a los dados.

-¿A los dados? Sería ajedrez -dice el profesor-. Y en medio de la calle... Varsovia: una iglesia de piedra,alzada al centro de un lago, un abanico de vitrales bajo la cruz. Llegamos en barca.

En la oscuridad, un coro cantaba.

-¿Un lago? -se sorprende el profesor, y acaricia sus bigotes de nutria-. Un charco, más bien. Cuando llueve, todo se inunda. Están tapados los desagües, desde hace siglos. Un desastre.

Varsovia: una novia huía, con su largo vestido blanco, flotando sobre el gentío. Y a la luz de los candelabros, un pianista tocaba con frenesí, como si hubiera metido las manos en un hormiguero.

-¿Pianista? -duda el profesor-. Sería un violinista.

Y así seguimos hasta que yo me levanto, pago, saludo y me voy. Esto no da para más. Es evidente que la ciudad que yo recuerdo no se parece un carajo a la que recuerda él, lo que nada tiene de raro, pensándolo bien, porque yo nunca estuve en Varsovia. Él, quién sabe.



## **La herencia militar**

El presidente del Uruguay, Julio María Sanguinetti, tiene quien le escriba. Mientras concluye su segundo período presidencial, le siguen lloviendo cartas desde el mundo entero. ¿Dónde está --le preguntan-- el nieto o nieta del poeta argentino Juan Gelman?

Ese bebé había sido secuestrado por los militares en los años setenta, cuando las dictaduras sudamericanas borraron las fronteras y pusieron en práctica el mercado común del horror. Hubo uruguayos desaparecidos en el Uruguay y también en la Argentina, Chile y Paraguay; y hay pruebas de que la nuera argentina de Gelman, apresada en Buenos Aires, desapareció en Montevideo, después de dar nacimiento a un niño o niña que se perdió, como ella, en la neblina de la guerra sucia.

A fines del año pasado, la prensa uruguaya informó que el presidente Sanguinetti había dado, por fin, una respuesta práctica a tanta demanda universal, y había encomendado la investigación del caso a la justicia militar. Pero no se estaba anunciando un estreno: esta obra de teatro ya había sido representada, años atrás. En 1987, durante su presidencia anterior, Sanguinetti también había encargado a la justicia militar

la investigación sobre ciento cuarenta uruguayos desaparecidos.

Ahora, en sus respuestas públicas al diluvio de la solidaridad internacional, el presidente dice y repite que averiguar lo que pasó "sería un milagro". Y no le falta razón. ¿Cómo se va a resolver un crimen, si lo investigan quienes lo cometieron? Semejante milagro no ha ocurrido jamás, ni en la historia de la criminología, ni en la historia de la literatura policial.

La dictadura militar uruguaya se había especializado en el arte de la tortura. Sus verdugos no sólo copiaron algunos métodos de mortificación que venían de la Santa Inquisición, sino que además supieron aplicar la tecnología moderna. El Uruguay llegó a ser, en esos años setenta, el país con la mayor cantidad de torturados en proporción a la población, el campeón mundial de la tortura: serás atormentado hasta que traiciones o muertes, serás culpable aunque no sepas por qué. Como un reconocimiento a esta especialidad nacional, el presidente civil puso en manos de un torturador militar, en 1987, la investigación sobre los desaparecidos, los muertos sin cadáveres: el coronel José Sambucetti tuvo a su cargo la tarea, el milagro no ocurrió, nada se supo.

El periodista Samuel Blixen reveló por entonces, en el semanario Brecha, que Sambucetti había dirigido personalmente numerosas sesiones de torturas diarias en el Batallón de Infantería N° 2. Una de sus víctimas, Sonia Mosquera, contó que este experto en la flagelación de mujeres atadas había ordenado, a cara descubierta:

--A ésta no se le cayó ni una lágrima. Que vuelva a la máquina.

Años después, el presidente Sanguinetti acaba de anticipar públicamente la caída del telón en el reestreno de esta obra

titulada "Investígate a ti mismo", que ha vuelto a escena representada por el elenco de uniforme:

--No ha desaparecido ningún niño en territorio uruguayo-- aseguró el presidente, sin tomarse el trabajo de explicar de dónde ha sacado esa certeza.

Mientras tanto, el teniente general Fernán Amado, que ofreció hace tres meses un almuerzo de desagravio a los oficiales violadores de los derechos humanos, se está jubilando de su empleo de comandante en jefe del ejército. Y al irse, pronuncia la frase que concluye el último acto de la representación. Hablando de los desaparecidos, dice el actor.

--El ejército no dispone de ninguna información sobre el tema.

La omertá, ley del silencio, no sólo rige para la mafia siciliana.

En los años ochenta, con la resurrección de la democracia en América del Sur, llegaron las leyes de impunidad, para que también desapareciera la memoria de los desaparecidos. Pero ocurre que la desaparición de personas y el secuestro de niños son delitos continuados, para la jurisprudencia internacional y para la conciencia humana de los humanos que todavía tienen conciencia: no hay ley que pueda obligar al silencio de los crímenes que se siguen cometiendo, cada día, mientras los desaparecidos no aparezcan, ni se devuelvan los niños usurpados.

En el Uruguay, el presidente Sanguinetti lleva ya muchos años trabajando para que esto siga así. Y lleva ya muchos años demostrando que no se había equivocado Georges Clemenceau, el político francés, cuando advirtió, hace más de un siglo:

--La justicia militar se parece a la justicia, tanto como la música militar se parece a la música.



## **Morgan**

El sol lo busca. Perseguido por el sol, Morgan corre por la playa, vuela sobre la arena y ondula en el oleaje, como si fuera delfín.

El sol lo atrapa en la orilla, cuando por un instante se detiene para sacudirse el agua del cuerpo, y entonces Morgan brilla, rojo de sol, envuelto en una aureola de espuma. Y nuevamente se echa a correr, dejando una estela de chispas sobre la arena, y el sol recomienza su cacería.

Viendo esa ráfaga fugitiva, dan ganas de aplaudirlo. pero Morgan se llama Morgan por su tendencia al delito, y las víctimas de sus fechorías no lo consideran tan admirable. Brincón y ladrón, a Morgan lo persigue el sol y también lo persigue el propietario de la pelota de tenis, o sandwich, o zapatilla, o prenda íntima que él ha usurpado para hundirse en el agua con el botín entre los dientes.

Nunca supo ajuiciarse. Tiene cuatro años recién cumplidos y hasta ahora, que se sepa, nunca nadie lo ha visto quieto, ni ha mostrado nunca el menor indicio de cansancio o arrepentimiento.

Manuel Monteverde, que tiene la misma edad, se sienta en una roca y reflexiona sobre el asunto:

-Sí -dice-. Morgan se porta mal. Pero hace reír.



## **El torero**

Rafael Gallo, señor de los ruedos, había cumplido gran faena en la plaza de toros de Albacete, y había recibido, en trofeo, las orejas y el rabo.

Mientras se desnudaba de su traje de luces, el diestro decidió:

-Ahora mismo nos volvemos a Sevilla.

El ayudante le explicó que no se podía, que ya era muy tarde:

-Y lo lejos que está Sevilla...

Rafael se irguió. Como si estuviera en plena lidia, y su ayudante fuera toro, mandó:

-¡Quietoooo!

Hecho un relámpago de furia, puso las cosas en su sitio:

- ¿Qué has dicho tú, qué has dicho? Sevilla está donde debe estar. Lo que está lejos es esto.



## **El desobediente**

Wagner Adoum andaba en su automóvil con la vista siempre clavada al frente, sin echar jamás ni una sola ojeada a los carteles que daban órdenes al borde de las calles de Quito y de las carreteras del país. Los amigos le decían que eres un suicida y un peligro público, que ya basta de provocar zafarranchos y estampidas, tienes que respetar los carteles, hazlo por tu vida y por la vida de los demás.

Pero él se defendía. No lo hago por distraído, decía:

- Yo nunca maté a nadie. Y si tengo los años que tengo y sigo vivo, es porque nunca hice el menor caso a los carteles.

Gracias a eso, decía, él no había bebido un océano de cocacolas, ni había comido una montaña de hamburguesas, ni se había cavado un cráter en la panza tragando millones de aspirinas, y había evitado que las tarjetas de crédito lo hundieran hasta los pelos en el pantano de las deudas. Y así se había salvado de morir por ahogo, indigestión, hemorragia o asfixia.



## **La estrella fugaz**

Algunas noches, en los cafés, la competencia venía feroz: -A mí, allá en la infancia, me meó un león - decía uno, sin alzar la voz, como negando importancia a su tragedia.

-A mí, me gustaba caminar por las paredes. En casa no me dejaban -confesaba otro, como si su prohibida proeza fuera cosa de nada.

Y otro:

-Yo, de muchacho, escribía poemas de amor. Los perdí en un tren. ¿Y quién los encontró? Neruda.

Y cabeceando sonreía, como si fuera incapaz de rencor contra quien le había robado sus llaves del Olimpo.

Pero don Arnaldo, de profesión odontólogo, no se dejaba intimidar.

Acodado en el mostrador, soltaba un nombre:

-Libertad Lamarque.

Esperaba el impacto, y después:

-¿Les suena?

Y entonces evocaba su encuentro con la Novia de América. Don Arnaldo no mentía. Una madrugada, allá por los años treinta, la actriz y cantante argentina Libertad Lamarque venía sufriendo duro castigo en un hotel de Santiago de Chile. El marido le estaba gritando puta, no por lo que era sino por lo que podía llegar a ser, mientras le volaba bofetadas, como tenía costumbre, porque más vale prevenir que curar. En plena biaba, Libertad gritó:

-¡Basta! ¡Vos lo quisiste!

Y se arrojó en picada desde la ventana del cuarto piso.

Rebotó en un toldo, y aplastó al odontólogo, que venía de visitar a la mamá y justo en ese momento pasaba por la vereda. Libertad quedó intacta, y también intacto quedó su pijama de seda roja bordado de dragones chinos, pero el infortunado don Arnaldo fue conducido, en ambulancia, al hospital.

Cuando se le recompuso el hueserío, y le quitaron sus vendas de momia, don Arnaldo empezó a contar la historia que después siguió contando, hasta el fin de sus días, en los cafés y en todo lugar donde hubiera alguna oreja: desde el cielo, desde la alta nube donde moran las diosas del cine y del tango, aquella estrella fugaz se había dejado caer sobre la tierra, y entre millones de hombres lo había elegido a él, sí, a él, y entre sus brazos se había desplomado, por no morir sola.





## **La canción y el silencio**

Ren Weschler recogió su testimonio. En 1975, Breyten Breytenbach era el único preso blanco entre los muchos negros condenados a muerte en la cárcel de Pretoria.

Al fin de cada noche, uno de los condenados marchaba al patíbulo. Antes de que el piso se abriera bajo sus pies, el elegido cantaba. Cada amanecer, una canción diferente despertaba a Breyten. Aislado en su celda, él escuchaba la voz del que iba a morir, y también escuchaba a los que escuchaban: escuchaba el silencio de los demás presos, que esperaban su día en la fila de la horca. Ese silencio sonaba más fuerte que la voz.

Breyten sobrevivió. Sobrevivió para contarlo, y para seguir escuchándolo.



## **La actriz**

Hace más de medio siglo, la Comedia Nacional llevó Bodas de sangre a los campos de Salto. Desde otros campos, lejanos campos de Andalucía, venía esa tragedia de García Lorca. Era una historia de familias enemigas, una boda rota, una novia robada, dos hombres queriendo esa mujer: en tierras de secano, corría la sangre más fuerte que el agua, y peleando a cuchillo, acuchillados, caían los dos. La madre de uno de los muertos decía a su vecina:

-¿Te quieres callar? No quiero llantos en esta casa. Tus lágrimas son lágrimas de los ojos, nada más.

Margarita Xirgu era, en escena, esa madre dolida y altiva. Cuando se apagaron los aplausos, un peón de estancia se le acercó. Sombrero en mano, la cabeza gacha, le dijo:

-La acompaño al sentimiento. Yo también perdí un hijo.



## **Visitas.**

Había corrido la sangre, sangre de los inocentes y sangre de los valientes, y Sicilia parecía por fin libre de mafiosos.

Entonces, llegaron los extraterrestres. En la ciudad de Palermo, que está en la punta de esa isla que la bota de Italia patea, un vecino llamado Salvatore denunció a la policía que un extraterrestre le había robado la motoneta. Otro vecino, Sergio, publicó una carta, en un diario local, revelando que había sido secuestrado por unos enanos con antenitas.

Mientras tanto, otro vecino, Aldo, se preparaba para viajar al espacio sideral. Tenía listo el equipaje, no más que un par de zapatillas y una camiseta, ayunaba para no pesar y se había afeitado todo el cuerpo, hasta las cejas, para que la astronave pudiera aspirarlo sin que los pelos molestaran la fuerza magnética. Había un planeta, decía Aldo, donde las máquinas hacían todo y la gente era feliz.



## **La alfalfa.**

Cuando el tiempo está enemigo, cielos negros, días de hielo y tormentas, la alfalfa recién nacida se queda quieta y espera. Los tímidos brotecitos se echan a dormir, y en la dormición

sobreviven, mientras dura el mal tiempo, por mucho tiempo que el mal tiempo dure.

Cuando por fin llegan los soles, y azulea el cielo y se entibia el suelo, la alfalfa despierta. Y entonces, recién entonces, crece: tanto crece, que no la mira y la ve crecer. Y pronto los campos de alfalfa alzan una mar bajo el cielo, una mar de verdería: la alfalfa ondula, en oleajes verdes, empujada por un viento que no viene del aire, sino de sus propias ganas de vivir, y que quizá sube desde el fondo de la tierra encantada.



## **La modernización.**

Levi Freisztav lee, escribe, pinta y talla maderas, hasta la caída de la tarde. Más, no. Ya los ojos sienten el paso y el peso de los años; y él prefiere guardar los ojos para mirar las montañas.

Con la mirada clavada allá, en los altos picos donde se enredan los jirones del crepúsculo, Levi evoca los tiempos idos. Ya hace casi medio siglo que se vino a la Patagonia, desde Buenos Aires, por casualidad o curiosidad, y aquí se quedó para siempre: caminando estas tierras y estos aires, Levi descubrió que sus padres se habían equivocado de mapa cuando le dieron nacimiento.

Apenas llegó al sur, este sur que iba a ser su lugar en el mundo, Levi consiguió trabajo en un proyecto de hidroponía. Un doctor del lugar había leído, en alguna revista, que los norteamericanos estaban plantando lechugas en el agua, y el doctor decidió poner en práctica esa novedad. Levi cavaba, clavaba, sudaba, montando días tras días una complicada estructura de

tubos acanalados, hierros y cristales. Si lo hacen en los Estados Unidos por algo será, decía el doctor, es una fija, no puede fallar, esa gente está a la vanguardia de la Civilización y de todo, llevamos varios siglos de atraso, la tecnología es la llave de la riqueza.

En aquellos tiempos, Levi era todavía un bicho urbano, un hombre del adoquín o del asfalto, de esos que creen que los tomates nacen del plato y se quedan bizcos cuando ven un pollo que camina. Pero un día, contemplando las inmensidades de la Patagonia, la vasta vertería de estos valles vacíos, se le ocurrió preguntar:

-Oiga, doctor. ¿Valdrá la pena? ¿Valdrá la pena, con tanta tierra que hay?

Perdió el trabajo.



## **Maleficios**

Según Sara Hermann, cualquier avión puede venirse abajo si contiene un equipo deportivo completo, aunque sea de ajedrez. También constituye grave amenaza la exaltación patriótica en cualquiera de sus formas, desde la ostentación de escarapelas o banderitas hasta la entonación de himnos.

Eric Nepomuceno tiene la convicción de que ningún avión puede sostenerse en el aire si contiene más de tres monjas o más de seis niños con orejas del ratón Mickey.

Sara y Eric saben que nadie muere en la víspera, salvo el pavo de Navidad, y que cada persona tiene su día marcado para morir, a ras de tierra o en los altos aires. Pero cuando suben a

un avión, sudan la gota gorda pensando: Yo no sé si ha llegado mi día. Pero, ¿y si ha llegado el día del piloto?



## **Los piojos.**

En Panamá, escuché decir: -Son sucios. Tienen piojos. Son sucios.

En el archipiélago de San Blas, islas de arena blanca y arrecifes de coral, comprobé que sí pero no: los indios kunas tienen piojos, pero se bañan con tanta frecuencia y entusiasmo que entre ellos me coroné rey de los cochinos.

A la cabeza, el agua no llega. Los piojos se guardan vivos en la cabeza, para que sean arrancados por la persona amada. Según manda la tradición, quien te quiere ha de probar que te quiere salvándote del tormento de esos minúsculos demonios.



## **La serpiente**

Ardían las brasas; chorreaban los chorizos sus jugos prodigiosos; de las carnes doradas se desprendían aromas de perdición. Frente a su casona de piedra, en la sierra de Minas, monte adentro, don Venancio ofrecía un asado a sus amigos de la ciudad.

Ya estaban por empezar, cuando el hijo menor, muy chiquilín todavía, anunció:

-Hay una víbora en la casa.

Y alzando un palo, pidió:

–¿La mato yo?

Fue autorizado.

Después, don Venancio entró y comprobó: un trabajo bien hecho. En la cabeza, aplastada por los golpes, se adivinaba todavía el dibujo de la cruz amarilla. Era una crucera, de las más grandes. Dos metros, quizá tres.

Don Venancio felicitó al hijo, sirvió el asado y se sentó a comer. El banquete fue celebrado largamente, con varios bises y mucho vino.

Al final, don Venancio brindó por el matador, anunció que iba a darle el cuero de la serpiente, su trofeo, y los invitó a todos:

–Vengan a verla. Era enorme, la hija de puta.

Cuando entraron en la casa, la serpiente no estaba.

Don Venancio masculló la bronca, entre dientes, y dijo que hay que joderse, nomás:

–El compañero se la llevó para la cueva.

Y dijo que siempre es así. Sea serpiente o serpiente, macho o hembra, el muerto siempre tiene quien lo venga a buscar.

Todos volvieron a la mesa, al vino y la charla y los chistes. Todos volvieron, menos uno. A Pinio Ungerfeld le costó salir. Pinio se quedó en esa casa, un rato largo: mudo, sordo a la algarabía de sus amigos, ciego de nada que no fuera esa gran mancha de sangre negra sobre el suelo.



## El caballo

Tarde tras tarde, Paulo Freire se colaba en el cine del barrio de Casa Forte, en Recife, y sin pestañear veía y volvía a ver las películas de Tom Mix. Las hazañas del cowboy de sombrero aludo, que rescataba a las damas indefensas de manos de los malvados, le resultaban bastante entretenidas, pero lo que a Paulo de veras le gustaba era el vuelo de su caballo. De tanto mirarlo y admirarlo, se hizo amigo; y el caballo de Tom Mix lo acompañó, desde entonces, toda la vida. Aquel caballo del color de la luz galopaba en su memoria y en sus sueños, sin cansarse nunca, mientras Paulo andaba por los caminos del mundo.

Paulo pasó años, añares, buscando esas películas de su infancia:

-¿Tom qué?

Nadie tenía la menor idea.

Hasta que por fin, a los setenta y cuatro años de su edad, encontró las películas en algún lugar de Nueva York. Y volvió a verlas. Fue algo de no creer: el caballo luminoso, su amigo de siempre, no se parecía ni un poquito al caballo de Tom Mix.

Paulo sufrió esta revelación a fines de 1995. Se sintió estafado. Cabizbajo, murmuraba:

-No tiene importancia.

Pero tenía.

En esas Navidades, Nita le regaló una pelota. Paulo había recibido treinta y seis doctorados honoris causa de las universidades de muchos países, pero nunca nadie le había regalado una pelota de futbol. Él sólo había tenido, allí lejos en el

tiempo, pelotas de trapo. La ofrenda de Nita brillaba y volaba por los aires, casi tanto como su caballo perdido.



## **El diluvio**

Dios había decidido repetir el castigo. Harto de las violencias del mundo, había decidido borrar de la faz de la tierra toda la carne creada por su mano. Iban a ser exterminadas las gentes y las bestias y las serpientes y hasta las aves del cielo.

Cuando el sabio Johannes Stoeffler dio a conocer la fecha exacta del segundo diluvio universal, que iba a sepultar a todos bajo las aguas el día 4 de febrero de 1524, el conde von Igleheim se encogió de hombros. Pero entonces ocurrió que Dios en persona se le apareció en sueños, barba de relámpagos, voz de truenos, y le anunció:

*-Morirás ahogado.*

El conde von Igleheim, que era capaz de repetir la Biblia entera de memoria, saltó del lecho y mandó llamar de urgencia a los mejores carpinteros de la región. Y en un santiamén apareció en las aguas del río Rin una inmensa arca flotante, alta de tres pisos, hecha de maderas resinosas y calafateada por dentro y por fuera. Y el conde se metió en ella, con su familia y toda su servidumbre y víveres en abundancia, y llevó al arca una pareja de macho y hembra de cada especie de todos los bichos que poblaban la tierra y el aire. Y esperó.

Cayó lluvia en el día señalado. No mucha, fue más bien una llovizna; pero las primeras gotas bastaron para desatar el pánico de la humanidad. Todo el mundo enloqueció. Y una multitud desesperada invadió los muelles y se apoderó del arca.



El conde opuso resistencia y fue arrojado a las aguas del río, donde ahogado murió.



## Dios

A los cinco años de su edad, Vera Navratil alzó la mirada hacia la alta noche de Montevideo y preguntó a su madre:

-Los muertos, ¿se van al cielo?

-Sí.

-Y cuando Dios se muere, ¿a qué cielo se va? ¿Se va a un cielo especial, que está más arriba?

En Ribeirão Preto, muchas leguas al norte de Montevideo, Marcos Awad estaba esa misma noche mirando las mismas estrellas, a la misma edad que Vera. Y Marcos preguntó a su madre:

-Y a nosotros, ¿quién nos hizo?

-Nos hizo Dios.

-¿Y a Dios?

-¿A Dios qué?

-¿Quién lo hizo?

-A Dios no lo hizo nadie. Dios se hizo a sí mismo.

-¿Y la espalda? ¿Cómo hizo Dios para hacerse la espalda?

[ACABADO SIN PORTADA-Galeano, Eduardo - Cuentos en La Jornada.doc](#)



## El locutor

*-Sólo tres personas han dejado mudo el estadio de Maracaná: el Papa, Frank Sinatra y yo.*

Lo dijo Alcides Ghiggia, sacando pecho, y no mintió.

Poco faltaba para el fin del partido. Ghiggia se escabulló por la punta derecha y clavó el gol que hizo campeón del mundo al Uruguay. Después del pitazo final, mientras caía el sol y caía todo lo demás, el público siguió sentado en las tribunas. Un pueblo tallado en piedra, gigantesco monumento a la derrota: doscientos mil brasileños, la mayor multitud jamás reunida en un estadio de fútbol, no podían moverse, ni hablar, ni creer. Muchos se quedaron hasta la medianoche, inmóviles, mudos, atónitos. Nuestro Hiroshima, tituló un diario de Río de Janeiro, al día siguiente, exagerando un poquito.

Isaías Ambrosio estaba allí. El había sido uno de los albañiles que habían construido aquel estadio, el más grande del mundo, y había recibido una entrada de regalo.

Pasó el tiempo. Isaías seguía sentándose en el mismo lugar que había ocupado, en las gradas de Maracaná. Y cada tarde transmitía, aferrado a un micrófono, el gol de la tragedia nacional. De lunes a viernes lo transmitía, una vez y otra y otra. Isaías repetía la jugada de Ghiggia, paso a paso, para la audiencia de una radio imaginaria, o para él, o para nadie. Llevaba medio siglo en eso, desde aquella tarde: con voz impostada, gritaba el gol, o más bien lo lloraba, y volvía a gritarlo, a llorarlo, ante el inmenso estadio vacío, como en la tarde anterior y en la tarde siguiente y en todas las tardes.



## El electricista

Andaba en bicicleta, con la escalera al hombro, por los caminos de la pampa infinita. Bautista Riolfo era electricista y también todero, arreglador de todo, motores y relojes, molinos, radios, escopetas, lo que fuera: según se decía, la joroba que tenía en la espalda le había salido de tanto agacharse hurgando máquinas y maquinitas.

René Favalaro, el único médico de la comarca, también era todero. Con los pocos instrumentos que tenía y los remedios que encontraba, oficiaba de cirujano, partero, psiquiatra o especialista en lo que se necesitara componer.

Con la ayuda de todos los vecinos, cercanos y distantes, René pudo fundar una clínica comunitaria.

Y con la ayuda de Bautista, pudo instalar el primer equipo de rayos X que hubo en toda la región.

Junto con esa máquina de radiografías, René compró también, en Bahía Blanca, una máquina de música: un tocadiscos holandés, a pagar en cómodas cuotas cuandopuedarias. En aquellas soledades de la pampa, habitadas por el viento y el polvo y muy poquita gente, la música era una compañera imprescindible.

Pero el tocadiscos tenía sus mañas, y en un par de meses se negó a seguir funcionando. Y ahí vino Bautista, en su bicicleta. Sentado en el suelo, se rascó la barba, investigó, soldó unos cablecitos, ajustó tornillos y arandelas:

-A ver ahora -dijo.

Para probar el aparato, René eligió un disco, la Novena de Beethoven, y colocó la púa en su movimiento preferido.

Y se desató la música. La poderosa música invadió la casa y se echó a volar por la ventana abierta, hacia la noche, hacia el desierto; y siguió viva en el aire después de que el disco dejó de girar.

Cuando el silencio volvió, René comentó algo, o algo preguntó, pero Bautista no contestó nada.

Bautista tenía la cara escondida entre las manos. Y un largo rato pasó, hasta que por fin levantó la cara mojada. Y entonces aquel electricista consiguió decir:

- Perdone, don René. Pero yo no sabía que esa... esa electricidad existía en el mundo.



## **Los mangos**

Dámaso Rodríguez tenía vacas, pero no tenía pasto. Las vacas andaban por todas partes, deambulaban por aquí, por allá; y al menor descuido del dueño, se metían en el pueblo de Ureña y rumbeaban al parque de su tentación.

Ellas iban derechito al gran mangal del parque. Allí estaban las matas hinchadas, rebosantes, y había una alfombra de mangos regados por los suelos. Los policías interrumpían el almuerzo. Arreaban las vacas a palos y las encerraban en los calabozos.

Dámaso pasaba horas en la comisaría, soportaba el plantón y el sermón, hasta que por fin pagaba la multa y liberaba sus vacas.

Aura, la hija, lo acompañaba a veces. Volvía lagrimeando, mientras el padre le explicaba que la autoridad sabía lo que

hacía. Aunque los mangos fueran muchos, y se secaran tirados por ahí, los animales no merecían semejante sabrosura. Las vacas no eran dignas de ese dorado manjar de jugo espeso que Dios había ofrendado a los hombres, para consuelo del vivir.

-No llore, hijita. La autoridad es autoridad, las vacas son vacas y los hombres somos hombres - decía Dámaso. Y Aura, que no era autoridad, ni vaca, ni hombre, le apretaba la mano. [ACABADO SIN PORTADA-Galeano, Eduardo - Cuentos en La Jornada.doc](#)



## Flautas

Bailar la vida, comer la vida: la ciudad de Sibaris, al sur de lo que ahora llamamos Italia, estaba consagrada a los dioses de la música y de la buena mesa.

Hace veinticinco siglos, los sibaritas quisieron ser guerreros, tuvieron sueños de conquista; y Sibaris fue aniquilada. Crotona, la ciudad enemiga, la borró del mapa.

A orillas del golfo de Tarento, ocurrió la batalla que desbarató al ejército de los sibaritas: la ciudad de Sibaris, educada en la música, fue por la música vencida.

Cuando la caballería sibarita se lanzó a la carga, los soldados de Crotona desenvainaron sus flautas. Entonces, el aire cantó. Los caballos reconocieron la melodía, cortaron el galope en seco, se alzaron en dos patas y se pusieron a bailar. No era el momento más oportuno, dadas las circunstancias, pero los caballos siguieron bailando, según era su gusto y costumbre, mientras sus jinetes huían y las flautas no dejaban de so-



## **La mar**

En una terraza de la ribera, echado al sol, Rafael Alberti estaba mirando la mar, tocándola con los ojos, respirándola: el vuelo sin ningún apuro de las gaviotas y los veleros, la espuma luminosa, el viento azul. Y de pronto se estremeció, como si fuera la primera vez, y sintió el asombro de estar, de seguir estando. Se volvió hacia Marcos Ana, que callaba a su lado y, apretándole el brazo, dijo, como si nunca lo hubiera sabido, como si recién lo descubriera:

—Qué corta es la vida.

Unos días después, Alberti murió, de cara a la mar, en esta bahía de Cádiz donde noventa y seis años antes había nacido.



## **Marketing**

Salim Harari siempre tenía pimienta a mano, infalible arma de Oriente para arrojar a los ojos de los ladrones; pero ni los ladrones entraban. La tienda, La Lindalinda, estaba tan vacía como los estómagos de sus nueve hijos.

Salim nunca se había dado por vencido, desde que había llegado desde la lejana Damasco a vender géneros en la ciudad de Rafaela. El limonero no daba frutos y él ataba limones a las ramas. Ningún cliente aparecía y él arrojaba metros y metros de telas a la calle, desde el balcón:

-¡Aquí se regala todo!

Le llegaban noticias de que un barco se había hundido en el río Paraná y él regaba con agua sus satenes y sus creas, y a gritos los ofrecía:

-¡Las telas rescatadas del naufragio!

Pero ni así. No había manera. La gente pasaba y miraba para otro lado.

Largo fue el tiempo de la desgracia, cada día peor que el anterior y mejor que el siguiente, hasta que a Salim se le encendió la lamparita, una noche, mientras dormía. Despertó decidido a cobrar entrada. Había que pagar para conocer La Lindalinda. Quien no pagaba, no entraba.

Y entonces cambió la suerte. Todo el pueblo hacía cola.



## **La mosca**

El papa Adriano VI, único pontífice inglés de toda la historia del Vaticano, vivió una vida muy agitada por sus guerras incesantes contra Guillermo el Malo y Federico Barbarroja.

En la vida de la mosca no hubo acontecimientos dignos de mención.

El choque entre el Papa y la mosca tuvo lugar en la fuente de agua de la plaza principal del pueblo de Anagni, un mediodía del verano del año 1159.

Cuando el Papa abrió la boca ante el chorro de agua, la mosca se le metió en la garganta. El díptero insecto se metió por error en ese lugar que no era para nada interesante, pero sus

alas no pudieron salir y los dedos del Papa no pudieron sacarla.

En la batalla, murieron los dos. El Papa, atragantado, murió de mosca. La mosca, prisionera, murió de Papa.



## **El oficio más antiguo**

Los sumerios decían flecha y decían vida con la misma palabra. Pero el primer relato escrito en el mundo, que fue obra de ellos, no se refiere para nada al vuelo de la vida como flecha en el tiempo. El tema es otro.

Cuenta el relato, escrito hace cuatro mil años a orillas del río Eufrates, que una familia sufría una desgracia que parecía irreparable: el hijo era un pésimo estudiante. Pero el grave problema encontró solución. La familia invitó al profesor a la casa y lo deleitó con un banquete, y al cabo de una larga noche de agasajos, lo halagó cubriéndolo de regalos. A la mañana siguiente, el pésimo estudiante se convirtió en el mejor alumno.

Este testimonio, registrado en signos cuneiformes sobre dos tablillas de barro cocido, demuestra que los profesionales del soborno practican el más antiguo de los oficios humanos. Las profesionales del amor, que se atribuyen esa gloria, no tienen pruebas escritas.



## **Nochebuena**



Fernando Silva dirige el hospital de niños en Managua. En vísperas de Navidad, se quedó trabajando hasta muy tarde. Ya estaban sonando los cohetes, y empezaban los fuegos artificiales a iluminar el cielo, cuando Fernando decidió marcharse. En su casa lo esperaban para festejar.

Hizo una última recorrida por las salas, viendo si todo quedaba en orden, y en eso estaba cuando sintió que unos pasos lo seguían. Unos pasos de algodón; se volvió y descubrió que uno de los enfermitos le andaba atrás.

En la penumbra lo reconoció. Era un niño que estaba solo. Fernando reconoció su cara ya marcada por la muerte y esos ojos que pedían disculpas o quizá pedían permiso.

Fernando se acercó y el niño lo rozó con la mano:

-Decile a... -susurró el niño- Decile a alguien que yo estoy aquí.



## **El rayo**

No se sabe si Roy Sullivan existió. Dicen que fue guardabosques, en algún lugar de Estados Unidos, y dicen que sobrevivió a siete rayos. Las versiones que corren sólo son precisas en las fechas:

en 1959, un rayo le arrancó la uña de un dedo del pie;

en 1969, otro rayo le voló las cejas y las pestañas;

en 1970, otro rayo le achicharró el hombro izquierdo;

en 1972, otro rayo lo dejó sin pelo;

en 1973, otro rayo le quemó las piernas;

en 1976, otro rayo le abrió un tobillo;

en 1977, otro rayo le calcinó el pecho y el vientre.

Pero no vino del cielo el rayo que le partió la cabeza. En 1983, dicen, Roy Sullivan se pegó un balazo, después de escuchar la frase, o la palabra, o el silencio, de una mujer. Dicen.



## **El teatro**

Anton Chéjov viajó al desierto de San Luis Potosí y Aristófanes anduvo charlando con los indígenas de las comunidades de Chiapas.

Ellos nunca habían estado en esos parajes. Fueron los teatros de El Galpón quienes los llevaron a recorrer tierras mexicanas, de punta a punta.

Eran los años de mugre y miedo de la dictadura militar en el Uruguay, y todo el elenco de El Galpón había marchado al exilio.

En Montevideo, quedó solamente la sala. Estaba la sala, que había sido hecha a pulso, sin una moneda de ayuda oficial; pero El Galpón no estaba, y el público tampoco. La dictadura ofrecía espectáculos ante las butacas vacías. Sombra sin cuerpo, cuerpo sin alma: nadie iba.

Al fin del exilio, cuando los galponeros recuperaron su teatro usurpado, no encontraron ni los focos de luz.



## **El venado**

Arnaldo Bueso cumplía quince años.

Sus mayores le festejaron el cumpleaños con una gran cacería en el bosque, a orillas del río Ajagual. Por ser su primera vez, le asignaron un puesto en la retaguardia. Lo dejaron en algún lugar de la espesa arboleda, con instrucciones de no moverse de allí. Y allí se quedó, mirando al rifle 22 que lo miraba, mientras los cazadores soltaban sus perros y lanzaban al galope sus caballos.

Se alejaron los ladridos, se desvanecieron los ruidos.

El rifle estaba amarrado al tronco de un árbol, por una larga cincha. Arnaldo no se atrevía a tocarlo. Acostado, con las manos en la nuca, se distraía contemplando al pajarerío que revoloteaba en la fronda. La espera fue larga. Arrullado por los pájaros, se durmió.

Lo despertó el estrépito del follaje roto. Quedó paralítico del susto. Alcanzó a ver que un enorme venado se le venía encima, en estampida: el venado saltó, rozando el árbol, se enredó con la cincha del fusil, y Arnaldo escuchó un balazo. El animal cayó, fulminado.

Todo el pueblo de Santa Rosa de Copán celebró la hazaña. Era algo jamás visto: un certero disparo desde abajo, en pleno salto, directo al corazón.

Unos cuantos años después, en su casa, Arnaldo interrumpió una animada rueda de ron con sus amigos. Pidió silencio, como para iniciar un discurso. Señaló la enorme cornamenta que

daba fe de la primera y última gloria de su vida de cazador, y confesó:

--Fue suicidio.[ACABADO SIN PORTADA-Galeano, Eduardo - Cuentos en La Jornada.doc](#)

## **Los inmigrantes**

Una piedra, un trébol de cuatro hojas,  
una flor que ya no tenía olor ni color,  
un zapato solo,  
un mechón de pelo,  
una vieja llave que había perdido su puerta,  
una pipa que había perdido su boca,  
el nombre de alguien bordado en un pañuelo,  
el retrato de alguien en marco de óvalo,  
una cobija que había sido compartida  
y otras cosas y cositas venían envueltas, entre ropas muy gastadas y lavadas, en las valijas de los peregrinos. No era mucho lo que cabía en cada valija, pero en cada valija cabía un mundo. Chueca, destartada, atada con cordones o mal cerrada por herrajes herrumbrosos, cada valija era como eran todas, pero cada una era igual a ninguna.

Los hombres y las mujeres llegados desde lejos se dejaban llevar, como sus valijas, de fila en fila, y se amontonaban, como sus valijas, esperando. Venían de remotas aldeas perdidas en el mapa de Europa, fugitivos de la miseria y de otros horrores, y al cabo de la larga travesía habían desembarcado en la isla Ellis. Estaban a un paso de la estatua de la Libertad, que había llegado poco antes que ellos al puerto de Nueva York.

En la isla, funcionaba el colador. Los porteros de la Tierra Prometida interrogaban y clasificaban a los inmigrantes, les escuchaban el corazón y los pulmones, les estudiaban los párpados, las bocas y los dedos de los pies, los pensaban y les medían la presión, la fiebre, la estatura y la inteligencia.

Los exámenes de inteligencia eran un desastre. Muchos de los recién llegados no sabían escribir y no atinaban más que a balbucear palabras incomprensibles, en lenguas desconocidas. Para definir su coeficiente intelectual, las mujeres debían contestar, entre otras preguntas, cómo se barría una escalera: ¿Se barría hacia arriba, hacia abajo o hacia los costados? Una muchacha polaca respondió:

-Yo no he venido a este país para barrer escaleras.



## **El dueño**

Él hizo el conteo. Sus hombres no sabían sumar, o sumaban mintiendo. Repitió la operación, confirmó: le faltaba un animal.

Atrapó al peón sospechoso, lo amarró a una cuerda, montó a caballo y de a rastras se lo llevó lejos.

Desollado por los pedregales, el peón llegó más muerto que vivo, pero don Carmen Itriago se tomó su tiempo y lo estaqueó con esmero. Clavó las horquetas, una por una, y a cada horqueta ató, con tientos húmedos, las manos, los pies, la cintura y el pescuezo del condenado.

Los restos del peón lloraban:

-Yo le pago la novilla, le doy lo que sea, la vida le doy...

-La vida. Eso te estoy cobrando. Por fin encuentro a alguien que está de acuerdo conmigo -comprobó don Carmen, desde lo alto del caballo. Y se alejó, trotando en el polvo.

Testigos no hubo, más que el caballo, que ya es muerto. Del peón, comido por las hormigas y los soles, no se guardó ni el nombre: sólo quedó un esqueleto, con los brazos en cruz, sobre la tierra roja.

Y don Carmen no era hombre de andar hablando de estas cuestiones, porque la propiedad privada forma parte de la vida privada, y la vida privada es cosa de uno.

Sin embargo, Alfredo Armas Alfonzo lo contó. El estuvo sin estar, y vio sin ver, como vio cuanta cosa ocurrió, desde que el mundo es mundo, en el vasto valle que el río Unare parte por la mitad.



## **El delegado**

En algo se parecen. En Brasil, como en todas partes, los políticos más poderosos, los generales más condecorados, los sumos sacerdotes de la Iglesia, los caudillos populares, los millonarios notorios, los ídolos del fútbol, los campeones de atletismo, los reyes del volante, las estrellas de la televisión, los cantantes de éxito y los genios del arte tienen, todos, algo en común: son, todos, mortales.

Jaime Sabino había estudiado muy bien este asunto. Y cada vez que algún famoso cumplía su destino, él era el primero en enterarse y el primero en aparecer. A la velocidad de la luz, Jaime acudía al entierro del difunto o difunta, fuera donde fuese, desde el suburbio de Río de Janeiro donde él era hu-

milde empleado de una oficina pública. Atravesaba sin problemas todos los controles y los cordones de seguridad:

-Yo vengo en representación de los doscientos mil habitantes de Nilópolis -decía.

Cualquiera puede parar a una persona, pero nadie es capaz de prohibir el paso a doscientas mil personas. Y, de inmediato, Jaime ocupaba el lugar exacto en el momento exacto. Justo cuando se encendían las cámaras de la televisión y los flashes de los fotógrafos, él estaba cargando al hombro el ataúd de la gloria nacional que había dejado un vacío imposible de llenar, o aparecía estirando el cuello, parado en puntas de pie, entre los parientes más cercanos y los amigos más íntimos. Su cara compungida era infaltable en los noticieros y en los periódicos.

Los periodistas lo llamaban papagayo de pirata. Por envidia.



## **La ultratumba**

Según dicen los que saben, los enterradores confundieron los muertos. Palada va, palada viene, han metido a Nenona Santamaría en la tumba de Froilán Rotundo, y Froilán Rotundo ha ido a parar a la tumba de Nenona Santamaría.

La virtuosa mujer, que yace bajo la lápida del canalla, no recibe flores ni visitas. El, hombre de infame memoria en todo el golfo de Maracaibo, tan malo que la gente hacía cola para odiarlo, tiene un jardín encima y nunca le faltan dolientes con quienes conversar.

A Socorrito, la hija de Nenona, le suena rara la voz de la mamá, un vozarrón de matón borracho, pero ha de ser la muerte,

piensa, que la ha dejado ronca. Sentada en el suelo, junto al mármol tapado por la florería, Socorrito cuenta tristuras y recibe consejos.

Le gusta la ropa ajena:

-Róbala.

El padre está gagá:

-Echalo.

El pueblo la aburre:

-Quémalo.

El bebé no la deja dormir:

-Martíllalo.

La vecina miente:

-Mátala.

El marido huele a perfume de otra:

-Destrípalo.

Ella se siente fea:

-Suicídase.



## **El león y la hiena**

Los poetas y los artistas del pincel y del cincel aman desde siempre al león, que vibra en los himnos, flamea en las banderas y custodia castillos y ciudades, pero a nadie se le ha ocurrido nunca cantar a la hiena, ni inmortalizarla en la tela o el bronce. El león da nombre a santos y papas y emperadores y



reyes y plebeyos, pero no hay noticia de que ninguna persona se haya llamado o se llame Hiena.

Según los estudiosos de la vida de los bichos, el león es un mamífero carnívoro de la familia de los félidos. El macho se dedica a rugir. Las hembras se ocupan de conseguir la comida, un menú de cebras o venados, mientras el macho espera. Cuando la comida llega, el macho se sirve primero. De lo que sobra, comen las hembras. Y al final, si algo queda todavía en el plato, comen los cachorros. Si no queda nada, se joden.

La hiena, mamífero carnívoro de la familia de los hiénidos, tiene otras costumbres. Es el caballero quien trae la comida, y él come último, después de que se han servido los niños y las damas.

Para elogiar, decimos: Es un león. Y para insultar: Es una hiena.

¿De que se ríe la hiena? ¿Se ríe de nosotros?



## **Adivinanzas**

Piaban los niños y los pollitos alrededor de doña María de las Mercedes Marín, que cloqueaba mientras caminaba arrojando granos de maíz a sus muchas gallinas. En eso estaban, aquel día como todos los días, cuando un automóvil emergió, resplandeciente, de una nube de polvo en el camino que venía de Santo Domingo.

Sin saludar, sin presentarse, un señor de traje y corbata y maletín preguntó a doña María de las Mercedes:

–Si yo le digo, exactamente, cuántas gallinas tiene, ¿usted me da una?

Ella no dijo nada.

El señor encendió su computadora Pentium III a 600 Mhz, activó el GPS, el sistema Yahoo de fotos satelitales y el contador de pixels y, enseguida informó:

–¿Usted tiene ciento treinta y dos gallinas –y atrapó una y la apretó entre los brazos.

Doña María de las Mercedes preguntó:

–Si yo le digo en qué trabaja usted, ¿me devuelve la gallina?  
El señor sonrió:

–Por supuesto.

Pero la sonrisa se le borró de los labios cuando ella adivinó, sin la menor vacilación, que él era un experto de alguna organización internacional.

–¿Có-cómo lo supo? –tartamudeó, mientras dejaba la gallina en el suelo.

Y ella le explicó que era muy fácil. El había venido sin que nadie lo llamara, se había metido en su gallinero sin pedir permiso, le había dicho algo que ella ya sabía y había cobrado por eso.



## **El presupuesto de guerra**

Los monarcas europeos habían tenido la gentileza de civilizar el Africa negra. Habían cazado, encadenado y vendido a sus hijos más fuertes; le habían robado el oro, el marfil y los dia-

mantes; le habían roto el mapa y se habían repartido los pedazos.

Para completar la educación de los brutos de cabeza dura, Europa lanzó después diversas expediciones militares de castigo y escarmiento.

A fines del XIX, los soldados británicos cumplieron en Benín una de esas operaciones pedagógicas.

Después de la carnicería, y antes del incendio, se llevaron el botín.

El botín de guerra era la mayor colección de arte africano jamás vista en Europa. Las máscaras y esculturas, arrancadas de sus santuarios, despertaron en Londres más curiosidad que admiración.

Esos exóticos frutos del zoológico negro sólo podían interesar a los coleccionistas excéntricos y a los museos dedicados a las costumbres primitivas. Pero la reina Victoria los mandó a remate, el martillo bajó una y otra vez, y el dinero alcanzó para pagar todos los gastos de la misión militar.

El arte de Benín, que narraba mil años de historia, financió así la devastación del reino donde ese arte había nacido y sido.



## **El palacio de después**

El fundador de la dinastía Qin pasó la vida entera fabricando su tumba. Comenzó la tarea el día que se sentó, a los diez años de edad, en el trono imperial de China; y desde entonces estuvo ocupado, noche y día, en la construcción de su muerte.

El mausoleo, grande como una ciudad, crecía y crecía, mientras iba creciendo también el ejército que iba a custodiarlo. Con barro cocido eran modelados los guerreros, que así nacían a salvo de la vejez y la traición.

La muerte esperó. El emperador Qin Shi Huang Ti iba a cumplir cincuenta años, cuando comprobó que ya no había nada más que hacer. Estaba completo el ejército de siete mil guerreros, con sus armas y corazas y caballos, y el gigantesco monumento funerario había alcanzado la perfección. El emperador confirmó que ya no eran posibles más cambios, ni correcciones, ni ampliaciones. La misión estaba cumplida; y la muerte lo recompensó matándolo.



## **Maneras de morir**

Llueve muerte. En el moridero caen los colombianos por bala o cuchillo, por machetazo o garrotazo, por horca o fuego, por bomba que viene del cielo o mina que estalla bajo los pies.

Una chalupa lleva a Carlos Beristain a lo largo de los ríos Perancho y Peranchito. En la selva de Urabá, bajo un techo de palo y palma, una mujer llamada Eligia se abanica y dice, o desea:

-Qué rico sería morir naturalmente. [ACABADO SIN PORTADA-Galeano, Eduardo - Cuentos en La Jornada.doc](#)



## Llamadas

El bombero inglés Mark Newman se abrió paso, a golpes de hacha, y entró en un vagón del tren que se había estrellado contra otro tren a la salida de la estación de Paddington.

El vagón estaba tumbado. A través del humo, que agregaba niebla a la niebla, Mark pudo ver a los pasajeros caídos unos sobre otros, maniqués rotos en pedazos entre las maderas en astillas y los hierros retorcidos; y con su linterna recorrió esos restos buscando, en vano, algún signo de vida.

No se oía ni un gemido. Sólo rompían el silencio los timbrazos de los teléfonos móviles, que llamaban y llamaban y llamaban desde los muertos. [ACABADO SIN PORTADA-Galeano, Eduardo - Cuentos en La Jornada.doc](#)



## La luz

En Ifé, la ciudad sagrada del reino de los yorubas, estaba agonizando un viejo. El moribundo entregó una moneda a cada uno de sus tres hijos, y anunció:

-Todo lo que tengo será de quien pueda llenar mi dormitorio.

Y bajo el portal esperó, en la estera donde yacía.

Con su moneda, el hijo mayor compró paja, y la paja llenó el dormitorio hasta la mitad.

Con su moneda, el hijo segundo compró arena, pero la arena no llegó hasta el techo.

Con su moneda, el tercer hijo compró una vela, y la encendió.



## **La Luna**

La luna nueva, luna verde, no quiere siembras. La luna creciente, luna azul, embaraza la tierra.

La luna llena, luna blanca, alborota a los lunáticos, a los alunados, a las mujeres y a la mar.

La luna amarilla viene con tormenta.

La luna roja trae guerra y peste.

Cuando hay luna negra, luna ninguna, el cielo está mudo y el mundo bosteza.

Catalina Alvarez Insúa, que está dando sus primeros pasos en el mundo, alza los brazos al cielo y llama:

-¡Luna, ven!



## **9 de marzo de 1916: América Latina invade los Estados Unidos**

América Latina invade los Estados Unidos. Llueve hacia arriba. La gallina muerde al zorro y la liebre fusila al cazador. Por primera y única vez en la historia, soldados mexicanos invaden los Estados Unidos.

Con la descuajaringada tropa que le queda, quinientos hombres de los muchos miles que tenía, Pancho Villa atraviesa la

frontera y gritando ¡Viva México! asalta a balazos la ciudad de Columbus.

Campos de Chihuahua y Durango. La aguja en el pajar:

Una expedición de castigo, diez mil soldados y mucha artillería, entra en México para cobrar a Pancho Villa el insolente ataque a la ciudad norteamericana de Columbus.

-¡En jaula de hierro nos vamos a llevar a ese asesino!- proclama el general John Pershing, y le hace eco el trueno de sus cañones.

A través de los inmensos secarrales del norte, el general Pershing encuentra varias tumbas -Aquí yace Pancho Villasin Villa adentro. Encuentra serpientes y lagartijas y piedras mudas y campesinos que murmuran pistas falsas cuando los golpean, los amenazan o les ofrecen en recompensas todo el oro del mundo.

Al cabo de algunos meses, casi un año, Pershing se vuelve a los Estados Unidos. Se lleva sus huestes, larga caravana de soldados hartos de respirar polvo y de recibir pedradas y mentiras en cada pueblito del cascajoso desierto. Dos jóvenes tenientes marchan a la cabeza de la procesión de humillados. Ambos han hecho en México su bautismo de fuego. Dwight Eisenhower, recién salido de West Point, está iniciando con mala pata el camino de la gloria militar. George Patton escupe al irse de este país ignorante y medio salvaje.

Desde la cresta de una loma, Pancho Villa contempla y comenta:

-Vinieron como águilas y se van como gallinas mojadas.



## **Los emigrantes, ahora**

Por tierra y por agua, marchan las inmensas caravanas. Viajan desde el sur hacia el norte y desde el sol naciente hacia el poniente.

Este es el éxodo de los fugitivos del hambre y de la desesperanza. Vienen desde el sur del río Bravo, desde las orillas africanas del mar Mediterráneo y desde las tierras de Oriente. Les han robado su lugar en el mundo, han sido despojados de sus trabajos y sus tierras. Precios de ruina, salarios de hambre, suelos extenuados, bosques arrasados, ríos envenenados: los desterrados de la globalización peregrinan inventando caminos, golpeando puertas, queriendo casa.

Expulsados, rechazados, prohibidos: no tienen para ofrecer nada más que sus brazos. Están cerradas para ellos las fronteras que mágicamente se abren al paso del dinero y de las cosas.

En cuarenta países, a lo largo de varios años, Sebastião Salgado ha fotografiado esta tragedia.

Todo está contado en trescientas imágenes, que caben en un segundo.

¿En un segundo? "Es por la alta velocidad de obturación", explica Salgado: la luz que ha entrado en la cámara, todo a lo largo de tantas fotografías, suma apenas un segundo.

Una guiñada de los ojos del sol. Y toda esta desventura de millones y millones de naufragos no es, al fin y al cabo, más que un instantito en la memoria del tiempo. Un instantito, y



nada más que eso. Las fotografías no quieren que el olvido lo mate.



## **El sol**

En algún lugar de Pennsylvania, Anne Mirak trabaja como ayudante del sol. Ella está en el oficio desde que tiene memoria. Al fin de cada noche, Anne alza sus brazos y empuja al sol, para que irrumpa en el cielo; y al fin de cada día, bajando los brazos, acuesta al sol en el horizonte.

Era muy chiquita cuando empezó esta tarea y jamás ha faltado a su trabajo, porque ella sabe que el sol la necesita.

Hace medio siglo, la declararon loca. Desde entonces, Anne ha pasado por varios manicomios, ha sido tratado por diversos psiquiatras y ha engullido muchísimos psicofármacos. Nunca consiguieron curarla. Menos mal.



## **El parto**

Al amanecer, doña Tota llegó a un hospital del barrio de Lanús. Ella traía un niño en la barriga. En el umbral, encontró una estrella, en forma de prendedor, tirada en el piso.

La estrella brillaba de un lado, y del otro no. Esto ocurre con las estrellas, cada vez que caen en la tierra, y en la tierra se revuelcan: de un lado son de plata, y fulguran conjurando las noches del mundo; y del otro lado son de lata nomás.

Esa estrella, apretada en un puño, acompañó a doña Tota en el parto.

El recién nacido fue llamado Diego Armando Maradona.



## **El fuego**

De la primera civilización, se salvaron las palabras. Las palabras parecen huellas de pájaros. Manos maestras las dibujaron en la arcilla, con cañitas afiladas que hacían las veces de lapiceras.

Miles de libros de barro nos cuentan, ahora, lo que los sumerios contaron hace más de cuatro mil años.

"Todo cuanto hacemos no es más que viento", dice uno de esos libros: "Somos polvo y nada".

Y polvo son, ahora, los templos y los palacios de aquellos antiguos reinos de Sumer.

Pero las palabras quedaron. No fueron devoradas por la lepra del tiempo. Las antiguas voces sobrevivieron gracias al fuego, que coció la arcilla. El fuego las guardó. El fuego, que aniquila y salva, mata y da vida: como los dioses, como nosotros.



## **El emperador**

Las leyendas no se detienen en minucias. Una de ellas cuenta que un emperador de la China fue iluminado por la verdad, pero no nos ha dicho su nombre ni su dinastía ni su tiempo.

El emperador llamó a su consejero principal, y le confió su angustia:

- Nadie me teme -dijo.

Como sus súbditos no lo temían, tampoco lo respetaban. Como no lo respetaban, tampoco lo obedecían.

- Falta castigo -opinó el consejero.

El emperador dijo que él mandaba azotar a quien no pagaba el tributo, que sometía a lento suplicio a quien no se inclinaba a su paso y que enviaba a la horca a quien osaba criticar sus actos.

- Pero esos son los culpables -dijo el consejero. Y explicó:

- El poder sin miedo se desinfla como el pulmón sin aire. Si sólo se castiga a los culpables, sólo los culpables sienten miedo.

El emperador meditó, en silencio, y dijo:

- Entiendo.

Y mandó al verdugo que cortara la cabeza del consejero, y dispuso que toda la población de Pekín asistiera al espectáculo en la Plaza del Poder Celestial.

Después del consejero, otros inocentes fueron decapitados.

El emperador tuvo larga vida y feliz gobierno.



## **Desmirar**

Hacía más de un año que Betina Benavídez no conseguía levantar los párpados. El médico del hospital creyó que podía ser un caso de miastenia, una enfermedad rara; pero los análi-

sis de sangre y todos los exámenes decían que Betina era una joven saludable. Tampoco el oculista encontró nada; y Betina seguía día y noche con los párpados caídos, encerrada en la chacrita de su familia, en las afueras de Montevideo.

¿Sería una huelga de ojos? ¿Los ojos se habían cansado de mirar, y habían perdido las ganas de seguir mirando? Vaya uno a saber: el hecho es que después también el corazón se cansó de latir, y perdió las ganas de seguir latiendo.

Ciega del mundo, Betina murió a la medianoche del 31 de diciembre de 2000, mientras morían el año, el siglo y el milenio, quizá cansados de mirar y ver lo que veían.



## Los tesoros escondidos

El taxi hacía piruetas de circo, pero no había manera de abrirse paso. Nos resignamos. El destino y el embotellamiento del tránsito nos mandaban quedarnos quietos en esa calle de Guadalajara, hasta que alguna vez se acabara la eternidad.

Alguien golpeó la ventanilla. La sueñera me hizo violar la regla más elemental de la seguridad urbana; y abrí. Y ese alguien me entregó una tarjeta, o más bien un tarjetón, y se alejó entre los automóviles.

*¿Ha visto arder?*, leí. Pegué un respingo. Y en la línea siguiente: *¿Ha escuchado secretos?* Y después: *¿Sabe de algún tesoro oculto en haciendas, casas antiguas o montañas?* El texto aconsejaba: *No espere más*, y ofrecía el servicio más moderno y profesional. Al dorso, figuraba el teléfono, el fax y el e-mail de la empresa de Benito Chávez H., especializada en encontrar tesoros escondidos.

Tomé nota, por si alguna vez me canso de buscar escribiendo. [ACABADO SIN PORTADA-Galeano, Eduardo - Cuentos en La Jornada.doc](#)



## El doctor

El pueblo de Cerro Chato no tiene ningún cerro, ni chato ni puntiagudo. Pero Javier Zeballos recuerda que Cerro Chato tenía, en los tiempos de su infancia, tres comisarios, tres jueces y tres doctores.

Uno de los doctores, que vivía en el centro, era la brújula de los mandados. La mamá de Javier lo orientaba así:

-De la casa del Doctor Galarza, vas dos cuadras para abajo.

-Esto queda en la esquina del Doctor Galarza.

-Andá a la farmacia que está a la vuelta del Doctor Galarza.

Y allá marchaba Javier. A cualquier hora que pasara por allí, con sol o con luna, el Doctor Galarza estaba siempre sentado en el portal de su casa, mate en mano, dando cumplida respuesta a los saludos de los caminantes, buenos días, Doctor; buenas tardes, Doctor; buenas noches, Doctor.

Ya Javier era hombre crecido, cuando se le ocurrió preguntar por qué el Doctor Galarza no tenía consultorio médico ni estudio jurídico. Y entonces se enteró de que el Doctor no era: se llamaba. Así había sido anotado en el Registro Civil: Doctor de nombre, Galarza de apellido. El papá quería un hijo con diploma, y aquel bebé no le parecía digno de confianza.



## Honras fúnebres

Escuchando o leyendo los cuentos de Monteiro Lobato, los niños del Brasil habían aprendido a ser brasileños y magos. Cuando el escritor murió, ellos fueron sus huérfanos.

Pero los niños no acudieron al cementerio. Dos oradores, adultos, dijeron adiós a Monteiro Lobato. Y cada uno lo reivindicó como militante de su partido: Rossini Camargo Guarnieri despidió al camarada comunista, y Phebus Gicovate habló en homenaje al camarada trotskista.

Apenas terminaron sus discursos fúnebres, los dos se trenzaron en áspero debate. Discutían en plural, como correspondía a los asuntos de la revolución mundial:

- ¡Renegados!
- ¡Divisionistas!
- ¡Burócratas!
- ¡Provocadores!
- ¡Usurpadores!
- ¡Traidores!
- ¡Asesinos!

Los argumentos iban y venían. El combate ideológico fue subiendo de tono, hasta que los polemistas pasaron a los puños y golpeándose rodaron y cayeron, juntos, en la fosa abierta.

Doña Purezinha, la viuda, alzaba los brazos implorando respeto al difunto.

Seguramente ella no sabía que Monteiro Lobato estaba muriéndose de nuevo, pero muriéndose de la risa. Era él, viejo

enemigo de todas las solemnidades, quien se divertía dirigiendo aquella trifulca, desde su ataúd.



## **El faro**

-¿Qué vas a ser cuando seas grande? -me preguntaban los grandes, y yo mentía que no sabía.

Pero sabía. Yo iba a ser jugador de futbol, santo o pintor.

Por patadura y por pecador tuve que renunciar, desde temprano, a la pelota en los pies y al halo en la cabeza. Algún tiempito más me duraron las ilusiones del pincel en la mano: un vecino de casa, Giscardo Améndola, artista profesional, era tan bondadoso que me estimulaba a seguir cometiendo chambonadas contra su noble oficio. Un día, Améndola me hizo el honor de invitarme a acompañarlo. Un bar de la costa, El Malecón, que tenía ventanales abiertos sobre la playa, le había encargado un mural. Fuimos caminando. Améndola no llevó caja de pinturas, ni pinceles, ni escalera, ni nada. No era así como yo me imaginaba a Miguel Angel camino de la Capilla Sixtina, pero no hice preguntas.

Nos esperaba una gran pared, toda pintada de negro. Améndola se plantó ante la pared y allí se quedó, un largo rato, mirándola fijo. Cada tanto, se rascaba el mentón. Y yo pensaba: ¿Va a pintarla, o va a hipnotizarla?

Por fin, sacó del bolsillo una moneda de cinco reales, una gran moneda de plata, de borde dentado, y se subió a una silla. Moneda en mano, atacó la pared. Y el filo de la moneda hirió la pared con largas líneas blancas, que se cruzaban sin ton ni son. Yo lo miraba hacer, callado la boca, sin entender esa esgrima; hasta que después de unas estocadas, vi aparecer

un faro en la negrura, un poderoso faro que se alzaba entre las rocas y daba luz al oleaje bravío.

Han pasado los años, y todavía creo que la negra pared de aquel bar había estado esperando ese faro, un faro nacido de una moneda, para salvar del naufragio a los marineros de los barcos y a los borrachitos del mostrador. Era eso lo que la noche de la pared estaba necesitando; y el artista era artista porque había sabido escucharla.

## **Celebración de la fantasía**

Fue a la entrada del pueblo de Ollantaytambo, cerca del Cuzco. Yo me había despedido de un grupo de turistas y estaba solo, mirando de lejos las ruinas de piedra, cuando un niño del lugar, enclenque, haraposo, se acercó a pedirme que le regalara una lapicera. No podía darle la lapicera que tenía, por que la estaba en no sé qué aburridas anotaciones, pero le ofrecí dibujarle un cerdito en la mano.

Súbitamente, se corrió la voz. De buenas a primeras me encontré rodeado de un enjambre de niños que exigían, a grito pelado, que yo les dibujara bichos en sus manitas cuarteadas de mugre y frío, pieles de cuero quemado: había quien quería un cóndor y quién una serpiente, otros preferían loritos o lechuzas y no faltaba los que pedían un fantasma o un dragón.

Y entonces, en medio de aquel alboroto, un desamparadito que no alzaba mas de un metro del suelo, me mostró un reloj dibujado con tinta negra en su muñeca:

- *Me lo mandó un tío mío, que vive en Lima-* dijo

- *¿Y anda bien?*- le pregunté

- *Atrasa un poco-* reconoció.





## **La abuela**

Cuando mira una montaña, Miriam Míguez quisiera atravesarla con la mirada para entrar al otro lado del mundo. Cuando mira su infancia, ella también quisiera atravesar con la mirada esos años idos, para entrar al otro lado del tiempo. Al otro lado del tiempo, está la abuela. En su casa de Córdoba, la abuela escondía algunas cajas secretas. A veces, cuando Miriam y ella estaban a solas, y no había peligro de que algún intruso asomara la nariz, la abuela entreabría sus tesoros y dejaba que la nieta viera. Aquellos botones, piedritas, caracoles, lentejuelas, plumas de pájaros, llaves viejas, palillos de ropa, trapos de colores, hojas secas y recortes de revistas parecían cosas, y nada más que cosas; pero las dos sabían que eran mucho más que cosas. Cuando la abuela murió, todo eso desapareció, quizá quemado o arrojado a la basura.

Miriam tiene, ahora, sus propias cajas secretas. A veces las abre para quien sepa verlas.



## **La maldición**

Nació llamándose Langland. Era una nave de tres palos y casco de hierro, que llevaba a Europa salitre de Chile y guano de Perú.

Cuando cumplió 20 años, pasó a llamarse María Madre; y ahí empezó la mala suerte. Ella siguió cumpliendo sus travesías de la mar, pero la desgracia la perseguía, y andaba de mal en peor.

A principios de siglo, ya dolida de muchas averías, quedó atrapada en el puerto de Paysandú. Allí estuvo prisionera, durante 40 años, por no sé qué enmarañado pleito por algún contrato no cumplido.

En 1942, fue reflatada. Y nuevamente cambió de nombre. Llamándose Clara Y, volvió a la mar. Zarpó con un cargamento de mil toneladas de sal.

A poco andar, a la salida del río de la Plata, una nube gigante, en forma de cigarro, se elevó desde el horizonte. Mala señal: en seguida volaron las olas como banderas locas y el viento pampero embistió a la Clara Y, le rompió el timón y los mástiles y todo lo demás y arrojó a tierra los despojos. Ella cayó abatida en la playa Las Delicias, a los pies de la casa de Lorenzo Marcenaro. ...él era el hombre que la había bautizado por tercera vez.

Desde entonces, ninguna nave se atreve a cambiar de nombre en esta agua del sur. La mar es libre; pero sus hijas, las naves, no.



## **Los contribuyentes**

En dinero pagamos, cada día, el impuesto al valor agregado. Y en desdicha contante y sonante pagamos, cada día, el impuesto al dolor agregado.

Todos pagamos el impuesto al dolor agregado, que se aplica en escala universal, aunque los tratados de Derecho Tributario ni siquiera lo mencionan.

Las autoridades planetarias, abocadas a la tarea de convertir al mundo en un lugar insoportable, agregan dolor al dolor humano, y nos cobran ese favor que nos hacen.

Desde hace unos cuantos miles de años, sabemos que hay dolores que no tienen remedio, las inevitables palizas que nos pegan el amor, el tiempo y la muerte; pero el dolor agregado se disfraza de fatalidad del destino, como si fueran la misma cosa la fugacidad del empleo y la fugacidad de la vida.

## **Travesía**

Así ha sido, y sigue siendo. Desde mucho antes de que hubiera gente en el mundo, las mariposas viajan.

Cuando el otoño anuncia que se viene el frío, ellas abandonan las costas del norte de América y vuelan hacia los bosques de los volcanes en el centro de México. Un luminoso río de mariposas fluye, entonces, a través del cielo. Muy larga es la travesía sobre playas y praderas y ciudades y sobre los grandes lagos y las cadenas montañosas y el desierto de nunca acabar. El suave oleaje, olas de alas, va dejando, a su paso, una estela de color naranja en las alturas.

Mientras dura el viaje, muchas mariposas mueren volteadas por los vientos y las lluvias, y todas las demás mueren porque se acaba su breve vida en el mundo. De las que han partido, ninguna llega; pero el viaje sigue, y sigue. Las mariposas van muriendo en el camino, y en el camino van naciendo. Las que aterrizan en los bosques del sur son las tataranietas de las que habían iniciado el vuelo en el norte lejano.



## La máquina

Eran dos los huéspedes del manicomio de Nigua que tenían máquina propia.

Júver Escobar, que no se había enterado del fin de la guerra mundial, había armado un aparato para detectar los submarinos alemanes y los aviones japoneses que andaban rondando el manicomio.

De más alto nivel tecnológico era la máquina de Rúsbel Nicodemo, una mezcla de radio, teléfono y plancha, provista de manivela y micrófono, que le había devuelto la vida cuando él se murió porque la sangre se le cuajó como morcilla. Desde entonces, el resucitado, que no creía en nadie, sólo tenía fe en su máquina. Ella era la única que nunca le mentía.

Cada vez que conseguía permiso para salir del manicomio, Rúsbel se iba a la calle El Conde, y allí pasaba las horas mirando pasar a las muchachas de la alta sociedad de Santo Domingo.

Siempre había una que brillaba entre todas las demás, y tras sus luces caminaba Rúsbel, a respetuosa distancia, hasta la puerta de la casa. Esa noche, la máquina le informaba:

- Ella te adora, ella muere por ti.

Y al día siguiente, Rúsbel salía al cruce de la dama luminosa, y le preguntaba:

-¿Hasta cuándo seguirás fingiendo desdén? Tu boca calla, pero yo escucho la voz de tu corazón.

Y así, día tras día. Y la estatua, sorda y ciega, seguía, sin detenerse, su camino. Hasta que a Rúsbel se le agotaba la paciencia, y le gritaba cobarde, engañera, mentirosa. No por despecho: por indignación. Él no toleraba los simulacros.

Siempre terminaban igual sus permisos de salida. Una tremenda paliza, y de vuelta al manicomio, donde Júver estaba organizando la defensa, porque ya Hitler y Hirohito habían firmado la orden de ataque.



## **La abnegada**

La esposa hacendosa no retoza ni reposa.

Julieta, la señora de Camargo, vivió obedeciendo, por mandato bíblico y por tradición histórica. Para entonces ya se habían difundido bastante la máquina lavarropas, la aspiradora eléctrica y el orgasmo femenino, que habían llegado poco después de la penicilina; pero Julieta sólo salía para hacer las compras, y no se enteraba más que de los chismes del barrio.

Ella barría, lustraba, enjabonaba, enjuagaba, planchaba, cosía y cocinaba. A las doce en punto de cada día servía el almuerzo, y a las ocho en punto la cena. Escuchaba al marido sin abrir la boca; y entraba en la cama rogando a Dios que él estuviera dormido.

Una vez, Julieta fue a visitar a una hermana enferma. Regresó al atardecer, y encontró al marido muerto. Un vecino, Gerardo Mendive, la vio cuando ella abrió la puerta al médico. Estaba vestida de luto.

Desde entonces, dicen, Julieta cambió de barrio, de nombre y de vida. También dicen que, años después, ella corrigió algún errorcito de esta versión de los hechos. Se lo contó, dicen, a una sobrina.

Cuando volvió de casa de la hermana, Julieta encontró al marido pataleando y boqueando, bizco y de color tomate.

Ya va a estar, querido, no te impacientes.

Cocinó un banquete de raviolos de salmón y merluza a la vasca y a las ocho en punto sirvió, como de costumbre, la cena. Comprobó que él estaba definitivamente quieto, se vistió de negro y llamó por teléfono al doctor.



## **La venganza**

La casa, todavía en pie, parece viva; pero ha muerto por asfixia. Según la gente del lugar, esta fue la primera casa de Hernán Cortés en tierras de México.

Cortés mandó que fuera hecha de adobe y piedras del río Huitzilapan y corales de los arrecifes de la mar, cerquita de la ceiba donde había amarrado su nave capitana.

El conquistador no pudo adivinar que un árbol enorme vengaría, en los siglos por venir, a esta tierra humillada. El árbol ha estrangulado su casa con mil brazos. Ramas, lianas y raíces han aplastado las paredes, han invadido el patio y han tapiado las ventanas, por donde ya no entra ni un poquito de luz. El tupido ramaje sólo ha dejado una puerta abierta, para quien quiera asistir; mientras día tras día, siglo tras siglo, se sigue cumpliendo la lenta ceremonia de la devoración, ante la indiferencia o el desprecio de los vecinos.



## **Mapa del tesoro**

Una manchita de color púrpura vino creciendo desde más allá de la llanura. El automóvil se detuvo ante la casa de Carlos Díaz, el médico del cuartel de Paraguarí. En estos parajes jamás se había visto un coche así, tan inmenso y brillante y de color tan raro. El automóvil venía desde muy lejos, desde una gran hacienda a orillas del río das Mortes, en el Mato Grosso, pero parecía recién salido de la fábrica o del sueño. Ni el polvo de los caminos se había atrevido a tocarlo.

Dos brasileños jóvenes, intactos como su auto, traían a un paraguayo viejo, que se caía a pedazos:

-Revíselo, doctor, que se siente mal.

El médico le puso el estetoscopio en el pecho y le escuchó el corazón, que latía por gentileza.

Los brasileños le ofrecieron unos cuantos billetes, para que los acompañara hasta el fin del viaje; y allí marchó el médico.

Demoraron en llegar. A campo traviesa, el invulnerable automóvil se abrió paso hasta un rancho de terrón y paja, perdido en las soledades de esas tierras sin nadie. -Yo bajo solo - dijo el viejo. Y malandando se metió en el rancho.

La espera fue larga. Los perros flacos se cansaron de ladrar y las gallinas entraron en confianza y andaban picoteando entre las ruedas. Dormido al sol, el auto hervía. -Entre usted, doctor, a ver qué pasa.

En la penumbra del rancho, el médico encontró al viejo tumbado en un catre. Dos mujeres le estaban poniendo trapos mojados en la frente. El viejo murmuró:

-Esta es mi casa, doctor. Aquí me quedo. Dígales que me perdonen, si pueden.

Los brasileños pusieron el motor en marcha y llevaron al médico de vuelta a su casa. Iban mascullando la bronca. Le con-

taron que el viejo venía trabajando de peón en la hacienda desde hacía más de treinta años, y una noche les habló del tesoro. El mariscal López había enterrado un arcón lleno de monedas de oro, cuando iba perseguido por los invasores que lo mataron, y él conocía el lugar, nadie más lo sabía: el abuelo, que era soldado de López, se lo había dicho al oído, en el último suspiro. En sus años mozos, dijo el viejo, él había escarbado mucho pozo buscando, pero se precisaba un detector.

Y ellos le habían creído, al principio no, pero después sí, y habían mandado traer desde Estados Unidos un detector que era el último grito de la tecnología y se habían venido hasta aquí, con el detector y con el viejo.

-Dos semanas viajando, para esto -dijo el que manejaba.

Y el otro:

-Viejo tramposo. Si nos decía que quería morir en su casa, le pagábamos el pasaje. No le íbamos a negar ese favor.

Ese favor, repitió el médico en silencio. Y sonrió.[ACABADO SIN PORTADA-Galeano, Eduardo - Cuentos en La Jornada.doc](#)



## **La orilla**

No se animaban a meterse. Con los ojos clavados en las olas, todos parados como soldados en fila, se medían el miedo y se atrevían, a lo sumo, a mojarse los pies.

Eran niños venidos de tierra adentro, de muy adentro, que no habían estado nunca en la playa de Piriópolis, ni en ninguna playa, y que nunca habían visto la mar. Y uno de aquellos



niños que estaba descubriendo la mar y que no tenía ojos para ver lo que estaba viendo, comentó:

-¡Un río de una sola orilla!



## **El cacao**

El chocolate estaba prohibido a los mortales. La espumosa bebida era deleite de los dioses, y sólo de ellos, hasta que uno de ellos los traicionó.

Quetzalcóatl bajó desde los cielos y se vino a vivir con los toltecas, gente sufrida que se mataba trabajando. Fue él quien les regaló esa alegría: en la barba les trajo, escondidas, las cuatro semillas del cacao, que había robado a sus hermanos. Y fue adorado por los toltecas, que en el trono lo sentaron y alzaron un gran templo, en la ciudad de Tula, para darle casa.

Cuando los dioses vieron que los toltecas bebían chocolate, enviaron al dios de la noche en misión de venganza. El dios de la noche se deslizó a la tierra por un largo hilo de araña, se disfrazó de mercader, se hizo amigo de Quetzalcóatl y lo emborrachó con pulque. Y los súbditos del rey de los toltecas vieron las ridiculeces que hizo y escucharon las estupideces que dijo.

Quetzalcóatl despertó con tremenda cruda, boca sin saliva, cabeza de tambor. Humillado, se fue.

Marchó caminando hacia la mar lejana, y allá se perdió. [ACABADO SIN PORTADA-Galeano, Eduardo - Cuentos en La Jornada.doc](#)



## El Armonio

Hermógenes Cayo se hizo devoto de la Virgen del Luján hace más de medio siglo.

A pie llegó a Buenos Aires, después de mucho caminar, desde las lejanas alturas de la puna de Jujuy. Él vino junto con otros muchos indígenas, que exigían que el gobierno les reconociera la propiedad de las tierras que trabajaban desde siempre. Y entonces, como quien no quiere la cosa, se dio una vueltecita por Luján, donde le habían dicho que había una catedral que era para caerse de espaldas.

Cuando regresó a la puna, Hermógenes reprodujo la catedral, en versión enana, a la entrada de su pobrísima casa de piedra. Con adobe hizo los arcos góticos, y armó los vitrales con pedacitos de botellas rotas, de todos los colores que encontró. La copia quedó idéntica al original, pero un poco más linda. Jorge Prelorán la filmó, para dejar constancia.

Tiempo después, Hermógenes escuchó un armonio en alguna iglesia perdida en aquellas soledades. Nunca en su vida había escuchado un armonio, y descubrió que no podía seguir viviendo sin eso. Pero poca es la gente y la distancia mucha, allá en la puna, y la iglesia quedaba a varios días de caminata. De modo que Hermógenes no tuvo más remedio que convencer al cura de que el armonio ése no estaba sonando bien. Diciendo ser un experto, ofreció sus servicios para ajustar el instrumento. Lo desarmó, dibujó cuidadosamente cada una de las piezas, y de vuelta a casa se hizo un armonio propio, todo tallado en raíces de cardón.

En ese armonio, que le ocupó la mitad de la casa, Hermógenes cantaba sus gratitudes a la Virgen del Luján, al fin de cada día.



## **La Canoa**

Los ríos visibles fluyen, a través de la tierra, hacia la mar.

Los ríos invisibles fluyen, a través del aire, hacia el cielo.

Por los ríos invisibles, viajan los muertos. Los cuerpos quedan, se marchan las sombras. Las sombras de las mujeres y los hombres que mueren en las costas del Chocó navegan, en canoa, hacia más allá de las nubes.

Si el muerto es niño todavía, la madre tiene prohibido llorar. En la laguna de las lágrimas, la canoíta se quedaría dando vueltas, y no subiría.



## **Las avispas**

Gran señor era Gútapa. Él se pasaba la vida dormitando, hamaqueando, mientras su mujer, que ni nombre tenía, le rasca la cabeza, le espantaba los mosquitos y le daba de comer en la boca. De vez en cuando, Gútapa se levantaba y le propinaba una buena paliza, para cuidarle la conducta y mantenerse en forma.

Cuando la mujer huyó, harta de vivir sin vivir, Gútapa se lanzó a buscarla por los barrancos del río Amazonas. Armado con un palo, aporreaba cualquier posible escondite de la fugitiva; y en eso estaba cuando pegó con alma y vida un garrotazo en un recoveco donde había un nido de avispas.

Las avispas se vengaron. Acribillado de la cabeza a los pies, aullando de dolor, Gútapa consiguió regresar, a duras penas, a su hamaca. Y ya no pudo levantarse.

Pasaron seis, siete lunas. Gútapa seguía inmóvil, ardiente de fiebre, llorando de rabia; pero ya no tenía el cuerpo hinchado. La hinchazón estaba toda en una rodilla. El globo inflado de la rodilla era transparente, y Gútapa veía que adentro iban creciendo unos hombres y mujeres minúsculos: ellos tallaban flechas de cerbatanas y ellas tejían canastas y collares.

A la novena luna, la rodilla reventó y los indios tikunas salieron al mundo. Los recién llegados fueron recibidos por la algarabía del loro ala azul y el loro guayabero y el loro uvero y otros comentaristas.



## **Los chimpancés**

Los dioses no estaban jugando a los dados. Inspirados por la generosidad y el sentido común, ubicaron a los primeros seres humanos en el África: quisieron evitarnos los gastos en calefacción y las tristezas de la vida sin sol. Los dioses nos hicieron ese favor, a nosotros y a todos los demás miembros de la familia de los monos.

Pero el tiempo pasó, los humanos nos hemos desparramado por el mundo, y hemos encerrado a nuestros primos más peludos en los zoológicos.

Muchos chimpancés, arrancados de la selva africana, viven en el zoo de Arnhem, en el helado norte de Europa. Ellos pasan la mayor parte del año encerrados en un edificio, que los salva de morir durante los largos meses de nieve y oscuridad.

Cuando llega la primavera, y escuchan el ruido de los portones que se abren, cantan a coro un himno a la alegría en versión chimpancé, y se lanzan al sol. Y por poco que el sol sea, celebran la buena noticia rodando en la intemperie.



## **La hoguera**

A la luz del fuego, se celebra la iniciación del verano en la playa del poniente. La inmensa hoguera se arma al modo marinero, sobre la rosa de los vientos de cuatro barcas en cruz. Los vecinos de Gijón limpian sus casas y sus almas: arrojan al fuego sus trastos viejos y sus deseos viejos, cosas y sentires gastados por el tiempo, para que lo nuevo nazca.

El fuego rompe a la medianoche.

Al amanecer, arde todavía.



## **La forja**

Antiguas certezas del África negra: la palabra, hija y madre del silencio, es, como el silencio, sagrada. Y sagrado es el fuego, que junta a la gente para decir y callar.

En el fogón y en la forja, templos secretos, la palabra y el silencio celebran las ceremonias de gratitud al fuego. En el fogón, el fuego hace la comida. En la forja, el fuego hace que el hierro prolongue la mano. El taller del herrero es el santuario donde el hierro al rojo se convierte en azada, pico o pala, para trabajar la tierra, y en cuchillo, hacha o lanza, para defenderla.

## **Las cometas**

Acaba la estación de las lluvias, el tiempo refresca, en las milpas el maíz ya se ofrece a la boca. Y en el pueblo de Santiago Sacatepéquez crece, en cada casa, una cometa mucho más grande que cada casa. No hay vecino que no sea un artista de las cometas, capaz de combinar, con mano maestra, los colores que van formando flores o soles o estrellas en círculos sucesivos.

Después, las cometas se despliegan fuera de casa, y en la intemperie se pegan a las armazones de caña. Entonces estos pájaros inmensos, de plumas de papel, esperan que llegue la hora del vuelo.

Cuando amanece el Día de los Muertos, las cometas más grandes del mundo se alzan sobre el cementerio y ondulan en el aire, hasta que rompen las cuerdas que las atan y en el aire se pierden.

Allá abajo, al pie de cada tumba, la gente cuenta a sus muertos los chismes y las novedades del pueblo. Los muertos no contestan. Ellos están gozando esa fiesta de colores que ocurre allá arriba, donde las cometas tienen la suerte de ser viento.



## **El uniforme de trabajo**

Ciento treinta y cinco años después de su muerte, Abraham Lincoln andaba por las calles de Baltimore, Annapolis y otras ciudades de Maryland.

Lincoln entraba en cualquier comercio. Tocándose el ala del sombrero de copa, inclinaba el cuerpo en una leve reverencia.

Estudiaba el panorama con sus inconfundibles ojos melancólicos, mientras se rascaba la barba grisácea sin bigotes, y después extraía de la levita negra una pistola Magnum 357. En su estilo directo, de hombre que va al grano y no se anda con vueltas, decía:

-La bolsa o la vida.

Durante el mes de mayo del año 2000, Kevin Gibson asaltó once tiendas, siempre disfrazado de Abraham Lincoln, hasta que la policía lo atrapó y lo metió en la cárcel.

Gibson está preso desde entonces. Tiene cárcel para rato. Él se pregunta por qué. Al fin y al cabo, no estaba haciendo nada más que imitar a algunos exitosos políticos de su país.

### **Instrucciones de vuelo**

El médico se iba. Había estado un buen tiempo allí, en el pueblo de Ajoya, perdido en la sierra, compartiendo los trabajos y los días de la gente, sus partos y sus muertes; y era llegada la hora de partir.

Dijo adiós, casa por casa. Y en el minúsculo dispensario de la comunidad, se detuvo a explicar el asunto a doña María del Carmen, que tanto lo había ayudado y ahora no lo podía creer:

-Pues sí, María. Pues eso.

-¿Y adónde se va, si se puede saber?

-A España. Me vuelvo a España.

-¿Y está lejos España? ¿Está más lejos que la ciudad de México?

Doña María del Carmen no había llegado nunca más allá del río Gavilanes. Él le garabateó un mapa, para que se hiciera una idea. Había que cruzar la mar, la mar entera, toda la mar.

-Ha de ser un barco muy grande, para tanta agua.

-No, María, no. Me voy volando.

Ella nunca había visto un avión, ni de lejos. El médico hizo todo lo que pudo para contarle qué cosa era viajar en avión. Con las palabras y las manos, trató de explicar. Hasta que ella interrumpió:

-Ya entendí. Lo que usted quiere decirme es que va a viajar dormido en el viento.



## **El hambre**

En la escritura antigua de los nativos del río Yukon, se usa el mismo signo para decir palabra y para decir hambre.

Pero hay palabras que no nacen del hambre de decir, sino de la necesidad de mentir o de las ganas de joder la paciencia. Quizá por eso el hambre de decir prefiere, a veces, comer callando.



## **El inventor**

No hacía mucho que Manuel Rosaldo había iniciado su vida escolar, cuando inventó una inyección.

La inyección se daba por la cola, pero actuaba sobre la cabeza. De un solo pinchazo, te metía en la cabeza todos los conocimientos, todo lo que la humanidad sabía después de miles y miles de años de andar averiguando las cosas de este mundo.



La inyección era muy buena para Manuel, que así podría vivir siempre en vacaciones; pero también resultaba conveniente para sus padres, que resolverían el problema de su educación, y para los maestros, que no tendrían por qué seguir perdiendo el tiempo con él.

El invento no fue aceptado por la familia, ni por las autoridades de la escuela de Palo Alto.



## **El nombre**

Cuando alguien muere, cuando su tiempo acaba, ¿mueren también los andares, los deseos y los decires que se han llamado con su nombre en la tierra?

Entre los indios del alto Orinoco, quien muere pierde su nombre. Ellos comen sus cenizas, mezcladas con sopa de plátano o vino de maíz, y después de esa ceremonia ya nadie nombra nunca más al muerto que en otros cuerpos, con otros nombres, anda, desea y dice.



## **La sentencia**

Estábamos en rueda de vinos, empanadas y cantarolas, con el Perro Santillán, el Diablero Arias y otros amigos, cuando alguien invitó al Petete, que era finado, y el Petete vino a echarse unos tragos con nosotros.

Yo no lo conocía, pero ese mediodía, bebiendo y cantando con este petizo panzón, nos hicimos amigos. Y él me contó que había muerto porque siendo pobre tuvo la pésima idea de enfermarse. La diabetes lo atacó en plena noche y el hospital de Jujuy no tenía insulina.



## La tinta

Los cronistas de los tiempos de la conquista de América se deshicieron en elogios prodigados a esa fruta rara, jamás vista ni saboreada, que los indios mexicanos llamaban ahuatl y los peruanos palta.

Escribieron los cronistas que su forma semejaba a las peras, pero más se parecía a los pechos de moza doncella. Que crecía en los montes sin trabajo alguno, con Dios por hortelano. Que su delicada manteca, ni dulce ni amarga, regalaba suavidad a la boca, salud a los enfermos y fuerza a los flojos. Y que no había nada mejor para dar ardor al amor.

Ella, la fruta, opinó que muy merecidos eran esos homenajes, y para que el tiempo no los borrara ofreció a los cronistas la tinta indeleble de sus semillas. Con tinta de aguacate, con tinta de palta, fueron escritas las alabanzas.



## **Las alfombras**

Por antigua costumbre, en la ciudad Antigua de Guatemala las alfombras de flores cubren las calles en los días de procesión o fiesta.

Están tejidos con pétalos de flores los pájaros y los ondulantes arabescos que hacen camino a los penitentes y a los celebrantes. Marchan sobre jardines los hombres que cargan al Cristo que carga la cruz y los bailarines que celebran a las reinas de belleza al son de marimbas, flautas y tambores.

Las alfombras de flores duran tanto como los pasos que las pisan. En seguida se las llevan los basureros o el viento.

## **Adioses**

COMO SI FUERA cumpleaños, pero no era. Serpentinadas de colores alegraban los sombreros y luces de colores celebraban la noche, mientras brotaban manjares de maíz de las ollas humeantes, se derramaba a chorros el diablo embotellado y los pies levantaban polvareda al son de las guitarras y las quenás.

Cuando el sol asomó entre las montañas, unos cuantos invitados roncaban en los rincones.

Los despiertos despidieron al que se iba. El se iba con lo puesto, y con un pasaporte de la República del Ecuador. Le regalaron una manta, para engalanar el viaje. Se fue a lomo de mula. Después, iba a seguir en lancha, autobús y avión. No era el primero. Otros se habían ido, antes. En el pueblo sólo quedaban los niños y los viejos. Desde lejos, los idos mandaban noticias y dineritos. Ninguno volvió.

Los invitados se quedaron a comentar la fiesta:

*-Pasamos liiiiiindo. ¡Lo que hemos llorado!*



## **El albatros**

VIVE EN EL VIENTO. Vuela siempre, volando duerme.

El viento no lo cansa ni lo gasta. A los sesenta años, sigue dando vueltas y más vueltas alrededor del mundo.

El viento le anuncia de dónde vendrá la tempestad y le dice dónde está la costa. Él nunca se pierde, ni olvida el lugar donde nació; pero la tierra no es lo suyo, ni la mar tampoco.

Sus patas cortas caminan mal, y flotando se aburre.

Cuando el viento lo abandona, espera. A veces el viento demora, pero siempre vuelve: lo busca, lo llama, y se lo lleva. Y él se deja llevar, se deja volar, con sus alas enormes planeando en el aire.



## **Receta de la sopa**

EL MENDIGO LLAMO a la puerta.

-Yo no pido -dijo-. Vengo a ofrecer.

Ofreció la sopa más sabrosa de la historia de la gastronomía, y lo dejaron entrar.

Puso una olla en el fuego. Cuando el agua rompió a hervir, echó en la olla una piedra que traía en el bolsillo. Probó, se chupó los dedos.

-Perfecto -dijo.

Para perfeccionar la perfección, fue pidiendo algunos complementos: un manojo de espinacas, una cebolla picada y dorada en manteca, sémola, fideos, un chorro de vino blanco, mucho queso rallado, un toque de pimienta y un puñado de sal.

El mendigo se comió casi toda la sopa, pero tuvo la gentileza de convidar alguna cucharada a los dueños de casa. Y les dejó la piedra.

Parece una piedra cualquiera, sin sabor a nada.

La sopa se sigue cocinando a las orillas del lago Léeman, al pie de los Alpes. Con esa piedra.

## **Sopa de letras**

Por el tamaño y el brillo, parece una lágrima. Los científicos lo llaman lepisma saccharina, pero él responde al nombre de pescadito de plata, aunque de pez no tiene nada y no conoce el agua.

Se dedica a devorar libros, aunque tampoco tiene nada de polilla. Come lo que encuentra, novelas, poemas, enciclopedias, poquito a poco, engullendo palabra por palabra, en cualquier idioma.

Se pasa la vida en la oscuridad de las bibliotecas. De lo demás, ni se entera. La luz del día lo mata.

Sería erudito, si no fuera insecto.



## **La cerveza**

ESTE DORADO ELIXIR da consuelo a las desventuras de la vida, pero conduce a la perdición. A la perdición de los caracoles.

Cuando oscurece, ellos salen de sus escondrijos y a ritmo de caracol avanzan dispuestos a devorar la carne verde de las plantas.

En medio de la huerta, un vaso de cerveza monta guardia. Llamados por el aroma de su bebida predilecta, los caracoles trepan a lo alto del vaso. Desde el filo del abismo, se asoman a la sabrosa espuma y cuesta abajo resbalan, dejándose caer. Y en la mar de cerveza, borrachitos, mueren ahogados.

## **La luz**

EN LAS MONTAÑAS más altas de Cajamarca, las que más demoraron en despertar y levantarse cuando el mundo nació, hay imágenes de la tierra y signos del cielo. Son figuras pintadas, hace unos cuantos miles de años, por los artistas sin nombre. Esos tatuajes de colores en las laderas de piedra han sobrevivido a la intemperie, a pesar de los golpes de la lluvia y los mordiscones del tiempo.

Las pinturas son y no son, según la hora. Algunas se abren cuando se abre el día, y al mediodía desaparecen; muchas van cambiando de forma y de color a lo largo del camino del sol, desde el alba hacia la noche; y otras sólo se dejan ver cuando el crepúsculo llega. Porque las pinturas han nacido de la mano humana, pero también son obra de la luz, y están a su mandar. Ella, la luz, la otra artista, reina y señora, las esconde y las muestra como quiere y cuando quiere.



## **El descubrimiento**

ERNESTO GALEANO, un ciudadano recién llegado al mundo, estaba durmiendo, desnudo, en la cuna.

La hermana, Ivonne, lo miró y salió corriendo. Golpeó las puertas de sus vecinas, y con un dedo en los labios las invitó al espectáculo. Ellas abandonaron sus muñecas, a medio vestir, a medio peinar, y en puntas de pie, tomadas de las manos, se asomaron a la cuna. No se pusieron coloradas de envidia, ni palidieron por el complejo de castración. Aguantándose la risa, comentaron:

*-¡Mirá lo que se trajo este loco para hacer pipí!*



## **El músculo secreto**

UNA TORTUGA atravesó los Estados Unidos, de costa a costa.

Doris Haddock, obrera jubilada, caminó desde Los Ángeles hasta Washington.

Se echó al camino para denunciar la democracia comprada por las grandes fortunas que pagan las campañas de los políticos. A su paso, etapa por etapa, iba arengando a la gente que fluía hacia ella.

*-Esa vieja es un río* -decían los entusiastas.

*-Esa vieja es un manicomio* -decían los escépticos.

Pero todos iban.

Ya llevaba más de un año de caminata, casi volada por los vientos, casi frita por los soles, casi rota por los achaques, cuando la paralizó la nieve. Una tremenda tormenta de nieve se descargó sobre las montañas del oeste de Virginia. Doris festejó su cumpleaños, noventa velitas, y siguió viaje en esquí.

Esquiando viajó, a través de la nieve, todo el último mes. Mientras nacía el siglo veintiuno, llegó a la ciudad de Washington.

Una multitud la acompañó hasta el Capitolio. Allí trabajan los congresistas, la mano de obra política de las grandes empresas que destinan cien millones de dólares mensuales al pago de sus servicios.

Desde las gradas, ella pronunció un lacónico discurso sobre la democracia traicionada. Y señaló el pórtico del Capitolio, y dijo:

*-Esto se está convirtiendo en una casa de putas.*

Y se fue.



## **Hagiografía**

Ya es santo, casi ángel, José María Escrivá de Balaguer, que por nosotros vela desde el Cielo.

En vida, este piadoso siervo de Dios predicó el amor a la guerra, denunció a los rojos y a los libertinos, odió a los homosexuales y a los judíos y despreció a las mujeres.

Mucho antes de que el Papa lo hiciera santo, el generalísimo Francisco Franco lo había hecho marqués: él le cantaba him-



nos de alabanza y custodiaba la paz de su espíritu mientras Franco exterminaba la república española y aniquilaba a los herejes.

En el camino de la gracia divina, Escrivá fundó el Opus Dei, para que los banqueros virtuosos practicaran la caridad prodigando cheques al Vaticano.

Según sus devotos, produjo varios hechos milagrosos. Su milagro más extraordinario ocurrió cuando un creyente desesperado, víctima de la inseguridad ciudadana, oró implorando su protección. Escrivá, que todavía no era santo pero ya estaba en eso, escuchó la plegaria. Entonces la estrella de la fe iluminó la puerta de la casa de aquel buen hombre y allí apareció, intacto, el automóvil que le habían robado.

## **Historia de la música**

Apolo, sol de los griegos, era el dios de la música.

El había inventado la lira, que humillaba a las flautas, y pulsando la lira transmitía a los mortales los secretos de la vida y de la muerte.

Uno de sus hijos descubrió que las cuerdas de tripa de buey sonaban mejor que las cuerdas de lino. Cambió el cordaje de la lira de Apolo, y le ofreció esa sorpresa.

A solas con su lira, Apolo acarició el regalo de su hijo. Hizo vibrar las nuevas cuerdas y confirmó que eran más melodiosas.

Entonces, el dios celebró el progreso. Se regaló la boca con néctar de ambrosía, alzó su arco de guerra, salió a los prados del Olimpo, apuntó al hijo y desde lejos le partió el pecho de un flechazo.



## La inflación

Había sido un viviente flaco, pero fue un globo en la muerte.

Para clavar la tapa del ataúd, toda la familia tuvo que sentarse encima. Y toda la familia opinó sobre la inflación del difunto:

*-Parece sapo.*

*-La muerte hincha.*

*-Es el gas carbónico.*

*-Es la mala leche.*

*-Es el alma* -sollozó la viuda. *El alma quiere salirse del traje.*

El traje, un tweed inglés de alta categoría, color gris perla, había sido el único lujo en toda la vida del finado. Él se lo había mandado hacer, de medida, cuando ya le volaban cerca las lechuzas y vio que estaba por llegar al finalmente.

Herencia, no dejó. Ni una lira. Y muchos años después, cuando se abrió el ataúd, estaba en jirones el traje que había vestido su muerte.

Nicola Di Sábato contó el desentierro de su tío. Nicola, que descargaba arena en un muelle de Avellaneda, había llegado a la Argentina huyendo de los perros del hambre. A él le gustaba reír, cocinar y compartir historias de su lejana infancia, en su lejana Italia.

Esas cosas del tiempo: Nicola contó que el tiempo se había comido al tío y había deshecho su traje relleno de dinero. Los billetes, miles de billetes, un poco desteñidos, habían durado más. Pero ya no valían nada.



## Los aplausos

DESDE QUE FEDERICO García Lorca había caído, acribillado a balazos, La zapatera prodigiosa no aparecía en los escenarios españoles. Los teatreros del Uruguay llevaron la obra a Madrid.

Actuaron con alma y vida. Al final, no recibieron aplausos. El público se puso a patear el suelo, a toda furia; y los actores no entendían nada.

China Zorrilla lo contó:

-Nos quedamos pasmados. Un desastre. Era para ponerse a llorar.

Pero después, estalló la ovación. Larga, agradecida. Y los actores seguían sin entender.

Quizá los españoles habían aplaudido con los pies. Quizás aquel trueno sobre la tierra había sido para el autor, fusilado por rojo, por marica, por raro, como una manera de decirle: para que sepas, Federico, lo vivo que estás.



## Los pescadores

EN LAS ARENAS de la barra de Guaratiba, las barcas descargan peces y sucedidos.

Uno de los pescadores, Claudionor da Silva, se estruja la cabeza, y arrepentido gime. Había atrapado un pargo de buen tamaño, pero el pez señaló hacia atrás con una aleta, y dijo:

"Ahí viene otro, mucho más grande que yo". Y él le creyó, y lo dejó escapar.

Nivaldo Rogério Filho paga cerveza para todos. El pescador jinete celebra su buena faena. Frente a la playa de Ipanema, en el archipiélago de las Cagarras, montó una orca de media cuadra de largo. La orca le tiraba tarascones a las piernas, pero él le había clavado las espuelas y la cabalgó hasta que la consideró domada.

Jorge Antunes muestra su ropa nueva: llevaba varios días perdido en la mar, y un oleaje violento lo dejó desnudo y se llevó su bidón de agua dulce. Ya se había resignado a morir de sol y de sed, cuando la red le trajo un tiburón que tenía, en la barriga, una lata de Coca-Cola bien fría, un pantalón y una camisa.

Reinaldo Alves ríe con todos sus dientes postizos. No es por despreciar, dice, pero buena fortuna, lo que se dice buena fortuna, tuvo él. Es de no creer, dice, con tanta mar que hay, y tantos peces. En plena navegación, estornudó y la dentadura voló al agua. Se zambulló, la buscó, no la encontró. Y un par de días después, tuvo la suerte de atrapar la brótola que la estaba usando.



## **Subsuelos de la noche**

Porque esta mujer no se callaba nunca, porque para ella no había una estupidez que no fuera un problema, porque estaba harto de trabajar como un burro de carga, porque no aguantaba más dormir con una estatua con ruleros, por las malas ondas, por la falta de respeto, porque ella le dolía demasiado y

porque la vio con otro, él se vio obligado a retorcerle el pescuezo, como si fuera gallina.

Porque este hombre no escuchaba nunca, porque para él no había un problema que no fuera una estupidez, porque estaba harta de trabajar como una mula, porque no aguantaba más dormir con una estatua que roncaba, por los malos tratos, por las burlas, porque él le dolía demasiado y porque lo vio con otra, ella no tuvo más remedio que empujarlo desde un décimo piso, como si fuera bulto.

Al fin de esa noche, desayunaron juntos, como todos los días. Leyeron el diario, ninguna noticia les llamó la atención. Los sueños no salen en los diarios.



## **Ventanas**

ICO VOGELIUS ATENDIO la llamada. Del teléfono brotó un chorro incesante de insultos.

Él no colgó. Dejó el tubo sobre el escritorio, y continuó trabajando.

Mientras el teléfono seguía gritando, truenos que se escuchaban en toda la oficina, Fico, inmutable, comentó:

- Yo no sé por qué me odia tanto, si nunca le hice ningún favor.



## **El libertador**

EN ALGUNOS CASERIOS perdidos en los Andes, los memoriosos se acuerdan de cuando el cielo estaba montado sobre el mundo.

Teníamos al cielo tan encima que la gente caminaba agachada, y no podía enderezarse sin darse un cocazo. Las aves se echaban a volar y en el primer aleteo chocaban contra el techo. El cóndor y el águila arremetían con toda su fuerza, pero el cielo ni se enteraba.

El tiempo del aplastamiento del mundo terminó cuando un relampaguito bailandero se abrió paso en el poco aire que había. El colibrí, el más pequeño de los pájaros, pinchó el culo del cielo con su pico de aguja y a los pinchazos lo obligó a subir hasta las alturas donde ahora está.

Desde entonces, el colibrí merece mucho respeto. Quien fue capaz de levantar el cielo, en cualquier momento podría derribarlo.



### **Acerca del autor:**

(1940-2015)

Eduardo Germán Hughes Galeano, nace en Montevideo el 3 de septiembre de 1940. En él conviven el periodismo, el ensayo y la narrativa, siendo ante todo un cronista de su tiempo,

certero y valiente, que ha retratado con agudeza la sociedad contemporánea, penetrando en sus lacras y en sus fantasmas cotidianos. Lo periodístico vertebró su obra de manera prioritaria. De tal modo que no es posible escindir su labor literaria de su faceta como periodista comprometido.

A los 14 años entró en el mundo del periodismo, publicando dibujos que firmaba "Gius", por la dificultosa pronunciación castellana de su primer apellido. Algún tiempo después empezó a publicar artículos. Se firmó Galeano y así se le conoce. Ha hecho de todo: fue mensajero y dibujante, peón en una fábrica de insecticidas, cobrador, taquígrafo, cajero de banco, diagramador, editor y peregrino por los caminos de América.

En sus inicios fue redactor jefe de la prestigiosa revista *Marcha* (1960-64), publicación que durante décadas dio cobijo a las voces más interesantes de las letras uruguayas y que terminó siendo silenciada en 1974 por la dictadura. En el año 1964 Galeano es director del diario *Época*. En 1973 Galeano tuvo que exiliarse a Argentina en donde funda y dirige una revista literaria titulada *Crisis*, en la que también destaca la labor del poeta Juan Gelman. En 1975 se instala en España, encontrando un país que estaba a punto de dar un salto histórico cualitativo, con el octogenario dictador como sombra de sí mismo. Reside en Calella, al norte de Barcelona. Publica en revistas españolas y colabora con una radio alemana y un canal de televisión mexicano.

Sus primeros escritos son reportajes de corte político en los que la realidad aparece continuamente golpeada por las circunstancias. Tanto el reportaje titulado "China" (1964) como "Crónica de un desafío", del mismo año, o "Guatemala, un país ocupado" (1967) reflejan una escritura de urgencia, de denuncia, que retrata la cotidianidad de unos tiempos difícil-

les con una escritura situada siempre en primera línea de los hechos que vertebran el presente. Con "Las venas abiertas de América latina" (1971), explicativo título, logró su obra más popular y citada, condenando la opresión de un continente a través de páginas brutalmente esclarecedoras que se sumergen en la amargura creciente y endémica de América Latina. Esta obra ha sido traducida a dieciocho idiomas y mereció encendidos elogios desde diversos sectores. El escritor alemán Heinrich Böll, Premio Nobel de Literatura en 1972 y autor de "Opiniones de un payaso", obra clave de la literatura contemporánea, llegó a decir a propósito de la obra de Galeano que pocas obras en los últimos tiempos le habían conmovido tanto.

Junto al Galeano periodista empieza a aparecer el Galeano narrador que prolonga en sus obras su visión de América Latina. De la novela corta "Los días siguientes" (1963) a los relatos contenidos en "Vagamundo" (1973) pasan diez años pero se mantiene una misma percepción de las cosas, continuada en "La canción de nosotros" que mereció el premio Casa de las Américas de 1975. En Galeano el contexto político y social no puede eludirse y es el marco central en el que transitan sus historias. "Días y noches de amor y de guerra" (1978) se enmarca en los difíciles días de la dictadura en Argentina y Uruguay.

Con la "Memoria del fuego" hay una recuperación del pasado indigenista. Esta obra narra la odisea de las dos Américas, centrándose en los hechos más cotidianos, componiendo una trilogía febril e incisiva, apoyada en la rigurosidad de las fuentes y en la que se entrecruzan crónicas históricas con pinceladas del presente, siempre en busca de un futuro más justo. De aquella trilogía histórica formaban parte "Los nacimien-



tos" (1982), "Las caras y las máscaras" (1984) y "El siglo del viento" (1986). En los tres libros hay un mismo objetivo y como dice el periodista italiano Gianni Miná, una voz incisiva y militante que trata de impedir que se olvide la tragedia que asola a quienes viven en el más completo subdesarrollo.

En 2007 le fue diagnosticado un cáncer de pulmón, lo que lo había obligado a reducir sus apariciones públicas. No obstante, siguió participando en diferentes eventos. Su fallecimiento se produjo en su ciudad natal, Montevideo, el 13 de abril de 2015. □